

SUMARIO

LA CIUDAD

«La Caracas que no fue». Arturo Úslar Pietri p. 428

Desarrollo urbano y desarrollo nacional, Primer Congreso Nacional de Arquitectos. «Conclusiones». Cendes p. 432

«El desarrollo metropolitano en América Latina. Urbanización marginal y metropolitización excesiva». Luis Carlos Palacios p. 438

LA ARQUITECTURA

«El patrimonio arquitectónico de Caracas». Manuel López p. 446

«El sentido de nuestra arquitectura colonial». Carlos Raúl Villanueva p. 452

«La arquitectura colonial en Venezuela». Graziano Gasparini p. 456

Malaussena. Arquitectura académica en la Venezuela moderna.

«Consideraciones finales». Silvia Hernández de Lasala p. 462

«Sobre la arquitectura nacional, científica y de masas». Manuel López p. 468

«La síntesis de las artes». Carlos Raúl Villanueva p. 482

«¿Dónde está el Norte?». Juan Pedro Posani p. 490

La historia de la comunidad «La Esperanza» escrita por dos de sus protagonistas* p. 494

| * Este ensayo se incluye por decisión de los editores.

La ciudad «La Caracas que no fue»*

*Arturo Úslar Pietri***

* Arturo Úslar Pietri, «La Caracas que no fue», en VV.AA., *El Plan Rotival. Un plan urbano para Caracas*, Caracas, Ediciones del Instituto de Urbanismo, 1991.

** Ver perfil biobibliográfico *supra*, p. 170.

Tenemos la traza de la primigenia Caracas. Un cuadrado perfecto, dividido en manzanas cuadrangulares exactas, con el espacio para la plaza mayor y mercado en el centro y, alrededor de ellos, los solares para la iglesia por hacer y las futuras casas del cabildo y el gobernador. El trasunto en papel de lo que debía ser en el futuro una ciudad, de acuerdo con la tradición urbana de la urbe romana y las sabias previsiones de las Leyes de Indias: cerca de corrientes de agua, en una cuesta para que pudieran desaguar bien las lluvias, rodeada de bosques, y con fácil acceso al mar.

Era, a la vez, un ideal de destino y una obligación de hacer la que contraían solemnemente aquellos soldados que habitaban en ranchos de indios pero que, sin embargo, revestían gravemente dignidades, casi imaginarias, de cabildante y funcionarios, y asumían el compromiso indeclinable de vivir en ciudad desde el primer instante.

Alrededor de ese cuadrilátero se formó la villa de Santiago de León de Caracas con lentitud de crecimiento difícil. Las guerras de los indios, la falta de minas, el aislamiento completo, la poca voluntad de trabajar con las propias manos y la añoranza de una vida señorial imposible no eran para permitir un rápido progreso. El plano de 1810 revela elocuentemente lo escaso del desarrollo en dos siglos y medio.

Era, sin embargo, una ciudad no sólo por la voluntad decidida de sus fundadores y habitantes, sino por haber asumido toda la voluntad de hacerla y mantenerla. Los viajeros extranjeros que la visitaron, desde fines del siglo XVIII la víspera de la Independencia, dejaron testimonios fidedignos de su graciosa modestia, de su espíritu civilizado, de la buena educación y espíritu de sus gentes principales, de la belleza del lugar y del buen gusto de la gente. El conde de Segur, Humboldt, Depons, y otros, no ocultan el gusto que tuvieron en visitarla y elogian su discreta dignidad, su plácido ambiente y el refinamiento de las costumbres.

Ese cuadro urbano llegó con pocas modificaciones hasta casi la mitad del siglo XIX. Era todavía aquella

urbe grata a la que los poetas llamaron «la Sultana del Ávila» y «Caracas la gentil». Había proporción equilibrada entre la gente, el marco urbano y el espacio natural. La inmensa mayoría del espacio estaba dominada por la naturaleza y la agricultura. Chacao, El Valle, Antímano, Petare eran lejanos y pequeños suburbios, a los cuales se llegaba por carretera o tren atravesando leguas de sembradío. Los cerros que la rodeaban eran dominio absoluto de la vida natural. Abundaban los pájaros y las arditas, escandalizaban su cielo las bandadas de pericos, y no era difícil topár entre los sembradíos y los bosques con algún venado y la fugaz imagen atigrada de un «cunaguaro». Los barrios pobres estaban dentro del casco urbano y no rompían la estructura de la ciudad. Había pocos ranchos y era fácil atravesar en un largo paseo a pie el espacio poblado desde La Pastora hasta el comienzo de las vegas del Guaire.

Su verdadera característica era una constante y noble medida de proporciones y usos. Las mejores residencias seguían siendo grandes casonas de dos patios, zaguán y corral arbolado, el centro de las manzanas era el bosque que formaban la suma de los corrales, era rara la casa que tenía dos plantas; la Plaza Bolívar seguía siendo su ágora a la que concurrían por las tardes y los días festivos la gente distinguida o curiosa para ver a los otros y dejarse ver, y para informarse de los sucesos y rumores del día. Breves tranvías abiertos chirriaban y chisporroteaban llevando dentro de ellos una tertulia rodante. El teatro era raro, el cine no abundaba, había algunas corridas de toros de fines de año, y los grandes acontecimientos anuales eran el carnaval y la semana santa. La nota predominante era el sosiego y la tranquilidad. Eran raros los crímenes y su aterrador comentario duraba por generaciones. Los forasteros eran pocos y los huéspedes del interior no abundaban. Sin embargo, era evidente la distinción de su gente educada, la belleza y buen gusto de las mujeres, y no escaseaba ese difícil arte que los franceses llaman el «savoir faire». Las campañas del carillón que Guzmán regaló a la pequeña

catedral marcaban para todos un ritmo lento y grato de vida. Su espacio urbano, sus viejas casas, eran un compendio de historia y personalidad propia. Reflejaban el carácter de sus habitantes y sus habitantes las reflejaban a ellas.

En 1936 el gobierno del general Eleazar López Contreras tuvo la inteligente previsión de invitar a un urbanista francés conocido, Maurice Rotival, a trazar un plan previsorio para dirigir el futuro desarrollo de la capital. Para los escasos medios fiscales de la época el plan que presentó Rotival parecía casi un sueño inalcanzable, evidentemente no había los medios para realizarlo pero sobraba la voluntad para adoptar un plan apropiado de futuro para la ciudad por venir. La ciudad que propuso Rotival no rompía con el marco urbano tradicional ni con el carácter histórico, se esbozaba una zonificación apropiada al tiempo y las necesidades, y la dominaba y definía una gran avenida central, entre el parque de Los Caobos y la colina de El Calvario, que sería el eje de la futura vida urbana y el corazón de la ciudad.

Lamentablemente esto no se llegó a hacer hasta que el presidente Medina, a pesar de todos los obstáculos que oponía la situación creada por la Segunda Guerra Mundial, dio un primer paso fundamental para iniciar con grandeza el advenimiento de la nueva urbe con la gran obra de la reurbanización de la miserable y peligrosa barriada de El Silencio, cuya presencia era como una llaga dolorosa en el corazón mismo de Caracas.

El Silencio fue concebido por Carlos Raúl Villanueva y el gobierno que lo acometió como el inicio y el modelo de la gran transformación del casco urbano. Correspondía a la concepción fundamental del plan de Rotival y con gran acierto, tomando muy en cuenta la historia y las condiciones de la ciudad, no intentó imitar ningún perfil urbano extraño sino que se atrevió a formular una nueva propuesta a base de la arquitectura tradicional del país, sin rascacielos ni jaulas de cemento, con magnitudes proporcionadas al cuadro, y con la utilización admirable de elementos tradicionales, como las arcadas a lo largo de las

calles y los jardines interiores. Puso en el centro una gran plaza de extraordinaria belleza, con una obra monumental de Narváez, y dejó en las portadas la evocación nostálgica y aleccionadora de la obra de los anónimos alarifes coloniales de Coro.

Hasta ese punto llegó la tentativa y la posibilidad de asegurarle un porvenir urbano digno a Caracas. Después, el desbordamiento de la riqueza petrolera, la falta de visión de los gobernantes, el afán desenfrenado de los especuladores de tierras, y la proliferación tolerada y hasta estimulada por la más torpe e irresponsable demagogia lograron llenar todo el espacio, no sólo el urbano sino el natural, con una selva inhumana de torres de concreto y acero, y de una costra intrincada de viviendas improvisadas, sin posibilidad de servicios y de orden urbano, sin ninguna fisonomía civilizada, en la que se han hacinado en el transcurso de una veintena de años varios millones de pobladores, nacionales y extranjeros, sin posibilidad ninguna de poder recuperar algún día algo que pudiera tener semejanza o correspondencia con un ambiente urbano y civilizado.

Las grandes ciudades históricas y civilizadoras han logrado crecer y aumentar su población sin perder ni su carácter, ni su alma, ni su personalidad creadora. En Londres, en París, en Florencia, en Madrid, en Berlín, los desarrollos urbanos y arquitectónicos modernos no han destruido ni menos reemplazado al paisaje civilizado de sus viejos centros. Recorrer esas ciudades modelos es revivir su historia, aun sin conocerla, y recibir una lección inolvidable de un estilo de vida, de conducta y de pensamiento. Crecer en una de ellas equivale a una fundamental educación del carácter, el gusto y los valores perdurables. Lo mismo, en otra dimensión, ocurre con algunas urbes latinoamericanas que han conservado el testimonio formativo de su carácter original, como Quito, Bogotá, La Habana, Santiago de Chile y, desde luego, la inolvidable lección de historia viva que ofrecen mudante las bellas ciudades mexicanas.

Caracas dejó de ser una ciudad para convertirse en una aglomeración informe y apretada de improvisa-

dos rascacielos, calles congestionadas, enredijos de autopistas y azarientas acumulaciones de viviendas de fortuna, que no sólo no tiene nada que ver con el pasado y su carácter histórico sino, lo que es más grave, con la posibilidad misma de lograr algún día un real ambiente y destino de vida urbana.

Lo que ha ocurrido con Caracas en este último medio siglo es irreparable y constituye la más grave acusación contra los hombres que tuvieron el poder de evitarlo y no sólo no lo hicieron, sino que favorecieron por acción u omisión la degradación urbana.

Sus consecuencias para el futuro de la ciudad y la nación son inmensas. Caracas, a lo largo de la historia nacional, fue siempre no sólo el centro sino el timón y el modelo de la vida de todo el país. Es grave que una nación no tenga una imagen clara, eficaz y estimulante de su núcleo urbano fundamental. En muchos sentidos no se puede hoy repetir la frase que los hombres de 1810 lanzaron confiados como una promesa de glorioso porvenir: *Seguid el ejemplo que Caracas dio.*

Desarrollo urbano y desarrollo nacional.
Primer Congreso Nacional de Arquitectos. «Conclusiones»*

*Centro de Estudios del Desarrollo
(Cendes-UCV)*

* «Conclusiones», en Cendes, *Desarrollo urbano y desarrollo nacional*, Primer Congreso Nacional de Arquitectos, Caracas, 1971.

1) La formación social de un país cualquiera, está condicionada, para cada momento histórico, por su legado histórico, por factores externos, y por el espacio físico. La formación social en sí está constituida por la interrelación entre una estructura económica, una estructura cultural y una estructura política específicas, con un aparente predominio de la primera.

Todo esto tiene como efecto, entre otras cosas, un sistema regional, el cual determina el sistema urbano. Lo peculiar de los países de América Latina es que los factores externos aparecen como *sobre-determinantes*. Este parece ser el nivel de totalidad adecuado para analizar la problemática urbana de Venezuela y de América Latina.

2) La formación social de lo que son hoy en día los países latinoamericanos estuvo desde un comienzo condicionada por factores externos. Las civilizaciones precolombinas fueron por lo general eliminadas o absorbidas con el establecimiento del poder colonial.

3) La América Latina de la colonia se caracteriza por el establecimiento de una serie de regiones comunicadas con la potencia colonial a través de la extracción de materia prima y muy poco comunicadas entre sí. Esta configuración del espacio se explica por la dependencia colonial, ya que sólo se desarrollaron estructuras complementarias de la potencia colonial.

4) A pesar de los importantes cambios estructurales producto de la independencia, el factor externo continuó sobrecondicionando la formación social de los países de América Latina. Esta formación, caracterizada en lo económico por la exportación de materia prima en base a regiones que funcionaban como enclaves dentro de su territorio, apoyada por una oligarquía latifundista, y con un sistema especial caracterizado por una serie de regiones relativamente aisladas entre sí y organizadas en función de los puertos, se mantuvo durante los períodos posteriores a la independencia, hasta llegar a una etapa que en algunas partes de América Latina comienza

a principios de siglo y en otras apenas comienza, que es la etapa de la industrialización incipiente.

5) La estructura global de América Latina en estos momentos puede ser caracterizada como capitalismo dependiente. Existe un desarrollo capitalista más o menos avanzado en los diferentes países de América Latina, pero este desarrollo tiene la característica básica de ser esencialmente complementario de los países industrializados: en un comienzo Europa y actualmente, con un predominio casi absoluto, los Estados Unidos. Este capitalismo dependiente presenta las siguientes características estructurales:

a) En su aspecto económico el desarrollo industrial a través de la sustitución de la etapa final de las importaciones ha traído como consecuencia una economía no integrada, o sea, que por un lado se sigue exportando la materia prima que se exportaba desde etapas anteriores a la actual y por otro lado, se importan productos semi elaborados los cuales se ensamblan en el país. Sin embargo, las etapas intermedias de esta industrialización, las cuales deberían utilizar materia prima local y producir los productos semi elaborados para su ensamblaje final, no se lleva a cabo en el país sino en el exterior. Por otra parte el hecho de que las industrias establecidas en estos países produzcan exclusivamente para los mercados de consumo local, implica que esté en el interés de estas empresas el estimular, a través de las técnicas más avanzadas de comunicación de masas, el consumo irracionalmente renovador en las capas de la población en capacidad de hacerlo. Esto contribuye a que el ahorro que se pueda destinar a la inversión sea muy pequeño, debido al gran auge del consumo. Por otra parte, el tamaño de la población integrada de estos países, si bien permite estas industrias finales, no tiene una escala suficiente para las industrias básicas ni intermedias que permitirían la integración de la economía. Además, la *tecnología* utilizada es desarrollada en el extranjero, en base a necesidades de los países industrializados y se adecúa poco a las necesidades de los países latinoamericanos. Esto no

sería grave si el beneficio económico que produce este avance tecnológico no fuera exportado fuera del país, como sucede actualmente y pudiera ser empleado en generar nuevos empleos.

b) En su aspecto social, la estructura capitalista dependiente de los países latinoamericanos se compone de una burguesía cuyos intereses están indisolublemente ligados a los de la potencia dominante, una capa media integrada al proceso, una gran masa marginada. Estas grandes masas marginadas están ubicadas no solamente en la periferia sino también en la aglomeración central, a la que migran desde las áreas estancadas para, entre otras cosas, competir por los pocos empleos generados por el proceso de industrialización sustitutiva. Así vemos cómo el proceso, desde el punto de vista social, tiende a su estancamiento al no lograr la integración de la mayoría de la población, ya que los marginados no demandan productos industriales.

c) En cuanto al aspecto espacial, el capitalismo dependiente se caracteriza por una región central en desarrollo y una serie de regiones periféricas marginadas del proceso, las cuales continúan funcionando como enclaves exportadores de materias primas. Mientras esta sea la situación, las políticas de desarrollo de regiones periféricas y de integración de la marginalidad urbana, no son viables. Esto explica, en nuestra opinión, por qué las soluciones que se han intentado aplicar a los problemas regionales de América Latina no han tenido éxito.

6) El planteamiento de los problemas del nivel urbano no puede hacerse de una manera aislada, ni tampoco tomando como marco de referencia los estrechos límites de la ciudad y ni aún los comprendidos en su área de influencia. Es necesario tener claro, que todos esos problemas son la resultante de un acontecer a nivel nacional e internacional. Pensar en desarrollo urbano, en solución de problemas de cada ciudad, sin una congruencia con los planes nacionales, es realmente una utopía.

7) La incidencia del sistema regional sobre el urbano se manifiesta al desarrollar el centro del país

y estancar la periferia, generar migraciones de la periferia al centro, y crear marginalidad.

f) El funcionamiento del sistema urbano refuerza esta situación con: la participación selectiva tanto económica como social y política de la población, la incapacidad de absorción del excedente de mano de obra, la injusta distribución del ingreso, la incapacidad de un grueso sector de los habitantes para costear servicios o viviendas, las transferencias de costos en la prestación de servicios de las clases de mayores ingresos a las de menores y de los individuos y empresas al Estado, la especulación y alto costo de la tierra urbana, la incapacidad del sistema para cubrir las necesidades de la población y el que el desarrollo beneficie mayormente a los de estatus socioeconómico alto.

Como consecuencia de todas las circunstancias anotadas el desarrollo urbano en nuestro país es precario, costoso y desequilibrado, reflejo del desarrollo nacional y para pensar en que sea distinto debe partirse de la base de una reorientación de este último.

8) La organización del sistema venezolano de ciudades no sigue los patrones definidos en investigaciones similares, debido a que éstas no han estudiado hasta el momento el caso de países dependientes.

Existe una estructura que tiende a permanecer —el sistema de ciudades— y un proceso dinámico superimpuesto —la etapa del desarrollo— que se refleja en los momentos actuales en un centro en desarrollo y una periferia estancada, lo cual produce un tipo de relaciones siempre favorables al centro.

Este tipo de relaciones unidireccionales se repite a todos los niveles de la jerarquía de ciudades. El comprobado poco impacto regional de las ciudades nuevas —Ciudad Guayana, Punto Fijo— parece recomendar que la mejor manera de atacar el estancamiento es basarse en el sistema de ciudades existentes, diseñando encadenamientos hacia sus periferias; desarrollo hacia adentro en lugar de desarrollo hacia afuera.

El análisis que se ha efectuado en el sentido de demostrar la inadecuabilidad (*sic*) de las teorías de Perroux en el caso de los países dependientes, lleva a concluir que tal afirmación está bien respaldada por los hechos concretos que se observan en estos países, donde a) no se dan las condiciones esenciales para la generación de un proceso de desarrollo autónomo y autosostenido, b) ni tampoco funcionan los mecanismos clásicos de propagación de este desarrollo a todo el espacio nacional. Al mismo tiempo, constituye un reconocimiento de la importancia de estas teorías como instrumento de análisis regional.

9) La administración pública venezolana no puede menos que estar consciente de la situación de desequilibrios interregionales y de la tendencia al acentuamiento (*sic*) de esos problemas. Es por eso que ha intentado, desde hace varios años, un conjunto de acciones tendientes a crear condiciones que permitan salir del cauce que lleva el desarrollo regional, pero el hecho es que éstas no se han traducido en los resultados esperados. Tales acciones han tenido un denominador común, el de que han intentado dar soluciones «técnicas» en el marco puramente regional, sin atacar el problema estructural que caracteriza al modelo dependiente de desarrollo.

La política puramente regional fracasa por las siguientes razones entre otras:

a) Porque, por más que se desee descentralizar la inversión, creando infraestructura en la periferia, las industrias con orientación locacional hacia el mercado se instalan donde éste se encuentra, dejando flamantes parques industriales desiertos, acueductos y redes de distribución eléctrica subutilizados y en fin toda una inversión de apoyo ociosa en el interior del país. Más aún, si se intentase alguna medida de presión para la localización de industrias de consumo lejos del mercado, sólo se haría más ineficiente al modelo como un todo.

b) Porque ella no va acompañada de medidas que ataquen las deformaciones dependientes de la estructura económica para lograr su integración vertical dentro de Venezuela, y no fuera de ella como

actualmente sucede, medidas que deberían contener correctivos fuertes y de fondo a la distribución del ingreso, orientación y limitaciones a la inversión en ramas y renglones específicos, selección de técnicas de producción, control de la inversión extranjera en cuanto a ramas, montos, por ciento de remesas y tiempo de vida de las mismas, obligación de incorporación de insumos nacionales, etc.

c) Porque las industrias básicas, sin menoscabar el beneficio económico global que éstas aportan, son utilizadas en un mínimo de su potencial integrador en lo regional, ya que si bien producen insumos industriales, éstos están muy cercanos en su mayoría a la última etapa anterior al consumo, con lo que no contribuyen a la instalación de otras industrias intermedias, las cuales podrían ubicarse fuera del centro, dependiendo de las ventajas regionales en otras zonas. Hay un ejemplo que confirma esta situación y es El Tablazo. Este proyecto, por más que se presenta como la gran solución para el Zulia, sólo tendrá en la región un relativo efecto de empleo y una mínima acción de encadenamiento industrial hacia adelante, ya que la mayor parte de sus productos son para exportación y para sustitución de insumos importados de la industria ubicada ya en la región central. Una vez pasada la relativa euforia económica que vivirá el Zulia durante la construcción del complejo, se podrá pesar la realidad de la contribución del mismo al desarrollo regional, que no será tan alta como se ha hecho creer a la comunidad zuliana.

d) Porque los nuevos polos de desarrollo planificados, en lugar de ser encadenados a la región, lo son al centro, a Caracas, usando los servicios de ésta y no absorbiendo ni alimentando los de la región. El caso de Ciudad Guayana es revelador, se crea paralelamente a Ciudad Bolívar, donde se pudo haber afianzado al sistema de ciudades y donde ya existían servicios y otros sectores con activos básicos que ahora se deprimen, mientras que en la flamante nueva ciudad no se desarrollan los servicios, que siguen siendo importados de Caracas, y en un alarde de máxima dependencia, de los EEUU.

e) Porque el Estado sigue absorbiendo las deseconomías de aglomeración de las grandes concentraciones urbanas, con lo que el desestímulo «natural» a la centralización no se hace presente.

f) Porque finalmente, la dependencia no sólo no es mellada sino reforzada. El IV Plan de la nación y los documentos más recientes del gobierno en política económica y desarrollo, muestran la contradicción de declarar una intención de desarrollar equilibradamente a las distintas regiones, a través de los programas de parques industriales, más infraestructura, etc., a la vez que se plantean políticas de desarrollo industrial en las que textualmente se apoya la diversificación de la producción manufacturera y se ofrecen protecciones a materias primas extranjeras, con el pretendido propósito de entrar en los mercados de exportación, etc. Pero lo más importante, las tasas de desarrollo que se «planifican» como las más altas en la manufactura, corresponden precisamente a aquellas ramas de mayor coeficiente de ubicación central, de menor capacidad de empleo, de mayor crecimiento de la desnacionalización, y en resumen de mayores efectos deformadores de la economía y el desarrollo regional.

10) Los principales mecanismos por medio de los cuales se producen alzas violentas en los precios de la tierra, creando saltos bruscos en el proceso de valorización son instrumentos cuyo manejo es de la exclusiva competencia del Estado, pero con una clara relación de causa a efecto entre el tipo o estilo de desarrollo y dicho proceso de valorización. Actualmente el uso de esos instrumentos se hace sin tomar debidamente en cuenta las consecuencias que han de acarrear y sin prever lo concerniente a asegurar la continuidad de los propios planes del Estado.

11) En un proceso de concentración urbana no reglamentado, la intensificación de usos trae como

consecuencia una valorización de la tierra, la cual puede alcanzar magnitudes que se constituyen en obstáculo para el desarrollo. Ahora bien, para evitarlo se establecen reglamentaciones con un objetivo fundamental de beneficio colectivo.

Pero, en la práctica, eso no es lo que está sucediendo. Cuando por ejemplo, se establecen áreas de vivienda multifamiliar, a fin de disminuir costos de servicios y lograr economías de tiempo en el diario traslado, poco se beneficia el usufructuario si concomitantemente aumenta de manera considerable, el costo de la tierra, lo cual se traduce en mayor arrendamiento, quedando el objetivo desvirtuado.

12) Para planificar los conglomerados urbanos deben conocerse las características espaciales de asentamiento en función del mínimo costo. Esta situación debe ser compatible con la jerarquía del conglomerado y las funciones que desempeña en el espacio.

13) En la prestación de servicios públicos, en aquellos cuyo sistema se compone de redes, el costo es variable, según la densidad del área servida. Para un área con densidad de cien habitantes por hectárea el costo per cápita de dotación de redes de acueducto, cloacas, electricidad y vialidad directa a las parcelas, es doce veces mayor que la misma dotación a una densidad de mil habitantes por hectárea.

La situación de diferencia de costo conforme a la densidad de población al no ser tomada debidamente en cuenta en la estructuración de las tarifas, tarifas que son iguales para todos los habitantes de la ciudad, se producen transferencias de costos de los habitantes de las áreas menos densas hacia las más densas, o sea por lo general, de los habitantes de mayores ingresos hacia los de menores.

«El desarrollo metropolitano en América Latina. Urbanización marginal y metropolitanización excesiva»*

Luis Carlos Palacios

Arquitecto por la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela, 1968; Master in Science (MSc), Institute of Computer Science, University of London, 1971; Master in Sciences (MSc), School of Environmental Studies, University College London, University of London, 1972; Candidato a Doctor, mención Ciencias (PhD), UCV, 1987; Profesor Agregado, Instituto de Urbanismo, FAU-UCV; director del Instituto de Urbanismo, FAU-UCV, 1980; ministro de Fomento y posteriormente de Cordiplan, 1994; coordinador de la Oficina de Programación y Análisis Macroeconómico (OPAM) del Ministerio de Hacienda, 1996. Ha publicado numerosos artículos y ensayos en revistas y periódicos de Venezuela y el exterior. Es autor de los libros *Introducción a la teoría de la renta*, con H. Manzanilla y J. P. Frey, 1980; *Venezuela: acumulación sin crecimiento*, con I. Niculescu, 1987; *Polos de desarrollo y estructura económica*, 1988 y *Análisis multisectorial en Venezuela*, 1991.

* Luis Carlos Palacios, «El desarrollo metropolitano en América Latina. Urbanización marginal y metropolitanización excesiva», *Urbana*, N° 8, Caracas, 1988.

Introducción

En este trabajo se discuten algunas ideas acerca del proceso de metropolitanización excesiva (ME) que sufre América Latina (AL). Se presenta también un modelo teórico de este proceso, basado en la *causación acumulativa* de Myrdal, Kaldor y Dixon-Thirlwall, donde se exponen algunos de los mecanismos que pueden estar conduciendo al crecimiento exagerado de las áreas metropolitanas más importantes de la región.

El fenómeno de la metropolitanización excesiva de AL es, por lo menos desde una perspectiva descriptiva, ampliamente conocido.

Los niveles de población que están alcanzando sus principales áreas metropolitanas, ejemplificados en forma extrema por Ciudad de México y São Paulo, no tienen precedentes mundiales y no se espera una declinación significativa de estas tendencias en el futuro inmediato. Estudios econométricos como el de Paelinck muestran la importancia de la «primacía» (proporción de la población de la ciudad principal en el total de la población) en el mundo subdesarrollado y, especialmente, en AL. Diversos autores han resaltado la relación entre el sobredimensionamiento metropolitano de AL, la terciarización espuria de sus economías y las características socioeconómicas estructurales de nuestros países. Se trata pues de un fenómeno que al parecer está claramente sustentado por la evidencia factual. Es un proceso preocupante, con posibles consecuencias negativas, no sólo para los habitantes de estas áreas metropolitanas, sino también para la viabilidad del desarrollo global de los países de la región. La ME es parte de un proceso global de mayor complejidad, donde aparece ligada a fenómenos como la elevada tasa de urbanización de AL, la terciarización espuria (parcial) de sus núcleos urbanos y el estilo de urbanización marginal. Éste, como ha sido señalado por diversos autores (por ejemplo, Negrón, Kowarick, Bolívar), se encuentra en rápida expansión.

Aunque el proceso de ME ha despertado preocupación, desgraciadamente existen pocos intentos

de explicación analítica. La literatura urbana latinoamericana ha colocado el énfasis de identificar las consecuencias sociales negativas de este sobredimensionamiento, o, alternativamente, busca establecer su relación con el proceso de desarrollo social en términos genéricos (por ejemplo, Pinto). El análisis que se presenta difiere metódicamente de gran parte de esta literatura. Intenta, tomadas como hipótesis ciertas características sociopolíticas del desarrollo capitalista latinoamericano, explicitar el funcionamiento de una dinámica económica que puede conducir a la ME. Se trata de un trabajo teórico-modelístico, que en cierta manera sigue la línea metódica de los modelos estilizados y globales iniciada por Ricardo y Marx, y que con hipótesis diferentes, ha sido continuada por la escuela postkeynesiana.

Elementos generales e hipótesis de partida

En este aparte se analizan algunas de las razones que subyacen o condicionan el proceso de metropolitanización excesiva. En el aparte subsiguiente se expondrá un modelo específico, donde se concretan las hipótesis sobre el funcionamiento de la economía metropolitana que pueden conducir a la ME. El modelo es, en cierta manera, limitado y hace poca justicia a toda una serie de factores (como los aspectos históricos, por ejemplo) que de una u otra manera condicionan o influyen en la ME. Por ello, se ha deseado hacer una discusión resumida de los aspectos más generales que influyen en el sobredimensionamiento metropolitano.

La tesis de la ME supone que las metrópolis latinoamericanas se comportan en forma diferente a las áreas metropolitanas de los países desarrollados. En éstos se ha detectado en los últimos años un proceso de declinación de las áreas metropolitanas. En un intento por describir (y explicar) el proceso, Klaassen ha propuesto un esquema de tres etapas aplicables a las metrópolis de los países desarrollados. Existiría una fase inicial, denominada de urbanización, caracterizada por la expansión del área

metropolitana, especialmente de su área o «corazón», donde esta área ejerce una fuerte atracción sobre la periferia que la rodea. Esta fase coincide con el proceso inicial de expansión industrial que tuvo lugar en los núcleos urbanos fundamentales.

A la urbanización seguiría una fase de *suburbanización*, caracterizada por la pérdida de población del centro metropolitano y por la expansión del anillo que rodea a este centro. La segunda fase coincidiría con el aumento significativo del ingreso de la población metropolitana, la búsqueda de mejores condiciones residenciales y ambientales para la población de ingresos altos o medios, y una diversificación en la demanda de servicios. En la tercera etapa, la *desurbanización*, la metrópolis experimenta una declinación global, perdiendo actividades y población no sólo el centro sino toda el área metropolitana. En esta fase se acentúan las tendencias de la segunda fase, conjuntamente con avances importantes en los sistemas de comunicación y transporte. Posteriormente estaría planteada, como posibilidad, una cuarta fase, la *reurbanización*, en la cual podría reactivarse el centro metropolitano.

La *metropolitanización* excesiva de AL contrasta con este proceso de auge y declinación: parece mantener un proceso de crecimiento ininterrumpido. Esquemáticamente, y a riesgo de extremas simplificaciones, en AL sería posible distinguir igualmente tres fases de evolución metropolitana, pero con características diferentes. Una primera etapa de *urbanización*, coincidente con la industrialización incipiente y las ventajas iniciales, tanto en mercados como en dotación de servicios, que poseían las ciudades primadas. Una segunda fase de *suburbanización dual*, donde se profundiza la industrialización y la especialización en servicios. Se acentúa la expansión metropolitana y su primacía, apareciendo la urbanización marginal al lado de la controlada. La tercera etapa de *suburbanización marginalizante*, donde continúa sin declinación el crecimiento metropolitano y el estilo de urbanización marginal (áreas de ranchos o *favelas*) se hace dominante. El

problema consiste en buscar las razones que hacen posible este fenómeno de crecimiento continuo y retroalimentado. En la figura 1 se exponen esquemas que representan estos procesos.

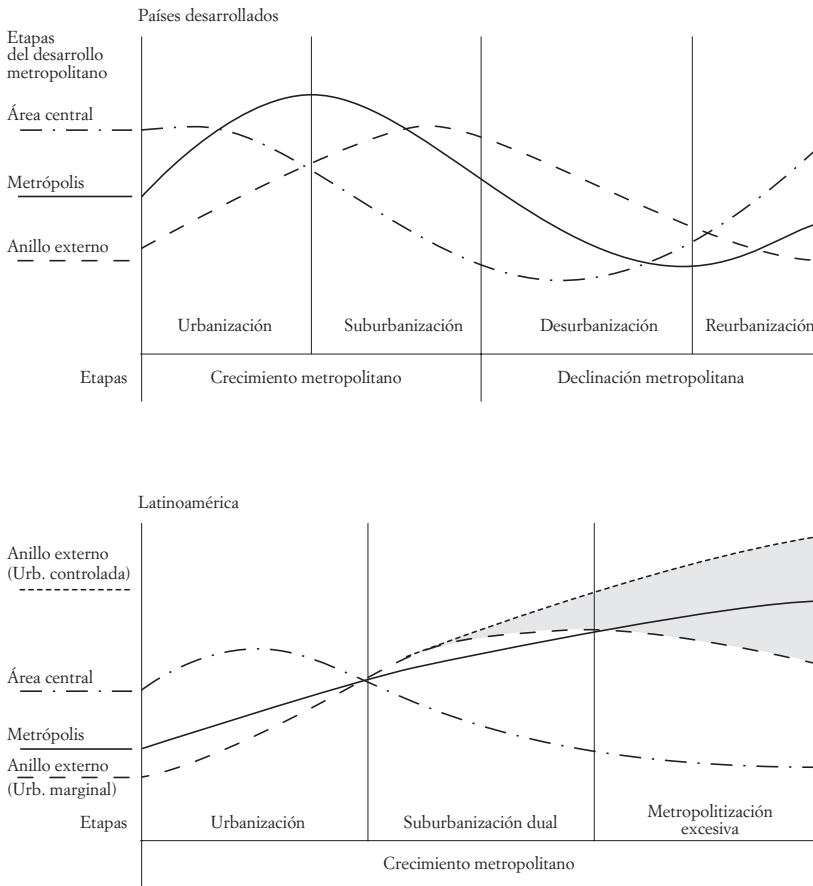
El desarrollo urbano en general, y específicamente el de las grandes metrópolis latinoamericanas, es el resultado de largos y complejos procesos históricos. En cierta manera la actual ME es una consecuencia de la estructura territorial que legó el pasado. Esquemáticamente, podrían distinguirse, en líneas muy gruesas, dos grandes períodos históricos previos a la *metropolitanización*. Un período inicial, donde se conforma la estructura primaria del territorio, que abarca la etapa colonial, y un segundo período, que se prolonga hasta la industrialización inicial de AL, donde surge la gran ciudad latinoamericana. La *metropolitanización* podría considerarse como una prolongación peculiar del segundo período.

Las tres fases mencionadas anteriormente (la urbanización, la suburbanización dual y la suburbanización marginalizante), son posteriores al segundo período. De ellas, la última, la suburbanización marginalizante, estaría asociada a la ME.

La dependencia colonial, centrada en la producción de materias primas destinadas a la exportación hacia el «centro» colonial, configuró un territorio donde el núcleo urbano fundamental fue el elemento clave para articular el comercio exterior. En él se ejercían las principales funciones comerciales, políticas, administrativas y militares. Ello conformó, con las diferencias del caso, y en grados diversos, una estructura territorial claramente desbalanceada, con pocos núcleos urbanos de importancia, y un débil sistema de ciudades. Obviamente, este desarrollo territorial concentrado, sesgado hacia uno o muy pocos centros de importancia, creó las condiciones iniciales (ventajas comparativas iniciales) para el subsecuente proceso de urbanización concentrada.

La concentración territorial implicó, de una u otra manera, la concentración del potencial mercado de demanda, de las condiciones de oferta, tanto de dotación de equipos de infraestructura como

Figura 1 **Etapas del desarrollo metropolitano**



de servicios así como de las instancias políticas e institucionales.

En el período postcolonial, al iniciarse la industrialización parcial dentro de un proceso de sustitución de importaciones con alta dependencia externa, el locus obvio de este proceso fueron los núcleos urbanos primados que se habían formado en el pasado. Estos núcleos, que constituían las áreas de mercado claves, por lo general con acceso privilegiado a puertos, y donde residía el poder político, eran el nodo para la concentración de inversiones y de un proceso industrial altamente dependiente de bienes de capital e insumos importados. La consecuencia territorial fue un rápido proceso de expansión de estos núcleos

a expensas de la periferia, en síntesis el surgimiento claro de la metrópolis latinoamericana.

La hipótesis que se presenta supone, en cierta manera, que la ME es una consecuencia *in extremis* del mecanismo que propició el surgimiento de la metrópolis. Sin embargo, tiene algunas diferencias importantes. La ME parte de la existencia de un desarrollo industrial ya localizado en la metrópolis o sus alrededores y de la existencia de un mercado nacional espacialmente integrado, donde existe una dotación de infraestructura física relativamente más difusa o desconcentrada que en el período de industrialización inicial.

El problema a explicar es justamente por qué continúan funcionando con tanta intensidad las fuerzas centrípetas que estimulan la metropolización. Específicamente se necesitan razones que expliquen por qué las deseconomías de escala y aglomeración, que han estimulado significativamente la desurbanización de Europa y Norteamérica, tienen tan poco efecto en nuestra región.

Al respecto existen diversas tesis. La más común relaciona la ME con las limitaciones de la industrialización en AL. Se supone que la industrialización de AL es débil y dependiente, acompañada además por un proceso de expulsión de mano de obra del campo (motivado por la existencia de una estructura agraria atrasada, intensiva en el factor tierra y bajo la presencia de una alta tasa de crecimiento demográfico). La ME no estaría, según esta tesis, sustentada por un proceso industrial dinámico, sino que sería la conjugación de una industrialización limitada, con el efecto de expulsión de población que se generaría en las áreas rurales. En esta visión, la ME se produce por un proceso de terciarización espuria (y dominante) de toda la economía metropolitana. La concentración de población que caracteriza la ME sería la resultante de tres factores: 1) Las precarias condiciones sociales que existen en el resto del territorio, ligadas a la existencia de tasas elevadas de crecimiento demográfico. 2) Un desarrollo industrial débil y dependiente, concentrado en la metrópolis (o sus alrededores), y la progresiva especialización de la economía en actividades de servicio o especulativas (por ejemplo, la especulación en bienes inmuebles y renta territorial). 3) La exagerada concentración espacial de las funciones administrativas y políticas, así como de la acción del sector público, que básicamente orientaría su acción a las áreas metropolitanas. Estos factores tenderían a generar una fuerte corriente migratoria hacia la metrópoli.

La hipótesis central del presente trabajo es diferente, aunque no niego radicalmente el papel que

pueden jugar algunos de los factores anteriormente mencionados.

Se sugiere que la ME está ligada al proceso de industrialización que tuvo lugar en AL en los últimos treinta años, el cual se considera importante a pesar de que éste sea dependiente respecto a los polos del mundo desarrollado, especialmente de los EEUU, o de la actual situación de crisis. Este proceso ha tenido un patrón espacial concentrado, alrededor de las metrópolis porque en ellas existen mecanismos que minimizan los efectos de las deseconomías de escala y aglomeración.

Entre ellos, se considera que juega un papel clave aquel que permite mantener la *eficiencia salarial* metropolitana relativamente más elevada que en el resto de las regiones. Más precisamente, se asume que el proceso de ME está ligado al hecho de que la evolución del cociente productividad/tasa salarial tiende a ser más alto en la metrópoli que en el resto del territorio nacional. Un comportamiento como el señalado puede conducir a la concentración metropolitana de la inversión industrial, tanto pública como privada, y por tanto a la concentración territorial de la producción de productos *exportables* (transables), es decir aquellos que se pueden tanto consumir localmente como exportar fuera del área metropolitana.

Se estima que los territorios nacionales de AL funcionan como mercados integrados, especialmente en lo que se refiere a los mercados de bienes y algunos servicios, con movilidad en la localización de las nuevas inversiones. Éstas tienden a ubicarse en aquellos nodos del sistema urbano con mayores expectativas para maximizar la rentabilidad, básicamente en la metrópoli y su área de influencia. Gracias a un cociente productividad/tasa salarial relativamente más alto en la región metropolitana que en el resto del territorio, y el efecto de *arrastre* del área de mercado metropolitano; en esta región se genera un proceso de *causación acumulativa* que retroalimenta su crecimiento con nuevos aumentos en la productividad, conformándose el fenómeno de la ME.

Es importante identificar las razones que permiten a la metrópoli mantener en términos positivos, o mayores que el resto del territorio, la relación productividad del trabajo-tasa salarial, a pesar de las crecientes deseconomías de aglomeración que posiblemente implica la expansión desmesurada. Al respecto se piensa que la *urbanización marginal*, o la localización de la fuerza de trabajo en «áreas de ranchos», podría colaborar de manera significativa a controlar el crecimiento de la tasa salarial, y en consecuencia a mantener alto el cociente productividad/tasa salarial. Se asume que la urbanización marginal reduce en forma apreciable el pago que deben hacer las unidades familiares por vivienda y los servicios anexos que reciben haciendo compatible la localización metropolitana de la fuerza de trabajo con incrementos salariales relativamente reducidos. Esto es, la urbanización marginal permite hasta cierto grado que las presiones por el alza de salarios sea sensiblemente menor que las que existirían si el estilo de urbanización fuese *normal* o *controlado*. Obviamente es posible que la acción del Estado en las metrópolis, con sus políticas sociales de servicio, haya incidido en la misma dirección. Al mantenerse la tasa salarial relativamente controlada se crean las condiciones para contrarrestar el efecto de las deseconomías de aglomeración.

El argumento presentado no atribuye a la urbanización marginal el carácter de factor único para explicar el estancamiento relativo de la tasa salarial. Obviamente inciden otros factores, tanto de carácter político, como la relación de fuerzas entre los distintos grupos sociales, u otros elementos socioeconómicos, como es por ejemplo la alta tasa de crecimiento demográfico.

El alto crecimiento de la población es uno de los argumentos que se utiliza en las tesis de las economías *duales* para explicar las bajas tasas salariales de los países subdesarrollados. El razonamiento es sencillo: al existir una alta tasa de crecimiento demográfico se tiende a producir, en los niveles ocupacionales inferiores, una oferta infinita de mano de obra a una

tasa salarial relativamente baja, lo cual tiende a mantener estancada la tasa salarial; un efecto análogo al del ejército industrial de reserva de Marx. Independientemente de la correspondencia de esta tesis con la realidad, y de la incidencia de otros procesos que pueden inducir, ya bien en la reducción de los costos laborales o en la expansión del mercado metropolitano (como podría ser la acción del gasto público); este trabajo resalta el posible efecto de la urbanización marginal sobre la tasa salarial. Se ha focalizado este aspecto debido a que por lo general es un elemento poco estudiado en la literatura latinoamericana de la urbanización, donde el énfasis se ha colocado en describir la condición subestándar de la urbanización marginal. Es cierto que en las áreas marginales las condiciones de la vivienda y sus servicios anexos son deplorables, sin embargo la posible conexión entre este tipo de urbanización y la metropolitanización excesiva ha recibido poca atención.

Si el argumento expuesto fuese cierto, debería revisarse la caracterización de la ME como proceso especialmente «rentista» tipificado por la especulación inmobiliaria como elemento dominante de la economía metropolitana. Actualmente gran parte de la población de las metrópolis vive en áreas marginales (alrededor del 50%), donde se supone que el pago por vivienda y servicios anexos es relativamente reducido. En estas condiciones es difícil que la especulación inmobiliaria y la captación de excedentes a través de la renta territorial sean los ejes económicos de estas ciudades.

En las metrópolis de AL existe un importante proceso de especulación inmobiliaria, en el cual el precio de la tierra posiblemente se fija a través de mercados de *competencia monopolística* por la vivienda y otros tipos de usos, y donde la demanda juega el papel clave en la determinación del nivel de precios de la tierra. Un proceso análogo al que Lipietz llama «la división económico-social del espacio». En las áreas marginales, dadas las características de la demanda (dependiente de la tasa salarial) y de la tenencia de la tierra, es difícil que funcionen estos

tipos de mercado, sobre todo en el sentido de elevar en forma significativa el precio de la vivienda marginal (rancho) por encima de su precio de producción. Hay que recordar además la característica subestándar de este tipo de vivienda, así como el papel de la autoconstrucción (parte importante de los ranchos se produce por autoconstrucción), que reduce en forma sustancial los costos salariales en la construcción de este tipo de vivienda. Tomando en cuenta la extensión que ya ha alcanzado la urbanización marginal, posiblemente la parte de valor agregado metropolitano que va a renta territorial no tendría, en la etapa de ME, la significación que supone la tesis «rentista». La renta territorial seguramente juega un papel determinante en la configuración de la estructura urbana, específicamente en la *segregación social del espacio urbano*, pero es dudoso que pueda adquirir niveles tales que le permita dominar la economía metropolitana.

Asimismo, tampoco se cree adecuado exagerar el papel del sector público en el proceso de ME. Es muy posible que la acción del Estado sea uno de los elementos que contribuyen a la ME, por ejemplo, a través de la concentración de inversiones en infraestructura o gastos en servicios. Ambos tipos de acciones pueden aumentar la productividad y como componentes de la demanda tienen un indudable efecto de estímulo sobre la economía metropolitana. Pero este tipo de gasto, desligado del contexto

productivo global, especialmente de la producción de los bienes transables o exportables, tiene básicamente efectos a corto plazo y difícilmente puede explicar por sí solo un proceso como la ME. (...)

Comentarios finales

El modelo presentado es una hipótesis de carácter preliminar, la cual seguramente necesita ser afinada y desarrollada. Sobre todo debe ser sometida a la contrastación factual. En este sentido, a pesar de que no se cuenta actualmente con una base de datos que permitiese comprobar la hipótesis, existen algunos indicios que permiten suponer que la ME está, de una manera u otra, ligada a la expansión de la producción industrial, es decir de productos típicamente transables. Éste parece ser el caso de São Paulo en Brasil (Bacha, Taylor y Bacha, Kowarick).

Es posible que el modelo subestime el papel de otros factores, distintos a la urbanización marginal, como elementos explicativos de la ME. Por ejemplo, factores ligados al comercio interregional donde pueden existir mecanismos de fijación de precios no considerados o el papel del sector público en la dotación de infraestructura y servicios, o la «inerencia» en la localización del capital por problemas de indivisibilidad. Sin embargo, se piensa que el argumento expuesto capta algunos de los factores importantes que inciden en la ME de América Latina.

La arquitectura «El patrimonio arquitectónico de Caracas»*

Manuel López

Arquitecto por la Universidad Central de Venezuela (1972). Profesor de Historia de la Arquitectura de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela (1974-2009; Titular, 1994). Doctor en Teoría e Historia de la Arquitectura por la Escuela de Arquitectura de Madrid (1983). Coordinador del Sector de Historia y Crítica de la Arquitectura (1984-1987). Fundador y coordinador de la maestría en Historia de la Arquitectura y del Urbanismo-UCV (1991-2000). Es autor de innumerables investigaciones, ensayos, monografías y artículos sobre la arquitectura nacional y moderna en Venezuela. Recibió el Premio Bienal de la Apucv al Libro de Texto Universitario (1995) y el Premio José María Vargas de la UCV (Corbata) 2000.

* Manuel López, «El patrimonio arquitectónico de Caracas», *Entre Rayas*, Año 3, N° 14-15, Caracas, julio-octubre, 1995.

«Contrariamente a creencias generalizadas, incluyendo las de los funcionarios responsables de la salvaguarda del patrimonio histórico-artístico, no son las contadas y mediocres obras del período colonial venezolano, ni las que se realizaron en las últimas décadas del siglo pasado, quienes constituyen el núcleo esencial y caracterizan distintivamente el patrimonio de la ciudad de Caracas. Esta ponencia intenta mostrar que el corazón del patrimonio arquitectónico de la ciudad es moderno (e incluye cosas tan “sorprendentes” como las quintas de Mujica de los treinta o los superbloques del Banco Obrero de los cincuenta) y, en segundo lugar, que un patrimonio tan valioso se encuentra totalmente desprotegido».

Ponencia presentada a la VI Conferencia Internacional sobre la Conservación de Centros Históricos y Patrimonio Edificado Iberoamericano, evento realizado en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV en julio de 1994.

Caracas como epítome de la «modernidad»

La «modernidad» de Caracas, que una crítica difusa ha convertido en culto al cemento armado y turismo de pacotilla, es el *a priori* ideológico mediante el cual se tiende a olvidar la ciudad que superó, hace ya varias décadas, los cuatrocientos años de existencia. Fundada en 1567 por el capitán español Diego de Losada, Caracas pronto se convertiría en el centro urbano más importante del territorio hoy venezolano, desarrollando una compleja y tumultuosa vida política, social y cultural durante los 250 años de dominación colonial y a lo largo de los siglos XIX y XX. No deja de resultar paradójico, por lo tanto, que, según los funcionarios de la Junta Protectora del Patrimonio Histórico-Artístico de la Nación, tal riqueza y vitalidad no se hayan manifestado en la producción arquitectónica y el panorama en el campo del patrimonio sea francamente escuálido. Efectivamente, para la Junta Protectora el patrimonio histórico arquitectónico de Caracas apenas alcanza a cincuenta edificaciones monumentales: se trata en su mayoría de obras del período colonial, fundamentalmente iglesias, a las que, a partir de la década del setenta, vinieron a sumarse los grandes edificios construidos a finales del siglo XIX e inicios

del XX. Allí se incluyen desde el Panteón Nacional (antigua iglesia colonial refaccionada) o la Casa natal de El Libertador (estructura colonial totalmente modificada), hasta las casas coloniales y lugares de hospedaje de los próceres de la Independencia (aunque su significación arquitectónica sea discutible) o todas las «Iglesias anteriores a 1830» (que constituye el máximo ejemplo de confusionismo en la valoración del patrimonio arquitectónico).

Precisamente el confusionismo es el rango dominante dentro del patrimonio arquitectónico de Caracas, de acuerdo al listado de la Junta Protectora. De él derivan las otras características que marcan ese patrimonio: su «mediocridad», es decir, la escasa o nula calidad y significación arquitectónica que posee (el ejemplo supremo sería el de la Casa natal del Libertador); su «nimiedad», es decir, el reducido patrimonio que nos han legado los antepasados, que se limita a un número minúsculo de edificios (asemejándonos a los personajes que, después de la lectura de un testamento, se sienten defraudados); su «vetustez», es decir, ese patrimonio no posee, en su gran mayoría, otra cualidad intrínseca que no sea su vejez y su declaratoria como monumento obedece al simple hecho de que la obra es vieja (ejemplo: «todas las iglesias anteriores a 1830»); su «historicismo», es decir, esas obras pueden ser poco significativas o su autor una figura de poco relieve, pero tienen un «valor histórico», que pasa de inmediato a equivaler a «valor artístico» o «arquitectónico» (ejemplo: las casas de los próceres); su «colonialidad», es decir, en su mayoría aplastante, pertenecen al período colonial (incluso, las de los próceres republicanos) y una minoría al período final del siglo XIX e inicios de XX, (es decir, este siglo que concluye muy poco nos deja como legado); su «hispanismo», es decir, por «colonial» se entiende lo «hispano», pero es un hecho que durante la colonia también construyeron los indígenas sobrevivientes y los negros cimarrones o libertos: es decir, aunque la herencia es «triple» (y en muchos casos producto «fusionado») no se mencionan construcciones indígenas o afroamericanas;

su «eclesialidad», es decir, la gran mayoría son templos y es otro hecho que la mayoría de las construcciones coloniales no eran templos, sino viviendas (o se considerará poco importante conocer y recordar cómo los antepasados vivieron); sus similitudes en cuanto a que esos templos están ubicados en el casco de la ciudad, aislada y escenográficamente, obediendo su realización a técnicas constructivas muy simples, presentando tipologías elementales, etc.; y, finalmente, que son «construcciones», es decir, que en el listado son muy pocas las obras de arquitectura realmente de arquitectos (o de los ingenieros-arquitectos del siglo XIX) y, siendo precisos, constituirían «patrimonio edilicio»: es decir, que el patrimonio arquitectónico resulta casi inexistente, trágica conclusión que se puede derivar del análisis del listado patrimonial de la Junta Protectora.

El problema de los monumentos

Sin embargo, es posible acercarse de una manera menos prejuiciada al problema del patrimonio arquitectónico y, particularmente, al de la ciudad de Caracas, con consecuencias menos traumáticas y bastante diferentes a las de la Junta «protectora». Ello implica, en primer lugar, una aproximación al tema de los monumentos, en los que la Junta concentra la carga patrimonial, de una manera distinta. Sabemos que monumento es un término proveniente del latín (*monumentum*), que significa recuerdo y designa a un objeto que conlleva un recuerdo del pasado, referido a un personaje o acontecimiento históricos. En sentido lato, se entiende por monumento a todo lo que se configura históricamente como *testimonio vivo del pasado* y es en esta acepción que se aplica a las obras arquitectónicas. Asumido que toda presencia de una cultura pasada puede considerarse monumento, se acostumbra a clasificar los monumentos en función a la intencionalidad que los produce: se definen como intencionales los que derivan de una voluntad precisa y les viene atribuido el valor de monumento en el mismo momento de su creación (como, por ejemplo, el Arco de

Federación, al que no habría necesidad de declarar «monumento» ya que él lo es, *per se*; debe hacerse, sin embargo y es otra muestra de la confusión existente, porque sólo los «declarados» son objeto de salvaguarda y protección), y como *preterintencionales* los que valoramos como monumentos en base a una visión histórico-retrospectiva, es decir, que nosotros los seleccionamos.

Este hecho trae una serie de consecuencias sumamente importantes para los temas referentes al patrimonio arquitectónico. Por un lado, implica que los edificios no tienen valor en sí, sino que nosotros se lo damos; lo cual es sumamente grave, porque conlleva el que podamos valorarlos equivocadamente, que la valoración pueda cambiar en el tiempo, etc., es decir, que todo resulte relativo y cuestionable. Por otro lado, convierte al reconocimiento del monumento en un problema fundamental y de gran dificultad. Pues el monumento se convierte cada vez en algo distinto, dependiendo de las circunstancias. La cultura «inventa» los monumentos, creando tradiciones sumamente viscosas a las que es necesario enfrentar: de hecho, hasta una copia o un falso podrían ser monumentos, además de documentos (los ejemplos, en este campo, son abundantes).

Para la Junta Protectora, sin embargo, el problema ha quedado resuelto en la forma más elemental: el patrimonio arquitectónico de Caracas fue conformado, básicamente, durante el período colonial y para 1830 (año trágico, por lo visto, para los integrantes de la Junta, mientras para otros significa el logro de la independencia total) se encuentra definido en lo fundamental.

La crisis del patrimonio

El patrimonio arquitectónico así conformado, congelado y estático, va a entrar, necesariamente, en crisis cuando se inicien las intervenciones en el centro de la ciudad tradicional, a partir de 1875 y los «Grands Travaux» de Guzmán Blanco. Y entrará irremediablemente, en agonía y muerte virtual (en cuanto patrimonio vivo y memoria activa de la

ciudad, capaz de jugar un rol importante en su desarrollo y evolución histórica) cuando se profundicen las operaciones sobre ese casco tradicional, a inicios de los 70 y el «Sacco» de Caracas: la «reconquista» del centro de la ciudad por las fuerzas combinadas de, por un lado, las capas sociales dominantes, que unas décadas atrás la habían abandonado y ahora retornan con la construcción de nuevos rascacielos de oficina y, por otro lado, los grupos sociales más deprimidos, que habían sido expulsados de allí décadas atrás y regresan construyendo tarantines como buhoneros, junto a mendigos, indigentes, enajenados, etc.

Panorama ante el cual, por supuesto, sólo caben las lamentaciones, los señalamientos éticos, las críticas al «progreso» y a la «técnica» del mundo moderno, a las ansias desmesuradas de «enriquecimiento», etc., gestos a los que también nos tienen acostumbrados los honorables miembros de las juntas.

Una aproximación distinta al problema del patrimonio arquitectónico de Caracas, por tanto, debe superar esa visión oficial estática, centrada en los «monumentos» y en la colonia, y con tan nefastas implicaciones patrimoniales, para abordar desprejuiciadamente *el conjunto de arquitecturas heredadas, que son testimonios significativos del pasado de la ciudad*. Y ello implica, obligatoriamente, el estudio histórico-crítico de la evolución urbana y arquitectónica de Caracas, capaz de identificar los momentos importantes en su desarrollo y en la producción de edificaciones significativas para su patrimonio arquitectónico.

Momentos históricos de Caracas

El primero de esos *momentos* no puede ser otro que el período precolombino, sobre el que se ha pretendido sistemáticamente tender la capa mágica que lo desaparezca o liquidar sin contemplaciones a cuenta de la precariedad de las construcciones indígenas, pero, en todos los casos, sin realizar ninguna investigación (básicamente, arqueológica) sobre las primitivas construcciones que, según todas las cró-

nicas, existían en el valle de Caracas para la llegada de los conquistadores.

El segundo *momento*, por supuesto, lo constituye el acto fundacional de la ciudad en 1567, con la creación de la infraestructura urbano-arquitectónica sobre la que se construirá la capital. Se trata, realmente, de los primeros «monumentos» de Caracas a proteger y salvaguardar: la primitiva conformación del centro histórico de la ciudad (tanto las 25 manzanas de la cuadrícula urbana, como el primer plano de Juan de Pimentel que las representa, el «cordel» y la «regla» con que se efectuó el trazado, etc., todos verdadero «patrimonio arquitectónico» de la ciudad).

El siguiente capítulo que igualmente debe ser investigado, se localiza en las primeras fases del período colonial, en el asentamiento urbano de 5.000 habitantes del siglo XVII, que también se tiende a minimizar debido a la precariedad de las construcciones existentes, pero sin que se hayan efectuado en profundidad las búsquedas pertinentes.

Ello vendría a cuestionar la visión «en bloque» del período colonial, que es predominante en la historiografía arquitectónica, para sustituirla por un acercamiento a un proceso de tres siglos, dentro del que se produjeron momentos históricos de particular interés y significación arquitectónica. Otro de ellos, sin ninguna duda, corresponde a la etapa final del régimen colonial en Venezuela, que para la ciudad se identifica con la Caracas borbónica de finales del siglo XVIII, sometida a un proceso de crecimiento y modernización con la realización de nuevas obras públicas, la actividad de los ingenieros militares ilustrados, los intentos de crear academias de geometría y de matemáticas, etc.

Descartada la fecha «fatídica» de 1830 por escasamente significativa en el plano artístico, otro examen desprejuiciado de la Caracas en la primera mitad del siglo XIX se hace imprescindible para verificar si, como asevera la historiografía tradicional, el ambiente de catástrofe debido a los continuos terremotos y a las guerras no permitió ninguna elaboración archi-

tectónica significativa o, por el contrario, se trata de otro momento interesante para el patrimonio.

Aunque por razones no siempre muy claras, es comúnmente aceptado (hasta para la Junta Protectora del Patrimonio) que el período guzmancista constituye uno de los momentos fundamentales en la conformación del patrimonio arquitectónico de la ciudad. En efecto, mientras en el plano profesional el debut de ingenieros-arquitectos como Juan Hurtado Manrique, Jesús Muñoz Tébar, Luciano Urdaneta, etc., señala claramente los inicios, en sentido estricto, de una «arquitectura venezolana», en el campo urbano comienza el proceso de transformaciones que terminarán convirtiendo a Caracas en una moderna metrópoli.

Asimismo, el momento histórico del crespismo y de los gobiernos liberales de finales del siglo XIX resulta significativo para la ciudad, fundamentalmente, por el intento de conformación de un nuevo núcleo polifuncional (político, administrativo, residencial y de servicios) en la zona de Caño Amarillo, así como el inmediatamente posterior del Castrismo ve la aparición de la primera expansión de la ciudad al otro lado del río Guaire, con la urbanización de El Paraíso y las nuevas tipologías de la vivienda unifamiliar aislada, aparte de las grandes obras arquitectónicas del «gran constructor» independiente Alejandro Chataing.

Las primeras décadas del siglo XX, período del primer gomecismo, también deben ser examinadas con seriedad y sin prejuicios para determinar la validez de aseveraciones sobre una supuesta «parálisis» en la vida urbano-arquitectónica caraqueña bajo la dictadura de Gómez, que, a partir de finales de los años veinte, no podrá tenerse en pie: la violenta expansión hacia el este con la urbanización de las antiguas haciendas de café y la aparición de las nuevas «casas modernas», a la que corresponde simétricamente un crecimiento al oeste y la urbanización inicial de la Nueva Caracas, mientras en el centro de la ciudad se produce el ensanche de San Agustín con la urbanización de La Yerbera; a

lo que se suman los primeros Barrios Obreros periféricos construidos por el recién fundado Banco Obrero y las obras iniciales de los grandes maestros de la arquitectura moderna venezolana (Villanueva, Mujica, Guinand, etc.): es decir, que se trata de uno de los momentos estelares de la arquitectura, del urbanismo y de la formación del patrimonio de la ciudad.

A ese momento histórico le sigue el de finales de los años treinta con la «explosión» de la arquitectura moderna en la ciudad, la construcción de notables escuelas por el gobierno de López Contreras, la aparición de las primeras «ciudades-jardín» en Bella Vista y ProPatria, por obra del Banco Obrero, y la aprobación del Plan Rotival para el futuro desarrollo de la ciudad, cuya primera piedra se coloca en la reurbanización de El Silencio a inicios de los cuarenta. Este *sventramento*, con su cirugía haussmaniana del casco central de la ciudad, y el subsiguiente proyecto arquitectónico de Villanueva constituyen, por sí solos, otro de los capítulos fundamentales del patrimonio de la capital.

A partir de 1945 y la llamada Revolución de Octubre, se inicia otro de los momentos estelares de la formación del patrimonio urbano-arquitectónico de la ciudad, cuyos puntos más destacados se deben a la labor del Banco Obrero, bajo la dirección técnico-artística combinada de Martínez Olavarría y Villanueva, generando innovaciones continuas en el campo de la urbanización y de la producción de viviendas durante el trienio de la Junta Revolucionaria y de Rómulo Gallegos.

Labor de vanguardia que encabeza el Banco Obrero dentro de las grandes construcciones del Estado durante la llamada «Dictablanda», en el momento histórico en torno a los años cincuenta, con la realización de notables urbanizaciones «alemanas» en la periferia caraqueña (Coche, Casalta, etc.), de nuevo proyectadas por Villanueva.

Con la formación del Taller de Arquitectura del Banco Obrero (TABO), el desarrollo del Plan «Cerro Piloto» y la construcción de la comunidad «2 de

Diciembre» desde mediados de los cincuenta, realizaciones arquitectónicas y sociológicas sin paralelo universal hasta el momento, aquella labor alcanza su cima y junto a la «arquitectura de régimen» de Malaussena, las primeras obras de Fruto Vivas o la Ciudad Universitaria también de Villanueva, constituyen la «apocalipsis» arquitectónica y urbanística de la historia de la ciudad y el momento culminante en la formación de su auténtico y más valioso patrimonio.

Resurrección del patrimonio arquitectónico

La caracterización de este riquísimo patrimonio arquitectónico, que difícilmente pueden exhibir otras ciudades latinoamericanas, conduciría a se-

ñalar rasgos distintivos totalmente antitéticos a los que indicamos al inicio para caracterizar el listado patrimonial de la Junta Protectora. Y, particularmente, destacaríamos que se trata, como hemos visto, de un patrimonio arquitectónico fundamentalmente moderno.

El otro rasgo que caracteriza, distinguiéndolo del de otras ciudades, el patrimonio arquitectónico de Caracas es, que a pesar de su extraordinario valor, se encuentra casi totalmente desprotegido. Por los vientos que soplan, nadie debe llamarse a engaño, no se vislumbran grandes cambios en esa dirección y ello hace que todo esfuerzo crítico y de difusión del rico patrimonio arquitectónico de la ciudad sea importante y bienvenido.

«El sentido de nuestra arquitectura colonial»*

Carlos Raúl Villanueva

Nació en Londres en 1900 y falleció en Caracas en 1975. Cursó estudios de Arquitectura y Urbanismo en la *École-des-Beaux-Arts* de París. Es el más importante arquitecto venezolano, autor de una vastísima y mundialmente reconocida obra en la que destaca la Ciudad Universitaria de Caracas, declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 2001. Compartió su intensa vida profesional con la docencia en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV, de la cual fue fundador. Desarrolló también una importante obra escrita y junto a Carlos Manuel Möller fue uno de los primeros en destacar los valores de la arquitectura colonial venezolana. Doctor *Honoris Causa* de la Universidad Central de Venezuela (1961) y Premio Nacional de Arquitectura (1963).

* Carlos Raúl Villanueva, «El sentido de nuestra arquitectura colonial», en *Caracas en tres tiempos*, Caracas, Comisión de Asuntos Culturales del Cuatricentenario de Caracas, 1966.

En el momento en que se fraguan las bases de una arquitectura venezolana contemporánea, es oportuno volver un poco la vista hacia el pasado para desentrañar entre los elementos plásticos de antaño los que hoy puedan ser todavía válidos.

Nuestra arquitectura colonial, creada por necesidades y posibilidades diferentes de las actuales, fue concebida, y éste es su mérito principal, a imagen del hombre de entonces, por lo cual imprimió, de acuerdo con el medio, características propias a cada una de nuestras regiones.

Tanto en la sobriedad de las mansiones aristocráticas como en la simplicidad de la vivienda popular se reflejó una clara influencia morisca a través de la España meridional, sin grandes efectos escenográficos de apariencia, que se traduce en una necesidad de espacio limitado, de vida interior condensada en un elemento: el patio, elemento eternamente joven de la arquitectura.

Los grandes renovadores de hoy propugnan una arquitectura funcional, es decir, aquella que sabe utilizar con lógica e inteligencia los materiales de cada región y, al mismo tiempo, hace desempeñar a cada uno de ellos un papel y una función perfectamente determinados en el conjunto arquitectónico. Pues bien, si se trata de función y se escucha la voz de esos grandes renovadores, se debe reconocer el sentido funcional de nuestra arquitectura colonial por el juicioso empleo de los materiales que ella utilizó, como la madera, la caña-amarga, el adobe, la tapia, y, en general, la arcilla, material este último siempre nuevo y de infinitas posibilidades que se presta tanto para ornamentos funcionales.

¿Acaso esa lección ejemplar no nos aconseja hacer un estudio racional de tales materiales, con el fin de conservar un carácter propio en nuestra arquitectura, ligándola con nuestra vida y con su medio geográfico? ¿No será el momento propicio para investigar las cualidades de la teja tradicional que corona nuestros viejos tejados, la cual les da una silueta tan suave y reposada, y cuya función no es sólo, como podría creerse a primera vista, defender

la casa contra la lluvia sino también contra el fuerte sol de los trópicos?

Porque al utilizar funcionalmente los materiales propios, nuestra arquitectura no fue concebida únicamente para el hombre, sino también para un clima y una luz muy definidos, realizando así una armoniosa unidad con el paisaje que nos rodea. En efecto, los largos muros de las fachadas estaban, por lo general, defendidos del sol y de la lluvia por anchos aleros y, mejor aún, por salientes balcones de madera, como todavía se puede observar en La Guaira y Puerto Cabello. Asimismo, los grandes corredores alrededor de nuestros patios y los que sirven de fachada a nuestras viejas «casas de hacienda», fueron hechos sin idea preconcebida de recargar la arquitectura ni de buscar un efecto puramente plástico, sino de crear simplemente zonas de reposo y de sombra.

Esa idea constante que preside nuestra arquitectura, de defenderse contra el sol, la lluvia y la deslumbrante luz de los trópicos, se observa también en el estudio de las fachadas de las casas coloniales, en las que los macizos predominan sobre los vanos y los múltiples postigos de madera de las ventanas permiten graduar la luz, favoreciendo al mismo tiempo la aireación.

En las diferentes clases de persianas y celosías de madera, todas de inspiración oriental, ejecutadas con inteligencia y buen gusto, se advierte especialmente la sabiduría de esa norma que satisface tanto al corazón como al espíritu.

¿No es propicio también reconocer en esta época de influencia netamente maquinista, la preocupación de nuestra arquitectura colonial por formas trazadas a escala humana? Tales formas se encuentran en la modesta dimensión de la ciudad, rodeada y limitada por un cinturón verde que facilitaba su abastecimiento, y en la medida relativa de sus plazas, calles y edificios. Y si consideramos la casa, vemos que la proporción entre la calle y el patio, su edificación baja y la escala de su estructura y decorado, revelan una arquitectura medida y calculada por el hombre y para el hombre.

Antes de terminar, permítaseme recordar el tema tratado en el Congreso de Arquitectos Modernos celebrado en Hoddesdon, Inglaterra, hace ya algunos años: consistió en la necesidad de prever, en la expansión de nuestras ciudades, grandes espacios abiertos, verdaderos centros cívicos destinados

a la reunión de sus habitantes. ¿No significa esta recomendación la vuelta al objetivo de las «Plazas Mayores», preconizadas por las Leyes de Indias, el regreso a la finalidad de nuestras antiguas plazas públicas, cerebro y corazón de nuestras ciudades coloniales?

«La arquitectura colonial en Venezuela»*

Graziano Gasparini

Nació en Gorizia, Italia, estudió Arquitectura en Venecia y se residió en Venezuela en 1948, mostrando desde el primer momento gran interés por la arquitectura colonial, especializándose en restauración de monumentos e historia de la arquitectura. Director fundador del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV y director del *Boletín* del mencionado Centro, ha sido asesor de la Unesco, PNUD y OEA en el campo de la restauración arquitectónica. Fundó, en 1974, la Dirección de Patrimonio Cultural del Conac y, en 1997, el Instituto del Patrimonio Cultural. Ha publicado innumerables artículos y cincuenta libros sobre arquitectura indígena, precolombina, restauración, urbanización y arquitectura colonial venezolana e iberoamericana. Recibió el Premio Nacional de Arquitectura (1995) y el Doctorado *Honoris Causa* por la Universidad Central de Venezuela (2009).

* Graziano Gasparini, «La arquitectura colonial en Venezuela», en VV.AA., *Venezuela 1498-1810*, Caracas, Sociedad «Amigos del Museo de Bellas Artes de Caracas», 1965.

Cuando los juicios críticos se circunscriben dentro de las fronteras ideológicas nacionales, es casi seguro que sólo lograrán una apreciación valorativa complaciente destinada a satisfacer las exigencias interpretativas de quienes se conforman con una crítica relativamente válida dentro de esas mismas fronteras, que además de ideológicas se reducen a geográficas.

Surge un problema más delicado cuando con el mismo criterio se pretende tratar la apreciación crítica de las obras de arte, puesto que se va creando una escala de valores originada en apreciaciones subjetivas y factores tradicionales antes que en caracteres objetivos. La comparación permite diferenciar las obras de primer orden de las mediocres siempre y cuando el historiador de arte se acerque a ellas libre de prejuicios aun de los de índole nacionalista, que restan efectividad y validez a la exposición crítica. De lo contrario la comparación será superficial y arbitraria porque en lugar de caracterizar la totalidad de una época artística, se limitará a simples parecidos o analogías formales.

Sólo con un método de análisis e interpretación objetivo es posible revelar la originalidad creadora de la obra de arte auténtica y destacar su superioridad en la composición técnica y contenido. En esta forma todos los demás aspectos que contribuyen a la valoración, resultarán automáticamente evidentes. De no proceder así, el proceso crítico se encontrará influenciado «a priori» por determinadas circunstancias histórico-regionales originadoras a su vez de una apreciación relativista.

Cabe preguntarse hasta qué punto los juicios subjetivos emitidos en una Venezuela sin tradición crítica, hayan podido ignorar la existencia de valores cualitativos para confundir la obra auténtica con la mediocre y colocar en pedestales a artistas que nunca lo fueron. Los convencionalismos de la época, del ambiente y del momento histórico determinaron la actitud desorientada de la interpretación estética. Actitud equivocada y diletantista que aún

no sabe distinguir entre pasividad academicista y creatividad intencional.

La reducida bibliografía venezolana que trata de crítica de arte —la mayor parte dedicada a la pintura— consideró importante orientar los estudios hacia la personalidad individual del artista. Esta manera de encarar el problema pudo ser válida si consideramos que la personalidad es lo más valioso en la historia del arte (Wölffin), pero falló en la interpretación.

La personalidad artística y la obra de arte individual fueron estudiadas en sus aspectos principalmente documentales, biográficos, expresivos y estilísticos y cuando se emitieron juicios cualitativos, sólo alcanzaron valores relativos y nunca absolutos. Al tratar de valorizar la expresión artística de un país que no ha producido obras que puedan establecer normas comparativas en el campo del arte universal es lógico que los problemas de valoración reflejen el límite establecido por las circunstancias históricas, sin embargo, esa no es razón suficiente para crear mitos nacionalistas o para olvidar que un país artísticamente pobre durante la colonia —como Venezuela— siempre formó parte de una totalidad histórica.

Si nos preguntamos cuál fue la personalidad individual artística que a lo largo de tres siglos se destacó por su actividad creadora en el campo de la arquitectura, no encontraremos el nombre y apellido que pueda satisfacer la pregunta. Los documentos de los archivos nos legaron unos cuantos nombres de maestros alarifes, albañiles, artesanos, misioneros y curas constructores quienes intervinieron en la dirección y construcción de obras que no siempre revisten validez arquitectónica. Sin embargo, la información que nos permite otorgarle la paternidad a algunas construcciones, no deja de tener un valor meramente documental, puesto que esa identificación —si se acepta lo absurdo— no deja de ser anónima para la historia de la arquitectura. Aunque hayamos averiguado el autor, su actividad constructiva queda sin continuidad de producción puesto que no le veremos figurar más en otras obras y, aun

acudiendo a los archivos, difícilmente encontraremos nuevos datos reveladores. Por eso, seguimos con la curiosidad de saber quién concibió la portada de la «casa de las ventanas de hierro» en Coro, quién ideó la fachada de la Catedral de Calabozo, de la iglesia de Turmero o de otras numerosas construcciones de interés. Dijimos «curiosidad» porque creemos que aun cuando nos sea dado conocer algún día el apellido del autor, el valor compositivo de la obra no aumentará ni disminuirá para una actitud crítica objetiva.

Los tres siglos de nuestra arquitectura colonial, son tres siglos de arquitectura anónima. Faltan las obras de una personalidad identificable, pero abundan los ejemplos donde la sensibilidad tuvo la oportunidad de manifestarse.

Cualquiera que haya observado críticamente construcciones anónimas de valor arquitectónico, sabe que en ellas intervino una personalidad dotada de un talento artístico. En la anónima arquitectura colonial venezolana, ese talento se manifestó, a pesar de las limitaciones impuestas por las circunstancias históricas, y logró resultados transformando los escasos medios disponibles en sencillas pero vigorosas soluciones volumétricas. Eso fue posible gracias a la sensibilidad identificable de maestros anónimos.

No creemos en la definición ni en la existencia de un «estilo colonial». Tampoco clasificaremos las formas arquitectónicas en categorías estilísticas por considerar de reducida importancia los cambios «a la moda» que en Venezuela se manifestaron de manera tan limitada. La arquitectura de la época colonial venezolana mantuvo, desde un principio, la misma expresión y la misma línea evolutiva a lo largo de tres siglos diferentes. En el siglo XIX siguió ejerciendo influencias en los sistemas constructivos y en la forma de habitar, demostrando así la continuidad de conceptos originados con mucha anterioridad. Estas palabras introductorias pretenden demostrar de una vez que en la arquitectura colonial venezolana no encontraremos la obra de arte que se destaque por su concepción inventiva y personalizada.

La comparación con varias obras levantadas durante el mismo período en México y Perú determinaría —según el concepto crítico tradicional— una escala de valores en la cual difícilmente encontraríamos cabida. Del mismo modo, la insuficiente preparación de algunos historiadores, que de la arquitectura sólo contemplan las fachadas, ha generalizado la definición de «pobreza», puesto que por riqueza entienden la exuberancia decorativa y la preciosidad de los materiales.

Consideramos que no tiene sentido investigar la superficie de las obras arquitectónicas, sin antes indicar las motivaciones que determinaron un concepto espacial fundado en la experiencia directa de la vida y de las necesidades de orden práctico que dictaron las circunstancias históricas.

No proponemos una revalorización de la «pobre» arquitectura colonial venezolana, sí una revisión de la actitud crítica, para demostrar que su participación en el panorama cultural de Hispanoamérica, reflejó la sinceridad expresiva que podía producir. Acaso su rasgo más peculiar fue el de la persistente continuidad y aceptación de un esquema distributivo, estructural y volumétrico que siempre se manifestó con sencillez y dignidad más que con pobreza.

En Venezuela, después del reconocimiento geográfico de las costas, comenzó la penetración por la región oriental y occidental, siendo esta última la que proporcionó resultados más concretos. En oriente se dio un caso que podemos citar como ejemplo para demostrar la provisionalidad del asiento: Cubagua. El grupo humano establecido en esa isla árida a principios del siglo XVI, lo hizo con ánimo de acumular perlas y riquezas. No florecía allí la emoción que embarga a quienes sienten suya la tierra, no simplemente porque la poseen, sino por haberla humanizado con el trabajo. En Cubagua hubo ciudad —Nueva Cádiz— con escudo de armas, gente acomodada, casas de piedra, iglesia y conventos. Pero con el agotamiento de los ostrales se acabó también la ciudad. Cubagua no fue abandonada porque la destruyeran cataclismos, como generalmente se afirma. Es cierto

que un huracán asoló la ya declinante Nueva Cádiz, pero si los ostrales hubieran seguido proporcionando la riqueza acostumbrada, ni diez huracanes habrían logrado desalojar la avidez humana.

La personalidad del conquistador, originada en el afán de riquezas, se refleja en la inestabilidad de la primera ciudad venezolana. La primera mitad del siglo XVI se caracterizó por el reconocimiento del territorio, pasando por infinidad de vicisitudes y sacrificios, luchando contra indios y la naturaleza, con la esperanza de encontrar tesoros, oro y la fabulosa ciudad de El Dorado. Cubagua, Coro y El Tocuyo fueron los centros de irradiación que permitieron la penetración. Allí comenzó el mestizaje. La segunda mitad del siglo XVI fue el período de los asentamientos definitivos. Antes de 1570 ya se habían fundado las principales ciudades de Venezuela: en ellas, el español creó su familia y se hizo americano. La institución de la encomienda fomentó el proceso de mestización, donde el encomendero no desdeñó sus relaciones con la encomendada. Y en el mestizaje se afianzó la formación de cientos de pueblos misionales.

En Venezuela, el español tuvo que utilizar sistemas indígenas en las primeras construcciones provisionales, porque esa técnica debió parecerle más apropiada para solucionar los urgentes problemas de vivienda. Por cuestionarios levantados en las nacientes ciudades venezolanas, nos enteramos de que para 1579 las casas de Barquisimeto, veintisiete años después de su fundación, eran hechas «...a manera de unos Pajares que se hacen en España en algunas partes donde se encierra la paja para los ganados, las paredes de las dichas casas están rodeadas de horcones de altura de nueve a diez pies sobre la tierra y luego la cercan de Cañas atadas con un bejuco que se halla en la tierra en mucha cantidad, que se cría por los montes, sobre estos horcones se ponen unas soleras y a estas casas cada uno le pone el anchor que se le antoja, pónese dos horcones en medio de la casa y allí ponen una viga por cumbrera y traen unas baras a trecho de pie y

medio la una bara de la otra y después de toda la casa llena de estas baras, se pone toda ella de cañas a cinco dedos unas de otras y esto va atado con este bejuco que es a manera de una atadura, de manera de mimbre endida y después de hecho todo esto, se trae gran cantidad de paja larga y así, se cubre que no se moja, dura la cobertura de una casa seis o siete años, hacense todos los apartados que quieren de las mismas cañas agora se empiezan a hacer algunas tapias, hase hallado piedra para cal...». Lo mismo sucedió en Caracas, donde «...el edificio de las casas de esta ciudad a sido y es de madera palos hincados y cubiertas de paja las más que ay agora en esta ciudad de Santiago son de tapias sin alto ninguno y cubiertas de cogollo de caña de dos u tres años a esta parte se ha comenzado a labrar tres o cuatro casas de piedra y ladrillo y cal y tapería con sus altos cubiertos de teja son rrazonables y estan acabadas la iglesia y tres casas desta manera y los materiales los ay aquí en nuestra señora de caravalleda todas sus casas pajizas con palos incados no ay tapería...».

De esas descripciones se desprende que la armadura de horcones con paredes de bahareque y techo de paja, fue aceptada y aplicada en las primeras casas coloniales. En la ciudad de Trujillo, en territorio donde las viviendas de los timotocúicas estaban construidas de piedra y tapia, también se adoptó el procedimiento local: «... Son las casas de tapería de tierra con sus simientos de piedras; hay cantidad de piedra para todo lo que se quisiese hacer. Empiezase ahora a hacer ladrillos y teja...» reza la relación de 1579. Y se debe poner de relieve que la técnica de levantar casas con horcones estructurales sosteniendo el techo arraigó tan fuertemente en las costumbres constructivas urbanas, que se siguió utilizando hasta principio de este siglo, mientras en el ambiente rural aún hoy en día, es uno de los sistemas más usados. Es aceptable la hipótesis de que la técnica constructiva europea modificó los métodos de los aborígenes, logrando imponerse en las principales obras ejecutadas durante el período colonial pero hemos querido destacar también la existencia

de un válido aporte autóctono, que fusionó a los sistemas importados, como una de las tantas manifestaciones que produjeron el «mestizaje cultural». Numerosos factores imprimieron su huella en la expresión arquitectónica, entre ellos, el económico tuvo significación predominante en las actividades constructivas de los venezolanos de la colonia. Podría decirse que la economía de la provincia, durante los tres siglos de dominio hispano, se divide claramente en dos períodos: antes y después de la Compañía Guipuzcoana. Esta organización mercantilista, cuya actividad caracteriza nuestro siglo XVIII, amplió su influencia y su acción a varios campos y no dejó de intervenir también en las construcciones. No sólo fomentó el comercio, sino que logró despertar la rebelión del pueblo llano y del mantuano contra los sistemas monopolistas. A principios del siglo XVIII las actividades comerciales y en general toda la economía venezolana atravesaban por un momento muy difícil. La Guerra de Sucesión entre las casas de los Austrias y de los Borbones había producido una crisis que se fue agravando por la falta de comercio con España, el descenso de la producción agrícola y el aumento de la piratería. El 25 de septiembre de 1728 fue creada la Real Compañía Guipuzcoana. Su establecimiento fue al principio bien recibido en Venezuela, puesto que presagiaba la mejoría de la situación económica. Los comerciantes guipuzcoanos y el rey fueron los principales accionistas de esa organización que amparada por las disposiciones reales, gozó del privilegio monopolista. Los poderes públicos, sin exceptuar al gobernador de la provincia, estaban ligados a los intereses de la Compañía, y además, bien sabían que nada podían hacer contra ella pues operaba bajo la protección del monarca. Los hacendados criollos y el pueblo intentaron en varias oportunidades oponerse a las actividades de la Guipuzcoana, y apelaron desde el boicot hasta la revolución armada. Sin proponérselo la Compañía anticipó la formación de la conciencia nacional y creó una nueva manera de sentir los problemas y derechos sociales.

En más de medio siglo de actividades la Compañía dejó su huella también en las construcciones. La agricultura y el comercio se desarrollaron no tanto para vender los productos a la Compañía, como para crearle una cerrada competencia. Se construyeron casas de hacienda en los campos, y casas nuevas en las ciudades, mientras las viejas se remodelaron adaptándolas al gusto del momento. El siglo XVIII fue el que imprimió fisonomía a la arquitectura colonial. Además, la misma Compañía fomentó la construcción de depósitos y casas para sus agentes. En el puerto de La Guaira, aún se impone el sobrio volumen del edificio que fue su casa matriz y cuartel general de todas las operaciones mercantiles. Al país entró gran cantidad de gente nueva y trabajadora. Se importaron otros materiales de construcción. La economía llegó a su auge a fines del siglo XVIII, cuando en 1778 se estableció el comercio libre en Venezuela y tres años después se rescindió el contrato con la Compañía. Y no debemos olvidar que, actividades ilícitas como el contrabando, tuvieron también su importancia en la formación y el auge de ciudades y pueblos: Coro sirve de ejemplo. Las actividades agrícolas y comerciales fomentaron las construcciones, sobre todo a fines de ese siglo, y al gusto barroco del momento pertenece la mayoría de los ejemplos conocidos. En la construcción de su casa el español descuidó a veces las exigencias ambientales; en cambio, casi nunca olvidó la tradición ibérica en su hogar. La casa colonial venezolana desde un principio fue concebida con conceptos que no sufrieron modificaciones sustanciales en la distribución de los espacios a lo largo de todo el período colonial. El trazado de la planta, la forma de la techumbre y la repetición de otros elementos peninsulares, reafirman la relación con la patria lejana y se expresan mediante una arquitectura trasplantada fácilmente comprensible dentro de los fenómenos de transculturación. Las casas pueden dividirse esencialmente en urbanas y rurales. En Venezuela no existió una marcada diferencia entre la arquitectura de la capital

—Caracas—, y la del resto de las ciudades del interior. Por tal razón no hablaremos de una arquitectura capitalina.

Las características de las casas urbanas se repiten en cuanto a distribución y estética. En la fachada se concentró la exteriorización del gusto y de las posibilidades económicas. Alrededor del patio interior se desarrolló la vida diaria y la intimidad familiar. En las casas rurales, el espacio exterior

dictó nuevas necesidades y los corredores rodearon la construcción.

Faltan palacios de piedra y casas suntuosas, porque no hubo riqueza minera y la agricultura puso límite a las posibilidades constructivas. Arquitectura modesta, humana y en perfecta escala con el medio. Hubo armonía volumétrica en pueblos y ciudades; sinceridad en la forma de vida y simple concepción del espacio que le sirvió de marco.

Malaussena. Arquitectura académica en la Venezuela moderna «Consideraciones finales»*

Silvia Hernández de Lasala

Arquitecta, doctora en Historia de la Arquitectura, Profesora Titular del Sector de Historia y Crítica de la Arquitectura en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela, del cual ha sido coordinadora. Ha publicado importantes libros entre los cuales destacan: *En busca de lo sublime. Villanueva y la Ciudad Universitaria de Caracas; Venezuela entre dos siglos 1870-1930; Alejandro Pietri, arquitecto; Malaussena. Arquitectura académica en la Venezuela moderna*. Ha recibido destacados premios por sus investigaciones tanto en Venezuela como en el exterior. La Universidad Central de Venezuela la ha distinguido con el prestigioso Premio Francisco De Venanzi a la trayectoria del investigador universitario.

* «Consideraciones finales», en Silvia Hernández de Lasala, *Malaussena. Arquitectura académica en la Venezuela moderna*, Caracas, Fundación Pampero, 1990.

El aspecto más evidente del conjunto de obras que integran la producción arquitectónica de Antonio y Luis Malaussena es la presencia mantenida, entre la década de 1870 y finales de la década de 1950, de actitudes ante el diseño arquitectónico que fueron originalmente característicos de la arquitectura académica del siglo XIX y evolucionaron hasta el presente, manteniéndose, sin embargo, los rasgos conceptuales propios de la misma.

Esta manera de enfrentar la definición de la forma arquitectónica impregnará un volumen significativo de las obras de arquitectura que caracterizan los procesos modernizadores que llegan a estructurarse en el país durante la etapa anteriormente señalada. Debido a las características mismas de esta arquitectura, podría afirmarse que los procesos modernizadores que intentan sacar al país del atraso y conectarlo con el sistema capitalista mundial y con la cultura occidental, están profundamente condicionados, en lo que a la estructuración e imagen de las edificaciones y espacios urbanos se refiere, por actitudes ligadas a la cultura del siglo pasado, pero específicamente con la cultura del positivismo francés del siglo XIX.

Es también cierto, sin embargo, que a partir de la década de 1930 la arquitectura académica convive en el país con actitudes que, a pesar de haber surgido de su mismo tronco, propugnaban en sus países de origen una situación de rechazo y cuestionamiento de la misma. Se trata de la presencia del llamado movimiento moderno en arquitectura. No obstante, este movimiento nos llega convertido en estilo moderno y parece ser absorbido inicialmente como una moda más del repertorio disponible.

La simplificación del lenguaje académico, que tendrá sus primeras expresiones en la obra que proyecta Luis Malaussena durante la década de 1930, y que se conoce con el nombre genérico de *Art Déco*, permanecerá como actitud paralela a síntesis formales que pueden categorizarse como de estilo moderno.

Este paralelismo se expresa sobre la base de dos actitudes concretas. Una que perdura desde el si-

glo XIX y que resulta claramente identificable a pesar de la renovación de su repertorio formal, la de la arquitectura académica. Otra en la cual la definición de la forma, tiene un punto de partida diferente, una manera distinta de articular los volúmenes y de acometer el problema del ornamento, y que se conoce generalmente como estilo moderno. Estas actitudes simultáneas parecieran indicar la presencia de una etapa de transición en la que cohabitan dos concepciones diferentes del mundo, tal como lo ha planteado G. Barraclough.

En la obra de Luis Malaussena, así como en la de otros arquitectos de su época, como Manuel Mujica Millán, se producen simultáneamente edificaciones que evidencian posiciones ante el diseño de naturaleza académica al lado de síntesis formales más relacionadas con el arte abstracto, con la imposibilidad de diferenciar elementos y donde la utilización de las referencias del pasado es sustituida por la compulsión hacia la innovación.

La permanencia de presencias antagónicas en la obra de Luis Malaussena y otros arquitectos venezolanos, como Carlos Raúl Villanueva, a pesar de que este último abandonara el camino de la academia hacia la década de 1950, parece comprobar la presencia de dos mundos que conviven durante este período de transición.

En Venezuela, a partir de la década de 1950, el paradigma del estilo internacional, una de las vertientes estilísticas del llamado estilo moderno, desplazará progresivamente a la arquitectura académica, que volverá a resurgir como nuevo academicismo a partir de la década de 1970, una vez que se produce el más violento cuestionamiento que haya sido formulado en contra del movimiento moderno en arquitectura.

Pero, ¿dónde residen realmente las diferencias entre el estilo moderno y la actitud académica, tal y como ésta perdura a partir de la década de 1930?

Por lo que puede deducirse del análisis de las obras de Luis Malaussena, se podría pensar que, tanto en aquellos casos en los cuales se proponen síntesis

formales de tipo académico, como en aquellos en los cuales se asume el estilo moderno, la funcionalidad ha recibido respuestas igualmente eficientes. Lo que no está nunca presente en la obra de Luis Malaussena es la compulsión hacia la expresión de las funciones en el exterior, lo cual llegó a conformar un paradigma muy en boga hacia las décadas de 1950 y 1960 en nuestra Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela.

El conocido aforismo *la forma sigue a la función*, que por otra parte no responde a razones de tipo lógico, no llegó a tener expresión alguna en la obra de Luis Malaussena, para quien la eficiente organización interna de las funciones merecía especial atención, pero el problema de la expresión total del volumen y la concepción de las fachadas pertenecía al dominio de lo urbano y al campo de lo perceptual, a la capacidad del usuario de captar el edificio cuando lo miraba desde afuera.

La importancia conferida por Guadet en su obra *Éléments et Théorie de l'Architecture* a la necesidad de lograr una organización eficiente de las funciones, y su persistente incitación hacia la consideración y resolución de aquellos problemas relacionados con la higiene, es determinante. Se comprueba, así, que en los textos utilizados por las instituciones que impartían una enseñanza académica ortodoxa, la resolución de tales problemas recibió un tratamiento que escasamente se diferencia de aquel propiciado por los maestros del llamado movimiento moderno en arquitectura. El aspecto exterior que las obras de estos últimos mostraban, constituiría el elemento más significativo del cambio real propuesto.

Con respecto a las nuevas técnicas constructivas, puede decirse que éstas fueron acogidas con naturalidad en los proyectos de Antonio y Luis Malaussena, mas lo que no llegó a estar presente en ninguno de los dos arquitectos, fue la exhibición de los procesos productivos. Los miembros estructurales resolvían problemas específicos de soporte. Esa era su función básica y no existía ley alguna que obligara a hacer ostentación de la misma.

Hacia las décadas de 1950 y 1960, en nuestra Facultad de Arquitectura y Urbanismo, la exposición de la estructura portante de la edificación llegó a constituir casi una verdad aceptada, asociada probablemente al paradigma funcional a partir del cual podría inferirse que la función de soporte de los miembros estructurales debería estar expresada en el volumen total del edificio.

Se podría llegar a pensar, entonces, que la principal contribución del movimiento moderno en arquitectura no estuvo referida, ni a aspectos relacionados con la organización funcional de las edificaciones, ni a problemas relacionados con la higiene, ni siquiera a aspectos relativos a los procesos productivos. A través de síntesis formales de tipo académico es posible generar respuestas arquitectónicas eficientes, ajustadas a los nuevos sistemas de producción, especialmente una vez que se han logrado resolver aquellos aspectos relacionados a la profusión de ornamentos típicos del *kitsch* burgués del siglo XIX que dio paso a una simplificación del ornamento con el *Art Déco*.

En el campo del diseño pareciera que, desde principios del siglo XX, se intentara pasar de los cánones de la arquitectura académica, a la estética del llamado movimiento moderno en arquitectura, concebida esta última, sobre la base de un orden abierto que sugiere el crecimiento y que se opone a los sistemas académicos cerrados y completos en sí mismos. Se plantea la asimetría, como base de la organización de los volúmenes y la pérdida de la centralidad, junto con una actitud compulsiva hacia la innovación y el rechazo a las experiencias del pasado.

Pero el orden académico no muere, sino que perdura, se renueva, resuelve los problemas y renace durante la década de 1930 en Europa, y en América Latina hacia las décadas de 1940 y 1950, al lado del surgimiento y desarrollo del estilo internacional.

Hoy en día, cuando la crítica no se hace ya a la arquitectura académica, sino a los frutos que el movimiento moderno ha producido, se vuelve la vista, como suele ocurrir en los momentos de crisis, hacia el pasado y hacia la arquitectura académica.

Las razones de la revisión actual de los criterios de diseño implícitos en los cánones de la arquitectura académica parecen estar relacionadas con la necesidad de recuperar aquellos aspectos que sí resolvió de manera ejemplar esta arquitectura y que las actitudes reductivas implícitas en el movimiento moderno se encargaron de cercenar.

Se trata de las relaciones de la edificación con el entorno y la posibilidad de concebirla en su capacidad de generar espacios urbanos. Se trata también de la posibilidad de mantener una continuidad cultural con el pasado, mediante la permanencia de las tipologías arquitectónicas y se trata, además, de la necesidad de recuperar una cierta libertad en la utilización del ornamento, de las referencias históricas y de rescatar la capacidad de las edificaciones de generar sensaciones susceptibles de ser captadas por el sistema perceptual de los usuarios.

La vuelta a la idea de los tipos implícita en la arquitectura tradicional, a pesar de que durante el siglo XIX se diluye en los sistemas de composición y se mantiene como tipo genérico o idea organizativa abstracta, vuelve a retomarse en el presente en los planteamientos de Aldo Rossi y los hermanos Krier, alcanzando una difusión mundial inusitada.

El rescate de un discreto eclecticismo en algunos casos, o la incitación a un eclecticismo radical en los manifiestos de Charles Jencks, hace pensar en una tendencia reciente hacia el logro de una mayor libertad en la utilización del repertorio del pasado dentro de los procesos de diseño arquitectónico contemporáneo.

Las potencialidades actuales de los nuevos sistemas constructivos y la nueva apertura en cuanto a la concepción de la forma abren hoy en día un cúmulo de posibilidades no imaginadas hace pocos años.

Las posibilidades intuidas por Xavier Rubert de Ventós, quien habla, citando a Souriau, de un nuevo barroco industrial, ya tienen un equivalente edificado en los proyectos de Ricardo Bofill en Saint-Quentin-Yvelines y en Marne la Vallée, en los alrededores de París, construidos ambos entre 1975 y 1980.

Pero a la par de actitudes como esta, continúa presente el propio proyecto del movimiento moderno en arquitectura, al cual de la misma manera que a la arquitectura académica, se le cuestionó sin que se le diera lugar a que se le evaluara y se solventaran sus carencias.

Hoy en día contamos con dos grandes opciones que todavía perduran, cada una de las cuales engloba innumerables actitudes que se constituyen en fragmentos de alguna de ellas. Por una parte parece concretarse un nuevo academicismo que predica la posibilidad de ver la arquitectura como oficio catalogable, arraigado profundamente en el pasado y en la tradición, es la arquitectura de lo establecido, la cual garantiza un nivel aceptable de calidad. El otro camino, el de la modernidad, es el de la compulsión hacia la novedad, el del rechazo al pasado, de la arquitectura descentrada, abstracta y sin normas catalogables.

Las posibilidades de la nueva industria parecen ser igualmente sugerentes para ambos casos. El interés no se ubica ya en la reproducción tecnológica del objeto único, sino en la producción industrial del objetivo irrepetible.

Estas dos visiones del mundo de lo arquitectónico, sin embargo, intentan dar respuesta al mundo concreto de lo establecido. Pareciera quedar, no obstante, un tercer camino, una vía a través de la cual el propio individuo se rebela contra ese mundo y propone su propia solución al problema, su visión personal y única, no profesional, sólo eficiente desde el punto de vista individual.

Esta última visión, denominada por Xavier Rubert de Ventós como nuevos manierismos, se plantea como salida personal de protesta contra el mundo implacable de lo establecido. Es evidentemente parcial y constituye sólo un escape del engranaje que integra el mundo actual de las relaciones internacionales.

Por el momento, pareciera ser que nos encontraríamos inmersos entre la opción academicista que acepta la posibilidad de ver a la historia como acu-

mulación de experiencias catalogables, útiles para construir el futuro. La opción de la modernidad muestra, en su compulsión hacia la innovación, la creencia en la posibilidad de prescindir del pasado para seguir hacia adelante. Finalmente, está la vi-

sión de una apertura ilimitada de opciones válidas sólo desde el punto de vista personal, desde el mundo privado del autor, desde donde todo pareciera presentarse como posible.

«Sobre la arquitectura nacional, científica y de masas»

*Manuel López***

* Manuel López, «Sobre la arquitectura nacional, científica y de masas», *Punto, Revista de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo*, N° 61-62, Caracas, 1979-1980.

** Ver perfil biobibliográfico *supra*, p. 446.

**SOBRE LA ARQUITECTURA NACIONAL, CIENTÍFICA
 Y DE MASAS (I)***

Las etapas de Fanon

«En una primera fase, el intelectual colonizado prueba que ha asimilado la cultura del ocupante. Sus obras corresponden punto por punto a las de sus homólogos metropolitanos. La inspiración es europea y fácilmente pueden ligarse esas obras a una corriente bien definida de la literatura metropolitana. Es el período asimilacionista integral. Se encontrarán en esta literatura del colonizado parnasianos simbolistas y surrealistas. En un segundo momento, el colonizado se estremece y decide recordar. Este período de creación corresponde aproximadamente a la reimmersion que acabamos de describir. Pero como el colonizado no está inserto en su pueblo, se contenta con recordar. Viejos episodios de la infancia serán recogidos del fondo de la memoria; viejas leyendas serán reinterpretadas en función de una estética prestada y de una concepción del mundo descubierta bajo otros cielos. Algunas veces esa literatura previa al combate estará dominada por el buen humor y la alegoría. Período de angustia, de malestar, experiencia de la muerte, experiencia de la náusea. Se vomita, pero ya, por debajo, se prepara la risa.

Por último, en un tercer período, llamado de lucha, el colonizado —tras haber intentado perderse en el pueblo, perderse con el pueblo— va por el contrario a sacudir al pueblo.

En vez de favorecer el letargo del pueblo se transforma en el que despierta al pueblo. Literatura de combate, literatura revolucionaria, literatura nacional. En el curso de esta fase un gran número de hombres y mujeres que antes no habían pensado jamás en hacer una obra literaria, ahora que se encuentran en situaciones excepcionales, en prisión, en la guerrilla o en víspera de ser ejecutados, sienten la necesidad de expresar su nación, de componer la frase que exprese al pueblo, de convertirse en portavoces de una nueva realidad en acción».

Frantz Fanon,

Los condenados de la tierra, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, pp. 202-203.

«Otra vez repito que no soy un crítico imparcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano. Estoy lo más lejos posible de la retórica profesoral y del espíritu universitario».

José Carlos Mariátegui,

Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.

Introducción

La teoría proviene de la práctica. La teoría de la arquitectura venezolana proviene de la práctica de la sociedad venezolana. La teoría de la arquitectura venezolana parte de la realidad venezolana, de las condiciones histórico-concretas de Venezuela y de

las peculiaridades de su desarrollo social desde sus inicios hasta nuestros días.

La teoría de la arquitectura contemporánea venezolana se basa en el análisis de la formación social venezolana contemporánea. De él extrae sus determinaciones, sus condicionantes, su problemática y apoyándose en él, elabora sus concepciones, traza las orientaciones, produce un conjunto de nociones teóricas y estrategias para responder efectivamente.

Las bases de la teoría de la arquitectura venezolana provienen de nuestra condición de país del tercer mundo, de nuestra condición de país subdesarrollado. De la miseria, del hambre, de la marginalidad, del saqueo de nuestras riquezas, del predominio de valores extraños y antinacionales, de la pérdida de identidad nacional y de los esfuerzos y la sangre patriotas vertidos por transformar esta situación.

La formulación que hoy expresa, acertadamente, las tareas que se le plantean a la arquitectura venezolana, que se apoya en el análisis concreto y objetivo de nuestra realidad, que se nutre del desarrollo y avatares históricos de la nación venezolana, que recoge y expresa las aspiraciones más profundas del pueblo venezolano y que, por tanto, sintetiza la orientación fundamental de la teoría de la arquitectura venezolana por un largo período histórico, se expresa en la consigna *Por una arquitectura nacional, científica y de masas*.

Frente a la situación de dependencia de Venezuela del sistema imperialista, lazo que trasciende el nivel económico e impregna toda la vida social, haciéndonos perder el sentido de identificación nacional y de voz propia e independiente, la arquitectura venezolana será *nacional*.

Frente al atraso característico de nuestra situación de subdesarrollo, atraso que se manifiesta no sólo en el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas materiales, sino también en el predominio de las viejas ideas y concepciones feudales, la arquitectura venezolana será *científica*.

Frente a las condiciones antidemocráticas que marcan a la sociedad venezolana, discriminaciones que

* Manuel López, «Sobre la arquitectura nacional, científica y de masas», *Punto, Revista de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo*, N° 61, Caracas, 1979.

imperan tanto en la distribución de los bienes y riquezas materiales como en una orientación general, individualista, elitista y antipopular, la arquitectura venezolana será *de masas*.

La arquitectura nacional, científica y de masas es la arquitectura antiimperialista del pueblo venezolano. En la lucha por su liberación, los pueblos combaten en todos los niveles y utilizan diferentes armas. En el campo de la arquitectura, el pueblo venezolano lucha por una arquitectura nacional, científica y de masas.

En este sentido, la arquitectura venezolana debe realizar una profunda autocrítica, y sin excusas. Lo que resta es reconocer el continuo incumplimiento de los profesionales de la arquitectura de sus deberes, su reiterada negativa a integrarse con las aspiraciones populares, su sumisión y servilismo ante lo extranjero, su profundo desprecio por las urgentes necesidades de las masas, su constante rechazo a descender del pedestal de las bellas artes, su sistemático alejamiento de una realidad que no admite dilaciones, su desenfadada pasión por ser arquitectos norteamericanos, franceses, ingleses... nunca venezolanos.

Producir una arquitectura venezolana no es una tarea fácil y nadie debe llamarse a engaño. Una simple mirada a las edificaciones que nos rodean, revela claramente el grado de desarrollo de la arquitectura extranjera en Venezuela (hecha por venezolanos). El problema es difícil por la acumulación de preconcepciones que vienen desde antiguo, pero la resistencia que los «monstruos» de toda especie oponen a esta orientación, por equivocados amagos previos que terminaron en el abandono o peor de lo que comenzaron, por la inexistencia de experiencias victoriosas que iluminen el camino y acallen las interrogantes.

Sin embargo, tarde o temprano, las dificultades deberán ser vencidas y la arquitectura venezolana encontrará su propio camino. Nuestro trabajo pretende ser una pequeña contribución en ese sentido. Estudiaremos separadamente las componentes nacional, científica y de masas, ya que afirmando

la relación dialéctica que necesariamente los une, cada uno plantea tareas específicas.

La arquitectura nacional

«Si queremos transformar África en una nueva Europa, a América en una nueva Europa, confiemos entonces a los Europeos los destinos de nuestros países. Sabrán hacerlo mejor que los mejor dotados de nosotros».

Frantz Fanon

La lucha por una arquitectura nacional forma parte de la lucha por una cultura nacional. El problema de la cultura nacional ha sido objeto de valiosos estudios por parte de historiadores, sociólogos, antropólogos y otros estudiosos de la realidad venezolana, latinoamericana y del tercer mundo. En ellos se describe el proceso histórico mediante el cual se realizó la colonización cultural, a la par del primer colonialismo, y la neocolonización cultural del siglo xx, a la par de los nexos de dependencia establecidos por el capital financiero, por el imperialismo norteamericano en nuestro país.

Se demuestra cómo, planificada y sistemáticamente, la política neocolonizadora de los monopolios norteamericanos con respecto a Latinoamérica y Venezuela se expresa y se apoya en la colonización espiritual de nuestro pueblo, en función del mantenimiento de las relaciones estructurales de dependencia. Se plantea como la mejor forma de combatir la colonización cultural, y es una forma de lucha antiimperialista, la de oponer lo nuestro a lo extranjero, defendiendo e impulsando la cultura nacional.

No lo repetiremos aquí y remitiremos al lector a la bibliografía anexa. Nos apoyamos en esos trabajos y en sus planteamientos para profundizar en uno de los campos menos estudiados y que es nuestro objeto de interés: el de arquitectura nacional.

La lucha por una arquitectura nacional es heredera de las luchas tradicionales por mayor independencia nacional, forma parte de la lucha contra la dependencia, y se inscribe, por tanto, dentro de los fundamentos de un desarrollo progresista y avanzado del país. Es decir, y debemos tenerlo claro, la produc-

ción de una arquitectura nacional no es solamente un problema espiritual o cultural, o simplemente nuestro deber por ser venezolanos, sino una labor que contribuye al desarrollo material autónomo del país y al progreso de sus fuerzas productivas.

La arquitectura nacional no tiene ningún lazo con la arquitectura imperialista. Se opone y combate radicalmente a la arquitectura de la dependencia. Levanta sin vacilaciones la bandera de la dignidad nacional y no transa con la arquitectura de los grandes monopolios extranjeros o de sus «cónsules» venezolanos.

La arquitectura nacional rechaza la utilización acrítica de procedimientos, materiales y técnicas del imperialismo, particularmente del norteamericano y del soviético, arma fundamental de su penetración y control en nuestros países, y apoyándose en las condiciones y recursos del país, investiga, elabora y utiliza una tecnología propia.

La arquitectura nacional no es oportunista... hoy esto, mañana lo otro... «no importa el qué, sino el cómo».

La arquitectura nacional exige sacrificios y renunciaciones, por lo menos hasta que tengamos el nivel de conciencia para entender que no lo son. Lo son para el que está pensando en venderse, caro o barato.

La arquitectura nacional está bien alejada de la práctica habitual de muchos arquitectos venezolanos. El fenómeno mediante el cual éstos han perdido todo sentido de la decencia y pudor nacionales, hasta convertirse en arquitectos extranjeros en su propio país, se denomina *alienación*. No es reducible a un simple deseo de enriquecimiento y debe ser analizado más cuidadosa y científicamente.

Comprende factores de tipo estructural y se modifica en las coyunturas concretas. Este alejamiento, esta separación de la realidad, esta falsa visión de la realidad nacional que plasman en una falsa arquitectura, esa imposibilidad de reconocer y desarrollar potencialidades propias, esa pérdida de toda conciencia latinoamericana adobada con cierto masoquismo narcisista, ese deseo de olvidar, de no ver, de

buscarse en la cultura extranjera como medio para deshacerse de la propia, esa visión obnubilada en donde los acontecimientos parecen suceder en algún lugar muy lejano, en donde su país y él mismo flotan en el espacio etéreo o si existen es en relación con los norteamericanos, los europeos o Londres, «en relación con lo que él no es, con el cristianismo cuando que no es cristianismo, con el occidente, el cual termina precisamente frente a su nariz», se unen con su propio atraso político haciéndole incomprensible su propio papel en la consolidación de las relaciones de dependencia con el amo imperialista.

El proceso que ha recorrido la arquitectura dependiente-enajenada venezolana, va parejo al sufrido por la cultura venezolana, latinoamericana y del tercer mundo, en general. Tales similitudes no son extrañas porque la matriz originadora ha sido siempre semejante.

La invasión colonialista europea y el aniquilamiento premeditado de cualquier vestigio cultural de la población autóctona con el objetivo explícito de crear un vacío cultural e histórico, condición indispensable para la afirmación y aceptación de otras culturas, convirtiendo los antecedentes en una hoja de papel en blanco, en una pantalla neutra y plana, destinada solamente a reflejar lo que se proyecte sobre ella.

Cientos de años, cientos, de sostenida opresión colonial y de rapaz explotación esclavista (que los racistas y «enajenados» suelen describir como la «apacible vida colonial de los techos rojos»), en donde las gesticulaciones culturales provienen de una clase dominante extraña que ha trasplantado sus dudosos valores propios a sus posesiones ultramarinas. O sea, «nuestra arquitectura colonial»...

Luego de un período de vacío externo y de profundas conmociones internas, como secuelas de la Independencia, la penetración del capital financiero-ferrocarrilero europeo de finales del siglo XIX y junto con estos primeros lazos de dependencia económica sus correspondientes expresiones socio-culturales y arquitectónicas o el «Hausman-

Bonapartismo» de Guzmán Blanco, el historicismo de Hurtado Manrique, el eclecticismo de Alejandro Chataing. Es decir, por primera vez los mismos arquitectos venezolanos tratan de que sus obras «correspondan punto por punto a las de sus homólogos metropolitanos» (Fanon).

Un débil y equivocado intento de sublevación y de recuerdo, con la reacción anti ecléctica del neocolonial, a fines de los años veinte, aplastado rápidamente por el triunfo absoluto del estilo moderno en la década siguiente, similar a la victoria total del imperialismo norteamericano-petrolero sobre los alicaídos y en retirada imperios europeos y un nuevo período de «asimilación integral» de las nuevas condiciones de dependencia. Y otro acto de protesta contra la arquitectura europeo-norteamericana en nuestro país con el «estremecimiento» populista de los años cincuenta. Y otra rebelión sepultada bajo la segura lápida de la contemporánea arquitectura neoclásica de la dependencia. Más adelante volveremos sobre esta peculiar historia de la arquitectura venezolana. Por ahora, nos interesa señalar cómo la arquitectura de los arquitectos venezolanos (la popular tiene un camino más recto), ha ido bailando al son que le toca el patrón externo.

Al hablar sobre la arquitectura nacional, hay una serie de equívocos que es necesario aclarar. Primero, y se desprende de todo lo anterior, que arquitectura venezolana y arquitectura nacional son dos cosas diferentes. Mientras la primera abarca la globalidad de la producción arquitectónica de este país, incluyendo la antinacional, la segunda tiene unas implicaciones ideológicas que la diferencian radicalmente y requiere una investigación clarificadora para estar en condiciones de producirla.

Segundo, y ésta es una concepción que, a pesar de su ramplonería simplificadora, tiene muchos adeptos, que la arquitectura nacional no es un problema «climático». Que nos diferenciamos de esa manera, es algo que los imperialistas están dispuestos a otorgarnos. Las viejas adoraciones clásicas al

mundo de la naturaleza o las patéticas postraciones ambientales wrightianas, están bien lejos de la arquitectura nacional. Al fin y al cabo, en Andalucía las condiciones climáticas son similares, como hábil y oportunamente descubrieron los colonialistas. Para tomar en cuenta ciertas determinantes ambientales, una arquitectura no necesita ser nacional, sino solamente sería.

El tercer equívoco, que debería ser respondido más extensamente si los enajenados-opositores de lo nacional lo formularan con compostura y no, simplemente, por dependientes, es que la arquitectura nacional no es chovinista.

La arquitectura nacional incorpora todos los grandes avances logrados por la humanidad a lo largo de su historia. Toma las invenciones y progresos logrados por otros países para nutrir su propia arquitectura. Asimila todo lo que sea útil de cualquier otra nación. *Asimila... Digiere. Filtra. Critica.* Que es distinto de la boca abierta apta para tragar toda basura.

La arquitectura nacional afirma el problema de *lo universal*, porque los hombres y pueblos más universales fueron los que más vinculados estuvieron con su tiempo, con las necesidades populares, con su formación social concreta, con su nación.

Hacer arquitectura nacional es hacer arquitectura universal.

La arquitectura nacional pertenece a la nación venezolana y lleva necesariamente, sus características. Señalaremos, pues, las características de lo nacional, comenzando por la ubicación temporal de estos elementos constitutivos de lo nacional en arquitectura y las líneas de investigación abiertas para su estudio.

J.P. Posani las apunta con claridad al plantear que lo nacional «no puede existir como categoría estática sino como categoría dinámica que se manifiesta en los fenómenos del pasado y se proyecta hacia los fenómenos del futuro, elaborando en el presente la enorme masa de solicitudes a la cual está sometido». Es decir, por un lado, la necesidad de búsqueda en la tradición del pasado y de recoger todo lo

que éste presenta como válido, o sea, el rescate de la herencia cultural del pueblo venezolano, como condición *sine qua non* para la construcción de una nueva arquitectura. Por otro lado, la necesidad de responder efectivamente a las contemporáneas y angustiosas condiciones concretas y dentro de una amplia perspectiva de desarrollo futuro. Y por otro, ligándolo todo dialécticamente, la categoría de «dinamicidad» que es la que le da sentido a la búsqueda de lo nacional.

Hemos dividido, para facilitar la exposición, el estudio de los componentes de la arquitectura nacional, pues, en dos partes: la herencia arquitectónica del pueblo venezolano y la evolución, situación actual y perspectivas.

La herencia arquitectónica

«Muchos se desdeñan porque se les llame tradicionalistas. Yo, en cambio, tengo a orgullo que se me moteje de tal y con clara responsabilidad de lo que ello representa, os hablaré esta tarde de la tradición como sentido creador y como fuerza defensiva de los pueblos».

Quien así se expresa es el gran historiador venezolano Mario Briceño-Iragorry en *El sentido de la tradición*. Puede sernos útil para clarificar el problema de la herencia cultural detenernos en los planteamientos que se hacen en sus discursos y escritos. Sus virtudes y sus errores son ejemplares.

«Tradición no es, como entienden muchos, un concepto estático que lleva a mirar ciegameamente hacia valores y sistemas pretéritos. Tradición es, por el contrario, comunicación, movimiento, discurso... Tradición como transmisión de valores formados por los antepasados. Legado de cultura que el tiempo nos transfiere para que, después de pulido y mejorado por nosotros, lo traspasamos a las futuras generaciones». Es decir, la misma categoría dinámica señalada anteriormente, como lazo de unión entre una irrenunciable herencia del pasado y nuestra actuación del presente con proyección de futuro. Un extraordinario sentido de la historia, pues. «Cuando se trata de estrangular la conciencia de los pueblos, nada es tan eficaz como el

debilitamiento de los hábitos, usos y costumbres que arrancan de sistemas tradicionales e implantar en lugar suyo costumbres, usos y hábitos que correspondan a otras áreas culturales». O sea, clara identificación de los fenómenos de vacío cultural y de trasplantes como estrategias del enemigo y la necesidad de enfrentarlos levantando el arma de los valores culturales propios. Así nos lo dice este ilustre venezolano: «...el poder de la tradición. Ella es como voces de muertos que asustan a los intrusos y salvan la integridad de los dominios nacionales. Nosotros, por no poseer una tradición vigorosa, carecemos de la fuerza mágica que pueda poner en espantada a los filibusteros que vienen destruyendo, con ayuda doméstica, el vigor económico, el vigor político y el vigor moral de la patria venezolana». Otra magnífica indicación de las consecuencias del alienado-abandono de nuestra tradición cultural o como el mismo Briceño-Iragorry señala: «La historia de nuestro país es la historia de un largo proceso de demolición». Y no solamente de orden material, sino, y es el más grave, del cual lo anterior es sólo un reflejo, de orden espiritual que facilita la colonización cultural. Y, nuevamente con lucidez, la «vara mágica» diferenciadora, esta vez con alusiones a nuestro tiempo y a nuestra materia: «Para salvar, señores, la perdurabilidad de la tradición que no dé fisonomía entre los peligrosos resplandores de la nueva cultura petrolera, debemos realizar una obra extraordinaria de reparación cívica. Al cemento y al hierro que se aúnan para afirmar los suntuosos edificios de la ciudad nueva, hemos de agregarles los símbolos diferenciales de nuestra personalidad nacional».

Mario Briceño-Iragorry, tan brillante en el planteamiento general, se equivoca, sin embargo, al precisar los contenidos. Porque ¿cuál es esta tradición que debemos salvar a riesgo de perder nuestra identidad? ¿Cuál es nuestra herencia cultural?

En primer lugar, para Briceño Iragorry, es «lo antiguo». Todo «lo antiguo» (que no es todo, como veremos), sin ninguna valoración o criterio de selec-

ción, conformaría nuestro patrimonio cultural. Sin embargo, el mismo personaje señaló anteriormente que el estático criterio temporal no debía ser utilizado y, por otra parte, es evidente que las telarañas no excluyen la basura o, lo que es lo mismo, que del pasado sólo deben rescatarse los elementos válidos.

En segundo lugar, para Briceño-Iragorry, el combate pareciera plantearse entre «lo antiguo» y «lo nuevo». Es decir, otro absoluto que conlleva, *per se*, la catástrofe y la destrucción de los valores de la tradición cultural. Aquí Briceño-Iragorry se acerca a posiciones retrógradas y chovinistas.

En tercer lugar, las causas del abandono de nuestra tradición deben buscarse en esta avalancha de valores nuevos, de novedades, de modas, y no en las relaciones de dependencia nacional, que Briceño-Iragorry no señala, pero cuyos efectos percibe.

En cuarto lugar, para Briceño-Iragorry, los valores de la tradición cultural a rescatar parecieran ser, básicamente, «objetos materiales»...: «Las puertas, los zaguanes, los aleros, los altares, las calles, las piedras (!) donde aún permanece encerrado el espíritu de los hombres antiguos». Es decir, y aparte de un bello ejemplo de fetichismo de la mercancía, una orientación muy peligrosa que conduce directamente a la esquematización de un problema complejo y ha conducido, en la práctica, a que toda suerte de traficantes se oculten bajo el manto protector del populismo.

Por último, para Briceño-Iragorry y para gran número de personalidades como él, los valores de la tradición venezolana, las raíces de la cultura nacional, nuestra herencia cultural, es la colonial. O mejor, «lo español». Esa es la «vara mágica», el arma terrorífica de combate, la gran fuente de la cultura nacional. Ahí reside la salvación, nuestra esperanza, nuestro deber... A «lo español» se redujo «lo antiguo»...

Para muchos, pues, lo nacional nace con los españoles y se mantiene impenetrable hasta nuestros días. Nada hubo antes. Y el cacao se cultivaba solo. En fin, que lo que hoy somos es un producto de nuestra imaginación calenturienta...

Obedeciendo, en general, este ocultamiento de las raíces indígenas y africanas, a la penetración de la ideología colonialista entre los intelectuales, es factible precisar sus motivaciones.

El desprecio por las culturas aborígenes, de las cuales lo poco que se conoce proviene de la versión colonialista; el horror ante lo negro, contra el que se invocan angustiosos «*Vade retro*» y cristalinas genealogías; en fin, ignorancia y racismo se dan la mano para producir el ensalzamiento de lo colonial, que nos acerca a la «hidalga nobleza» de nuestros antepasados...: los miserables matones y filibusteros españoles...

La posición de Briceño-Iragorry es, sin embargo, realmente peculiar: «Somos en realidad un pueblo de trasplante y confluencia. En nuestro territorio se reunieron durante el siglo XVI grupos sociales correspondientes a disímiles culturas que iban a interferirse: el español, maestro de muchos pueblos y con signos de marcada regionalidad peninsular; el indio, representado por diversas tribus, en condiciones de inmenso atraso; el negro, traído de distintas regiones del África esclavizada». Es claro, pues, el reconocimiento de las tres vertientes de nuestras raíces. Pero es el español lo único válido y determinante: «Él era quien venía a dar la mejor aportación a la mezcla. Él era el pueblo con Historia que venía a unirse con tribus y grupos sin anales». Es decir, entramos a la Historia (con mayúscula) cuando Colón descubrió «una tierra desierta de cultura». En definitiva, y a pesar de la buena fe de Briceño-Iragorry, la típica visión etnocéntrica europea del siglo XIX, en donde los portadores de la «civilización» son los europeos que, mediante la expansión colonialista, cumplen un deber humanitario y nos sacan de las tinieblas, de la nada.

Por eso, para Briceño-Iragorry, los símbolos a rescatar por la Historia «no son el Tabú africano ni el Tótem, aborígen. Sus símbolos son una transfiguración, con sentido de mayor universalidad, de los símbolos hispánicos».

Es posible, también, la confusión (y de eso no está exento Briceño-Iragorry). Sería suponer que «lo colonial» logró incorporar tanto la tradición autóctona como los aportes africanos y vendría a ser una suerte de *síntesis*, la expresión más concentrada de nuestra tradición cultural. Lo colonial, pues, como confluencia armónica y pacífica integración de culturas. Los cuentos de hadas eran más verosímiles. Lo real es que lo colonial se levantó sobre la liquidación de lo indígena y el silenciamiento de lo africano. Con respecto al tema que nos ocupa G. Gasparini, en sus excelentes trabajos sobre la arquitectura colonial, ha demostrado que la misma fue una arquitectura colonial, ha demostrado que la misma fue una arquitectura trasplantada y no «el resultado expresivo, técnico y estético del sentir autóctono». Sin embargo, muchos confusos colegas de Gasparini no parecen hacer mucho caso a sus aseveraciones. El caso de Carlos Raúl Villanueva es sintomático. Villanueva comete algunos de los errores que también encontramos en Briceño-Iragorry. «En el momento en que se fraguan las bases de una arquitectura venezolana contemporánea, es oportuno volver un poco la vista hacia el pasado para desentrañar entre los elementos plásticos de antaño los que hoy puedan ser todavía válidos». Es decir, al rescate antihistórico (negación de determinaciones sociales concretas y extrapolación metafísica) de «objetos» del pasado. Esto conduce directamente al populismo y a las divertidas columnas panzudas de El Silencio. Y sin embargo, una cosa es «la celosía de madera» colonial y otra, muy distinta, «la necesidad de tamizar la deslumbrante luz de los trópicos». Por otro lado, el pasado en el que Villanueva busca nuestras raíces y del que extrae sus elementos plásticos es, siempre, el colonial. Se insiste en construir lo nacional con la exclusiva cultura de los conquistadores. Se discrimina el valor de las culturas autóctonas y negra. El argumento de que los conquistadores liquidaron, junto con los indígenas, la mayor parte de sus edificaciones, no nos convence. Y el de que los es-

clavos negros no tuvieron la posibilidad de construir, tampoco. Esto último, podría ser cierto y lo primero, como continúe el exterminio de estas comunidades, llegaría a serlo.

Sin embargo, desde el punto de vista estricto de la historia, eso no cambia las cosas. Al desquiciado ritmo que vamos, sobre los restos de la última casa colonial, se levantará el rascacielos de la última filial de la Panamerican Life Insurance Co., y eso no lograría convencer a Briceño-Iragorry, a Villanueva y a muchos otros de que nos imaginamos un pasado colonial inexistente y de que no tiene ninguna validez.

Si un tractor resoplase orgulloso sobre las cenizas de la última churuata y si de las cimarroneras sólo quedasen grilletes rotos y olores de libertad, el problema seguiría siendo el mismo.

Porque en definitiva, no se trata de los objetos que llegaron hasta nosotros, sino de *cómo y de qué manera* enfrentaron el problema, unos y otros, cuando tuvieron la oportunidad de hacerlo. Y sobre esto, afortunadamente, tenemos bastantes indicaciones. Nuestra herencia cultural está conformada por tres vertientes. Las raíces de la cultura nacional provienen de las culturas indígena, africana y española. Las bases de la arquitectura nacional se encuentran en la arquitectura indígena, en la arquitectura africana y en la arquitectura colonial.

Bibliografía

- ABELLAN, J.L. (1972): *La idea de América*, Madrid, Istmo.
- ACOSTA SAIGNES, MIGUEL (1955): «Elementos indígenas y africanos en la formación de la cultura venezolana» en *Historia de la cultura en Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- ALEXANDRE, M.L. (1974): «Contribution au sujet de deux concepts clefs: l'idéologie et l'aliénation» en *Lénine at la pratique scientifique*, Paris, Editions Sociales.
- BASTIDE, ROGER (1971): «Les apports culturels des Africains en Amérique Latine», *Cahiers de l'Histoire mondiale*, Paris, Unesco, XIII/2.
- BEYHAUT, GUSTAVO (1964): *Raíces contemporáneas de América Latina*, Buenos Aires, Eudeba.

- BRICEÑO-IRAGORRY, MARIO (1945): *Formación de la nacionalidad venezolana*, Caracas, Venezuela.
- BRICEÑO-IRAGORRY, MARIO (1952): *Introducción y defensa de nuestra historia*, Caracas, Tipografía Americana.
- BRITO FIGUEROA, FEDERICO (1975): *Historia económica y social de Venezuela*, Tomo III, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- CHACÓN, ALFREDO (1975): *Cultura y dependencia*, Caracas, Monte Ávila.
- FANON, FRANZ (1963): *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica.
- FANON, FRANZ (1965): *Por la revolución africana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- GASPARINI, GRAZIANO (1965): *Arquitectura colonial en Venezuela*, Caracas, Armitano.
- GASPARINI, GRAZIANO y JUAN PEDRO POSANI (1969): *Caracas a través de su arquitectura*, Caracas, Fundación Fina Gómez.
- GRAMSCI, ANTONIO (1953): *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, Milán, Einaudi.
- GRAMSCI, ANTONIO (1953): *Letteratura e vita nazionale*, Milán, Einaudi.
- HERNÁNDEZ ARREGUI, J.J. (1963): *¿Qué es el ser nacional?*, Buenos Aires, Hachea.
- JAULIN, ROBERT (recopilador) (1976): *El etnocidio a través de las Américas*, Siglo XXI.
- LECLERC, G. (1973): *Antropología y colonialismo*, Madrid, Comunicación.
- LENIN, V.I. (1970): «Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación», en *Obras escogidas*, vols. 3, tomo I, Moscú, Progreso.
- LENIN, V.I. (s/f): Notas críticas sobre el problema nacional, en *Obras completas*, Tomo XX, Moscú, Progreso.
- LLACH, J.J. y otros (1974): *Dependencia cultural y creación de cultura en América Latina*, Buenos Aires, Bonum.
- MARIÁTEGUI, JOSE CARLOS (1975): *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, La Habana, Casa de las Américas.
- MEMMI, ALBERT (1971): *Retrato del colonizado*, Madrid, Ediciones de Bolsillo.
- PARISI, ALBERTO (1974): *La problemática de la cultura en América Latina*, Buenos Aires, Bonum.
- POLLAKELTZ, ANGELINA (1972): *Vestigios africanos en la cultura del pueblo venezolano*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- POSANI, JUAN PEDRO (1958): «Arquitectura, tradición e ilusión», *Cruz del Sur*, N° 39-40, Caracas.
- QUINTERO, RODOLFO (1976): *La cultura nacional popular*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- SABATO, ERNESTO (1976): *La cultura en la encrucijada nacional*, Buenos Aires, Sudamericana.
- STALIN, JOSÉ (1976): *El marxismo y la cuestión nacional*, Madrid, Fundamentos.
- TSE-TUNG, MAO, «Sobre la nueva democracia», en *Obras escogidas*, Tomo II, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- VILLANUEVA, CARLOS RAÚL (1966): «Desarrollo de arquitectura iberoamericana», *Punto, Revista de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo*, Caracas, Centro de Información y Documentación (CID) de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela.
- VILLANUEVA, CARLOS RAÚL (1966): *Caracas en tres tiempos*, Caracas, Ediciones Comisión Asuntos Culturales del Cuatricentenario de Caracas.
- ZAHAR, RENATE (1970): *Colonialismo y enajenación*, Siglo XXI.
- ZEA, LEOPOLDO (1974): *Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz.
- ZEA, LEOPOLDO (1977): *Latinoamérica tercer mundo*, México, Extemporáneos.
- ZEA, LEOPOLDO (1976): *Filosofía y cultura latinoamericanas*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.

SOBRE LA ARQUITECTURA NACIONAL, CIENTÍFICA Y DE MASAS (II)*

«Precisamente cuando las masas autóctonas acabaron por ser convertidas en rebaños famélicos, desposeídos de tierras y de casas y privados del más mínimo cuidado (privaciones que explican la frecuencia de las epidemias y sus terribles estragos); cuando los sobrevivientes vieron desaparecer hasta la última célula de su estructura social y cultural (incluso la unidad familiar y el sistema terapéutico fueron disueltos en este braceo inhumano); cuando la finalidad pretendida fue alcanzada, empezó a hacerse sentir la necesidad de llenar el vacío tan radicalmente establecido».

Laurette Séjourné

(...)

La herencia colonial

La arquitectura colonial en Venezuela ha sido objeto de diversos estudios, sectoriales o globales, por parte de estudiosos entre los que se destacan Manuel Müller, Carlos Raúl Villanueva y, sobre todo, Graziano Gasparini. Esto nos exime de abundar mucho en este tema (...).

Sin embargo, queremos señalar algunos puntos que nos parecen relevantes.

En primer lugar, es necesario comprender que se han sobrevalorizado las virtudes e importancia de la arquitectura colonial en Venezuela, como punto de referencia de lo nacional. Y esto ha sucedido en desmedro de las otras dos vertientes: la arquitectura indígena y la africana.

Es importante, por eso, desmitificar y asumir una posición crítica ante una arquitectura contradictoria debido a su condición de arquitectura trasplantada, expresión de las clases dominantes de la sociedad colonial, colonialista.

A la hora de hacer el balance de la arquitectura colonial en Venezuela, deben deslindarse, con claridad, la problemática que se deriva de tal condición de los aspectos positivos que, indiscutiblemente, aportó a la tradición arquitectónica nacional.

Seguir hablando, como hizo Villanueva, de la importancia que al *espacio calle* le concedió una arquitectura que, en definitiva, lo que hizo fue negarla y

relegarla a simple aparato circulatorio, mediante sus grandes y cerrados muros y los barrotes de sus escasas ventanas; o de las bondades de una arquitectura que predicaba el *aislamiento de la vida familiar*, expresando, en consecuencia, un marcado individualismo y un rechazo a una vida más abierta e integrada al colectivo, o de las virtudes de *control ambiental* en construcciones en donde el moho y los hongos de cerradas habitaciones dicen claramente lo contrario, no deja de ser alienada falsificación ideológica; clamar por el retorno «a esa cultura mediterránea» ya que «diseñamos ciudades en base de patios, plazas y plazuelas», es simple pérdida de la «síndéresis».

En segundo lugar, es necesario enclavar la arquitectura colonial dentro de las condiciones sociales que la produjeron y rescatar una serie de elementos válidos que han pasado a formar parte del patrimonio arquitectónico del pueblo venezolano. Entre ellos, destacamos:

1) Pobreza, humildad, pureza, austeridad, dignidad, sinceridad, severidad, sobriedad, modestia, son calificativos que se repiten al caracterizar una arquitectura de *extraordinaria simplicidad*, que se expresan en la sencillez de sus formas, organización volumétrica, planteamientos tecnológicos, sistemas constructivos y estructurales y planes distributivos.

2) Se produjeron, así, edificaciones bien *alejadas* de la monumentalidad de otras regiones y más en relación con las dimensiones y escala de los hombres.

Se produjeron, también *desnudas*, sin recargadas decoraciones, lujoso esteticismo, efectos escenográficos o pomposos estilismos a la moda.

3) La arquitectura colonial se generó mediante esquemas totalmente funcionales, sin búsqueda de extravagancias ni divorcio entre el contenido y la forma.

4) Los constructores coloniales, demostrando un *anonimato*, produjeron unas edificaciones sin ínfulas de «grandeza» y estrictamente adecuadas a sus necesidades prácticas.

5) La arquitectura colonial logró iniciar, mediante la *utilización racional de los materiales* de la región

* Manuel López, «Sobre la arquitectura nacional, científica y de masas», *Punto, Revista de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo*, N° 62, Caracas, 1980.

(madera, caña amarga, adobe, tapia, arcilla) y la introducción de técnicas *constructivas* elementales y en escala adecuada, un proceso de fusión de tecnologías locales en una síntesis nacional.

6) Las edificaciones coloniales produjeron confortables ambientes internos, frescos y acogedores, mediante mecanismos para controlar la fuerte luminosidad y *tamizar la luz* y para crear, sacándole el máximo partido, *la sombra*.

7) La arquitectura colonial se expresó utilizando un conjunto de elementos característicos que deben ser colocados en su justa perspectiva, sometidos a un estado crítico y, dejando de lado la superestructura formal con que la arquitectura colonial los usó, recuperadas conceptualmente las funciones válidas que exitosamente cumplieron. Mencionamos entre ellos:

a) *La trama ortogonal o en damero* de las ciudades coloniales, desligando su carácter de asentamiento rígido, invariable y antievolutivo, expresamente predeterminado mediante un único acto de voluntarismo totalizador, de sus tendencias positivas al orden y claridad, inteligibilidad y sencillez en la organización del trazado urbano.

b) *La plaza* colonial, separando su determinismo cuadrangular, organización inflexible, crecimiento atrofiado, tratamiento de desértica explanada invernal y su condición de polo único de desarrollo, generador de la forma de la ciudad, centro geográfico y centro simbólico del conjunto urbano, nodo del centro comercial, administrativo, cívico, religioso, auténtica expresión del poder y corazón de la ciudad colonial, todo ello a expensas del resto de la ciudad, silencio sepulcral y soledad de cementerio, de su sentido afirmativo como lugar de encuentros colectivos, de acontecimientos festivo-culturales, de relacionador social.

c) *El patio* interior de las casas coloniales, distanciando su contribución al aislamiento de una casa cuya vida familiar se vuelca hacia adentro, su privilegiada ubicación central o fetiche alrededor del que gira la familia y cuyos maleficios la envían a relacio-

narse en las conexiones u ofrenda espacial gratuita que se otorga a los dioses vegetales y cuyas gracias revierten directamente a un corredor perimetral, y su carácter vedado y contemplativo debido a su entrega total a los arbustos, de su valor en la incorporación de la vegetación natural en el entorno construido, en la creación de una ventilación cruzada productora de una temperatura más agradable y en la consiguiente fabricación de un ambiente interno refrescante, tranquilizador y confortable.

e) Los *corredores* techados, que rodean el patio interior de las viviendas urbanas y las paredes exteriores de las casas de hacienda, protegiendo la edificación y sus ambientes internos de los rigores del clima y sirviendo como amplios y sombreados espacios de transición.

e) Los *aleros*, con similares funciones de resguardo.

f) El *balcón* techado, organismo indispensable que aparece al incrementar las casas su altura.

En la arquitectura indígena, en la arquitectura africana y en la arquitectura colonial se hallan los fundamentos de la auténtica tradición arquitectónica nacional. Apropiarse dialécticamente de ella y hacerla nuestra para el proyecto de una arquitectura contemporánea es un desafío que tenemos planteado.

Evolución, situación actual y perspectivas

Durante el período final del régimen colonial en Venezuela, comenzó a producirse la integración de las tres vertientes básicas de la herencia arquitectónica nacional.

Los indígenas campesinos venezolanos que, mayoritariamente, habían continuado utilizando en sus construcciones las concepciones, métodos y tecnologías autóctonos, bien en la periferia de las recién fundadas ciudades, bien en el medio rural, pasaron a incorporar, selectivamente, numerosos procedimientos técnico-constructivos de los hispanos y variados aportes africanos.

Los afrovenezolanos y los hispano-criollos tuvieron la necesidad de aprender innumerables procedi-

mientos y técnicas de los conocedores y antiguos dueños del territorio y su medio ambiente.

El resultado de esta fusión, que ya no se puede denominar «indo-afro-hispana», sino *nacional*, no se realizó en la arquitectura culta, urbana, de la nobleza criolla o aristocrática, ni en sus templos o mansiones, sino que tuvo lugar en el nivel popular, lejos de los centros de riqueza y de poder, en la *vivienda rural* campesina.

Allí presenciamos la integración, generalmente armoniosa, a veces contradictoria, de las concepciones, procedimientos y técnicas constructivas, determinados por aquellas concretas y limitantes condiciones, provenientes de las tres vertientes constructivas. «Las construcciones campesinas en Venezuela parten de tres tradiciones de construcción: indígena, africana y española. Las estructuras actuales no muestran cuáles rasgos de las diferentes raíces perduran y cómo se han modificado otros en virtud de influencias de diversas regiones o por causa de fenómenos regionales o locales» (Acosta Saignes).

Este proceso de fusión se fue desarrollando lentamente a lo largo del siglo XIX y, básicamente, en las zonas marginales y rurales mientras que la arquitectura urbana continuaba con los modelos coloniales hasta que, a finales del siglo, los sustituyó por una rendición incondicional ante la cultura y arquitectura europeas, concretamente, del eclecticismo francés.

Esas viviendas rurales que se caracterizan por una extraordinaria simplicidad, tanto organizativa como técnica; cuyos sistemas constructivos son un monumento al ingenio popular; en donde el fenómeno constructivo se plantea y se realiza como un hecho de gran significación colectiva; que utilizan los materiales y la tecnología locales con un orgullo espontáneo y natural; y aprovechan esos escasos recursos a la máxima capacidad y excluyendo el desperdicio. Esas eficientes y sencillas respuestas al clima y a las condiciones del medio ambiente; esas construcciones «seguras, frescas y baratas» (Acosta

Saignes); que revelan una gran racionalidad social y constructiva y expresan una concepción pragmática del hecho arquitectónico, despojada de cualquier gesticulación o aspaviento; como lo que siempre ha sido: construcción; y manifiestan un inequívoco respeto por la persona humana como dimensionador y modular del ambiente construido. Esa arquitectura que, ya no es que se adapta a determinadas condiciones sociales, sino que parece parida por ellas; esa arquitectura, repetimos, es la expresión más acabada de una arquitectura propia, nacional.

Hablamos de unas construcciones que se estructuran recogiendo elementos de las tres raíces culturales: el sistemático armazón estructural en esqueleto de horcones y cañas, amarrados por bejucos y, después, alambre; el techo de palma que abriga contra la lluvia y suaviza los excesos de la temperatura; la vivienda simple, rectangular y cúbica; la universalización de la tecnología del bahareque; las «trojas» o plataformas de depósito en las casas; la utilización del doble techo y la cámara de aire; la polivalencia y flexibilidad de los espacios, tanto internos como externos; los patios como corrales donde se realizan múltiples actividades y se desarrolla la mayor parte de la vida familiar; los corredores y las galerías de laca, que la abren y la circundan. Hablamos de unos pueblos que se estructuran a lo largo de la calle, corazón multipolar de actividades sociales, de crecimiento natural e ilimitado. Estamos hablando de algunas características importantes de nuestra arquitectura nacional.

La arquitectura nacional se ha quedado allí, entre la población rural, estancada o deteriorada por las «mejoras» introducidas por el Estado (infernales techos de zinc, sólidas paredes de bloques, etc.). O bien se ha trasladado con el éxodo campesino, a la periferia de las grandes ciudades, a un enfrentamiento heroico con condiciones mínimas y hostiles, que se expresan en los ranchos marginales de los cinturones de miseria. «Al trasladarse los campesinos a la periferia de las ciudades industrializadas o en vías

de industrialización, para convertirse en ejército industrial de reserva, levantan habitaciones como en el campo, con los materiales ambientales, que ya no son árboles, cañas y palmas, sino deshechos de maderas y de láminas, cartones, recortes de tablas, neumáticos de automóviles, etc.» (Acosta Saignes). Lo cual y a los efectos prácticos, plantea también una necesaria investigación sobre estos procesos nacionales de producción de edificaciones.

Mientras tanto, la Arquitectura (con mayúscula), desarrollada en las ciudades, y fundamentalmente en Caracas desde finales del siglo XIX tomaba un rumbo diferente.

La penetración del imperialismo europeo bajo el guzmancismo y el establecimiento de los primeros lazos de dependencia económica, generó en las clases dominantes venezolanas y en los profesionales de la Arquitectura a su servicio, una apertura y aceptación indiscriminada de los valores culturales y estilos arquitectónicos europeos.

Los «Grandes trabajos de la ciudad» de Caracas, por Guzmán Blanco, y las obras realizadas por Hurtado Manrique, Muñoz Tébar o Urdaneta nos señalan el inicio de un período de «asimilación integral» (Fanon) o de reproducción de los modelos de la metrópoli, de abandono global de la tradición arquitectónica nacional, de implantación tanto de nuevos procesos de diseño, como de extraños sistemas de construcción, de aparición de una dependencia en los dos componentes de la arquitectura, ideología y tecnología, en fin, de un proceso de alienación en los arquitectos venezolanos que, con ligeros sobresaltos, se ha prolongado hasta nuestros días.

La avasallante penetración del imperialismo norteamericano en nuestro país y los consiguientes procesos de neocolonización cultural, a partir de la década del veinte, plantean con mayor urgencia la necesidad de la lucha por una arquitectura nacional que, recogiendo las hermosas tradiciones constructivas del pueblo venezolano, fomentase la formulación de criterios arquitectónicos nacidos de la realidad nacional y enfrentase la dependencia

tecnológica de nuestra arquitectura impulsando la búsqueda de una tecnología propia.

La reacción populista de los años cincuenta, en sus mejores exponentes, tuvo la virtud de plantear con honestidad esta urgencia y el defecto de equivocar los métodos para resolverla. Ni tiempo hubo para hacer un balance de la experiencia: las nuevas formas de neoelecticismo dependiente la apabullaron y convirtieron en un recuerdo «folklórico».

La situación actual de la Arquitectura venezolana, hurgando bajo el maquillaje, es grave.

Somos un país extremadamente dependiente y, como sabemos, la dependencia es un vínculo global que condiciona todos los fenómenos de la vida social. Nuestra dependencia del sistema imperialista, que hoy conforman, fundamentalmente, los Estados Unidos y la Unión Soviética, hace que el primero trate de mantener a la arquitectura venezolana en su vieja relación de sumisión y dependencia tecnológico-ideológica y la mayoría de nuestros arquitectos, y sus edificaciones lo prueba, parecen estar dispuestos a aceptarlo. La segunda, por su parte, trata de aprovechar las debilidades del primero, y a las vanguardias arquitectónicas que se le enfrentan directamente (ya han comenzado a llegarnos los primeros, y primarios, sistemas constructivos soviéticos) o por medio de sus asalariados cubanos (que utilizan también, desde hace tiempo, la experiencia de los sistemas para introducirse), para «colaborar» y cambiar el polo de quien dependeremos.

Si el servilismo ante lo extranjero no tuviese arraigo y la mentalidad dependiente fuese la excepción. Si las tradiciones culturales del pueblo venezolano fuesen conocidas y respetadas y su herencia arquitectónica valorada y asumida en su plena dimensión, si el conocimiento de la realidad nacional fuese condición indispensable y la independencia y soberanía del país un objetivo supremo, si una línea de autosostenimiento estuviese establecida y la introducción de lo extranjero, en función de lo nacional, sometido a riguroso control, y si la necesaria apertura ante métodos y técnicas avanzados de otros países, se apo-

yara sobre la investigación, formulación y desarrollo de las propias, la situación sería menos preocupante, la capacidad defensiva de la arquitectura venezolana mayor y sus perspectivas halagadoras.

Lo contrario implica que la arquitectura nacional será sometida a duras pruebas, que deberá luchar por existir como tendencia y que un firme y sostenido trabajo de clarificación, investigación experimental y combate es lo que tenemos por delante. En esta lucha, los dos grandes aliados de la arquitectura nacional, con los que debe establecer una relación constructiva y dialéctica, que permita su integración unitaria, son la arquitectura «científica» y la arquitectura «de masas».

«En lo que atañe a la relación entre las cosas chinas y extranjeras debemos poner siempre énfasis en las primeras, pues somos chinos. Sin embargo, nunca debemos rechazar cosas extranjeras ni aislarlos del resto del mundo. De lo contrario retornaremos a lo antiguo. Debemos tomar las cosas buenas del extranjero e incorporarlas a nuestra cultura nacional. Nuestra nación siempre ha sabido asimilar lo bueno de la cultura de otras naciones. Hemos absorbido cosas de las culturas de La India, Corea, Viet Nam, Mongolia, Japón, así como de Europa Occidental. Mas debemos enfatizar nuestras propias tradiciones y comprender bien nuestra herencia nacional antes de absorber las cosas extranjeras. Estas últimas deben ser integradas a las nuestras y no impuestas. Estoy por lograr primero una completa comprensión de nuestra herencia nacional y luego proceder a asimilar las cosas extranjeras para incorporarlas gradualmente a las nuestras propias. Ésta debe ser una fusión química y no una mezcla física, ni "soldando" simplemente las cosas extranjeras o las chinas».

Zhou Enlai

Discurso pronunciado el 19 de junio de 1961
en un foro sobre literatura y arte.

«Lo que proponemos en el estudio de la esencia de nuestras tradiciones, principalmente de las tradiciones populares, porque son las más genuinas y espontáneas, porque son las más arraigadas, en general, corresponden a una interpretación del medio social, económico y geográfico muy profunda y correcta dentro de su sencillez, y porque ellas corresponden todavía al modo de ser, sentir y vivir de nuestro pueblo. No queremos imitaciones ni copias, ni siquiera adaptaciones. Lo que pedimos es que se interponga esa señal peculiar, de difícil lectura, si bien de hermosos rasgos, que se manifiesta a todo lo largo y lo ancho de la arquitectura popular».

Juan P. Posani

«Arquitectura, tradición e ilusión», en *Cruz del Sur*,
Nº 39-40, Caracas, 1958.

«En cambio, si algún "occidental" se solidariza con los pueblos indígenas, se interesa por su realidad y su cultura y encima de eso comete la herejía de divulgar las creaciones y valores de estos grupos humanos, entonces, automáticamente, ese investigador queda convertido en vividor, buscador de lo exótico, romántico incurable, un ser extraño y patológico. ¿Por qué tiene que ocurrir semejante transmutación? Porque para la ideología mayoritaria el indio es intocable, ajeno al acontecer humano, alguien que es necesario relegar al olvido. Es decir, se cae en una postura racista, al excluir lo indígena de nuestro ámbito comunicativo».

Esteban E. Mosonyi

«Papel Literario» de *El Nacional*,
Caracas, 10 de junio de 1979.

«La síntesis de las artes»*

*Carlos Raúl Villanueva***

* Carlos Raúl Villanueva, «La síntesis de las artes», *Escritos*, Caracas, Colección Espacio y Forma N° 13, 1965.

** Ver perfil biobibliográfico *supra*, p. 452.

En la Abadía de Royaumont (Francia) se llevó a efecto entre el 25 y el 26 de octubre de 1962 un coloquio que tuvo como tema central «La unión de las artes. Historia de una época, 1890-1962». El arquitecto venezolano Carlos Raúl Villanueva, expresamente invitado, presentó esta comunicación con el título: «La síntesis de las artes: Europa Meridional y América Latina».

* * *

El tema que se me ha propuesto desarrollar abarca en realidad regiones y situaciones culturales profundamente diferentes. América Latina, a pesar de sus comunes raíces, se destaca por la diversidad de caracteres y por la diferencia de intensidad de los rasgos semejantes. La parte sur de Europa, en este caso, España, Portugal e Italia, ofrecen igualmente con evidencia mayor quizá para la mayoría, la visión de un mosaico de culturas, de acentos expresivos particulares, de vibraciones humanas particularmente complicadas por la historia. En todo caso, los fenómenos que aquí nos interesan, carecen de contemporaneidad, en el sentido de que, con gran frecuencia, se producen en escalas temporales diferentes, dando lugar así a cierta dificultad a su catalogación exacta.

Por lo tanto me ha parecido más efectivo para los intereses de nuestra reunión, que no son esencialmente historiográficos, partir de una tentativa de ordenación de carácter teórico del problema de integración de las artes, aun cuando ésta fuera muy esquemática, muy simplista, con el fin de poder contribuir a aclarar un poco el confuso panorama de las muchas experiencias de síntesis artísticas de la cultura moderna. En función de esa ordenación, procuraré referirme a los ejemplos más destacados o más significativos de los países y movimientos que me han sido señalados, aun cuando, en ningún momento pretenderé con ello agotar el tema histórico. Repito que la mía será simple y llanamente una tentativa de ordenación y que como tal podrá aceptar todas las ampliaciones y rectificaciones que la discusión pueda aportar; considérenla más

bien como el resultado de muchas meditaciones a la luz de nuestra misma experiencia venezolana concretada sobre todo en las obras de la Ciudad Universitaria de Caracas. Igualmente advierto que para alcanzar definiciones particularmente exactas de los fenómenos de la integración y de sus significados artísticos o culturales, es preciso disponer de más tiempo de estudio y de comparación del que me ha sido posible dedicarle.

Cuando se habla de la necesidad de volver a la integración de las artes generalmente se manifiestan contemporáneamente dos cosas: primera, se acepta y se destaca la condición de división, de separación, de profundo divorcio entre los distintos géneros artísticos según su clasificación tradicional que deriva más o menos del renacimiento y que se produce a raíz del triunfo de la revolución industrial. La máquina en el plano técnico y el capitalismo en el plano socioeconómico conducen a una inevitable diferenciación de funciones agravada por una paulatina disgregación de los valores culturales. Éstos pasan a ser cada vez más periféricos aun cuando su calidad individual pueda no sufrir directamente de este proceso de descomposición.

La individualización de los artistas, el proceso mecánico de la producción y el carácter comercial de la sociedad separan naturalmente entre sí a las artes mayores y llevan al borde de la quiebra a las menores. Segunda: se aceptan las antiguas diferenciaciones entre las artes, que así conservan características fijas y precisas de épocas muy distintas a la nuestra. Es la arquitectura sobre todo la que más sufre por la conservación de su definición clásica, pues los importantes cambios técnicos y su diferente posición social la han conducido a perspectivas integralmente distintas de las tradicionales.

Los movimientos de las «Arts and Crafts» y el del «Art Nouveau» constituyen precisamente las primeras respuestas parcialmente acertadas, pero en todo caso sinceras y vigorosas, al problema angustioso bajo el punto de vista moral y estético, de la separación de las artes.

Y ya desde el comienzo del presente siglo va definiéndose una posible reintegración según dos direcciones diferentes. En la medida en que los discípulos de Morris aceptan a la máquina y su producción, la integración tiende a hacer de ésta la base, la justificación y al mismo tiempo el objetivo de toda su nueva búsqueda. En cambio, Horta, en la aceptación del material nuevo, pero no del proceso de su producción, mantiene los rasgos primarios de la síntesis clásica, elaborada, proyectada y conseguida sobre módulos e interpretaciones estéticas maduras en los cuatro o cinco siglos anteriores. En el caso de síntesis, las artes, conservando sus características tradicionales, particularmente la pintura y la escultura, confluyen en el espacio arquitectónico, dando cuerpo a una unidad nueva en calidad, pero antigua en características. En función de este espacio, cuyas determinantes arquitectónicas son esenciales, pueden estructurarse las demás expresiones artísticas, aceptando así la primacía arquitectónica y dando lugar a los mejores ejemplos de síntesis. Son los casos donde las demás artes concurren polifónicamente a enaltecer, graduar, matizar, algo cuya existencia es previa a la de ellas. La arquitectura es así el marco previo, el origen funcional, de la labor sintética. Pero como conserva todo su valor convencional, el resultado final es algo que siempre guarda el significado único de pieza singular, o de acontecimiento extraordinario, conjunción irrepetible de felices condiciones.

Muy distinto es el caso de la integración, usando un término que la diferencie de la síntesis. Ella no parte de una condición espacial, o de un género artístico como la síntesis, sino de un proceso de elaboración mucho más general, a la raíz de toda intervención en el producto final.

En la integración probablemente no hay marco previo porque es la misma conformación, la misma actitud del trabajo humano lo que va a dar significado unitario, con cohesión de forma al mundo funcional y espacial del ciudadano. A la base de la integración estará el proceso de producción mecánico y un

nuevo sistema de relaciones económico-sociales. En otras palabras, los nuevos objetivos cuantitativos por una férrea ley dialéctica repercuten en el proceso formal. En este sentido los mejores ejemplos de integración son los que amplían la órbita del diseño industrial a proceso universal, redentor de la forma y de los módulos de vida asociada, por lo menos en sus aspectos exteriores. En qué medida este concepto de integración es resultado de una visión excesivamente optimista y por lo tanto utópica, tan sólo podrá decirlo el mismo desarrollo de la historia.

Pero aun cuando sea la historia del porvenir la que decidirá acerca de la realización del concepto de integración, considero un deber de todos nosotros, y particularmente de los jóvenes dedicar cada vez más esfuerzos a este tipo de ideal de integración, abandonando paulatinamente el otro. Aun cuando pueda ofrecer sustanciales ventajas por lo conocido y practicado no garantiza el porvenir tanto como parece garantizarlo éste.

En el marco del concepto tradicional de síntesis se destaca para comenzar a ejemplificar, la obra admirable, única, extraordinaria y quizá por eso mismo profundamente tradicional del catalán Antoni Gaudí. Es la obra de un artista de profunda inspiración y de recio dominio técnico. Una obra que se realiza esencialmente en el espesor de masas y en las dramáticas oquedades del espacio arquitectónico. Gaudí es antes que otra cosa un arquitecto y es en función de su arquitectura que él mismo o sus ayudantes aportan los valores complementarios de la pintura y de la escultura. En este sentido, sus obras más importantes: la casa Milá, la casa Batlló, el parque Güell y la Sagrada Familia, atestiguan una visión muy precisa, muy consciente de la arquitectura como factor o, mejor, como tejido, donde necesariamente deben confluír las otras artes visuales para lograr una estructura formal, global e inseparable y que justifique plenamente su vigor social. Y aun cuando el sentido general de la socialidad de la arquitectura es un concepto obvio, porque innato en ella, en el

clima de fin y comienzo de siglo de una España a la zaga de Europa, es a ella precisamente que recurre Gaudí, destacándola y magnificándola hasta imágenes de auténtica poesía. En esto se cumple también la actitud humana e ideológica del maestro catalán, pues su catolicismo ferviente constituye la estructura ideal de toda su arquitectura, y en ésta vierte de su misticismo casi medieval la proyección universal, el ideal de unidad en la «eclesia», reflejada por otra parte y no casualmente, creo yo, en esa misma búsqueda de unidad de intenciones artísticas, lograda a través de diferentes disciplinas.

La arquitectura de Gaudí es interna y externamente, escultura y pintura. Tal identidad se comprueba con facilidad si se ensaya separar mentalmente de sus volúmenes los atributos más propiamente escultórico o plástico, tales como los balcones de la casa Batlló, o las chimeneas de la casa Milá, o los adjetivos policromos de los asientos sinuosos del parque Güell. Hay efectiva identidad entre las distintas expresiones plásticas, aun cuando todas concurren, como hemos dicho, a reforzar la imagen superior de la arquitectura. Ahora, bien, ni las esculturas de Gaudí ni sus frescos o planos de color pueden llamarse figurativos, aun si hay en ellos, así como en su arquitectura una vaga sustancia de origen primitivo, anímico y al mismo tiempo confusamente vegetal y animal en estados de formación o quizá de plena decadencia orgánica. ¿Debemos deducir por lo tanto de esta simple consideración que Gaudí se ha adelantado a los acontecimientos y que con pleno derecho debe ingresar en el grupo de los artistas precursores del arte no-figurativo actual? Hay que considerar éste con mucha prudencia: la no figuración o la abstracción (relativa) de Gaudí son en realidad el resultado de una operación de índole muy diferente a la de búsqueda expresiva moderna. Gaudí, siguiendo un enfoque muy antiguo, clásico en este género de cosas, ha procedido a la búsqueda de cosas, ha procedido a adecuar a la profundidad de la arquitectura, o, mejor, a la profundidad y calidad específica y probablemente

eterna de la arquitectura, los espesores expresivos, la semántica, para decirlo con término muy de hoy, de las demás artes.

En la realización de este proceso de acondicionamiento de la pintura y la escultura han adquirido las características de la esencialidad y de abstracción que de la arquitectura son típicas. Luego, la aparente abstracción expresiva de los medios pictóricos y escultóricos de Gaudí, no son sino efectiva abstracción decorativa de las artes en proceso de síntesis, o de la abstracción funcional, si se prefiere, por cuanto, dichos medios constituyen el mejor medio para lograr de acuerdo con la personalidad artística de Gaudí, la existencia de una imagen arquitectónica completa. Y en esto la operación de Gaudí no difiere mínimamente de la antigua operación de síntesis-decoración de los griegos, de los góticos o de los barrocos.

Gaudí parece ofrecernos, entonces, una prueba más de que la auténtica decoración se produce inevitablemente en el marco de la Síntesis.

La experiencia sintética de Gaudí, realizada prácticamente por una sola persona que una el talento y la personalidad del arquitecto, del pintor y del escultor, según los ejemplos clásicos del Renacimiento, en una época y en circunstancias históricas a pesar de todo muy alejadas de nosotros, vuelve a concretarse extrañamente en México, en los últimos años.

Con la Biblioteca de la Ciudad Universitaria de Ciudad de México y su casa en el Pedregal de San Ángel, obras de hace diez años aproximadamente, el arquitecto Juan O'Gorman repudia en realidad la arquitectura moderna, la arquitectura que él mismo llama «internacional», y trata de alcanzar una imagen arquitectónica autónoma, nueva y al mismo tiempo impregnada de evocaciones tradicionales. Siguiendo los principios doctrinarios de una arquitectura «realista», basada esencialmente sobre la tradición popular y la tradición autóctona, Juan O'Gorman toca a las sugerencias de redención popular que pueda traer consigo la máquina y sus formas, y declara que es necesario volver a introducir

la decoración en la arquitectura. Sus edificios se recubren entonces, en virtud del principio de que en la arquitectura azteca la decoración es siempre abundante, de innumerables signos, símbolos y figuras de inspiración azteca que recuerdan, a pesar de la violencia de su colorido, las formas enmarañadas y lúgubres de Ferdinand Cheval.

Sin embargo, entre Gaudí y O'Gorman hay una diferencia esencial. Gaudí logra una verdadera síntesis en la medida en que su imaginación arquitectónica está a la par de su talento pictórico y escultórico. La misma tensión, el mismo dinamismo animan a sus volúmenes, a sus formas y a sus colores. En cambio en las obras del arquitecto «realista» mexicano se da una notable separación entre la estructura arquitectónica de raíz funcionalista, escuela en sus espacios y las formas decorativas aplicadas a ella. De tal manera, la tentativa de Juan O'Gorman, en mi concepto, no pasa de ser una búsqueda de gusto, una protesta contra la austeridad mal entendida de cierta arquitectura moderna, la reivindicación de la decoración y sobre todo la señal de una política cultural nacionalista, basada sobre el rescate del pasado azteca. En el fondo la misma política cultural de los grandes realistas mexicanos, quienes componen la gran escuela de los muralistas.

Y con esto tocamos uno de los movimientos artísticos y uno de los ensayos de síntesis más interesantes que se hayan dado no solamente en América sino en todo el mundo. Debo aclarar que para mí la calidad artística específica de Rivera, Orozco y Siqueiros están fuera de duda. Tampoco están en discusión los atributos estéticos particulares de cada uno de los «tres grandes», con sus diferencias de intenciones, de valores plásticos, en fin, de estilo.

Debe interesarnos, más bien tratar de definir el significado y la proyección del ensayo de síntesis, si es que lo hubo realmente, de los muralistas mexicanos. El mural y el fresco, naturalmente, son utilizados por los grandes mexicanos como un medio de comunicación más público, de masas, como un de «mass media» de eficacia sensible. En una sociedad

poco desarrollada como la mexicana de 1920-1930, la comunicación artística dotada de un poderoso impulso ideológico, debe recurrir al mural tal como lo hicieron los primitivos europeos, en las iglesias románticas y luego los góticos en las catedrales. La catedral es documento, información, explicación histórica para el hombre del medioevo. Los muralistas mexicanos tienen su público: mas su prédica no se hará en las catedrales, sino en las escuelas, en los edificios públicos, en los estadios; su contenido subversivo o revolucionario se dilata en formas arcaicas primero y luego cada vez más dinámicas con Orozco, Rivera y Siqueiros. Sin embargo, hasta allí llega la tentativa de síntesis. En la simple participación de la pintura, extraída del campo estrecho del cuadro de caballete, con los amplios espacios vividos públicamente de la arquitectura. En estas condiciones ¿conviene hablar todavía de síntesis de las artes en el caso de la experiencia mexicana, o más bien de una simple yuxtaposición de expresiones artísticas distintas? La pintura y la arquitectura participan quizá en un mismo esfuerzo de igual tendencia, pero sin alcanzar nunca una verdadera unidad con los signos evidentes de globalidad plena, de perfecta integridad como en el caso, aun tan alejado por su ideología y su momento, del catalán Gaudí.

Donde, en cambio, sí parece afirmarse una interesante tentativa de síntesis, un tanto fuera de los cánones si se juzga con el metro de la tradición, pero viva y actual si se le mira sin prejuicios, [es] en las espléndidas realizaciones paisajistas del brasileño Roberto Burle-Marx.

He aquí un ejemplo de verdadera síntesis plástica lograda con material nuevo, un material viviente y transitorio como la vegetación, en función pública, es decir, social, y atributos seguramente pictóricos y escultóricos. Es difícil decir hasta qué punto los jardines y parques de Burle-Marx son auténtica arquitectura. En todo caso, hay que estar de acuerdo en que son espacios. Espacios a veces, en función de arquitectura y a veces el mismo espacio cerrado: no con muros y techos naturalmente, sino con

verde, con árboles y flores, agua y piedras, y más que espacio cerrado se trata de espacio compuesto, ordenado con una intención de secuencia visual o de conformación psicológica. Para quien haya visto los bocetos del paisajista brasileño no cabe duda de que éste trabaja además como un pintor o un escultor. La determinación de los colores y la selección de las esencias está en función de un diseño preconcebido que es en sí una obra pictórica. En función de la arquitectura; arquitectura, pintura y escultura ellos mismos, los parques de Burle-Marx constituyen una forma de renovar, con vocabulario nuevo, el antiguo lenguaje de la síntesis de las artes.

En Brasil se han hecho otros numerosos ensayos de unión de las artes. Y en ellos han prevalecido, de una manera decorativa, a menudo muy lograda y sensible en su respeto por la arquitectura, el uso del «azulejo», de origen europeo. Pero me parece que aun en las obras de Niemeyer y Portinari el azulejo es más recuerdo de una tradición, algo así como un medio de endulzar una arquitectura de gran impacto visual. Así que es la gama decorativa del azulejo, más que una auténtica labor de síntesis, la que ha sido explorada por los arquitectos y pintores brasileños.

Más al sur, en Uruguay, un pintor solitario insistió durante mucho tiempo, sobre la necesidad de lograr por fin esa famosa integración. Torres García, artista de calidad, apasionado por los problemas del definitivo acercamiento entre las artes, sostenía, allá por 1940: «Si se quiere tener en cuenta que arte y decoración son casi lo mismo en el fondo (y dejando a un lado el cuadro de caballete, siempre naturalista) podemos ver que los problemas del arte y de la decoración son los mismos, y comprendida la arquitectura y siempre desde el punto de vista de la ordenación plástica, que ha de estar en su base. Y eso hace ver que el cuadro ampliado, o dicho de otro modo: la decoración concebida como cuadro, no es tal cosa, o sea decoración mural». Torres García, como pintor que es, a la raíz de la síntesis que busca, pone como condición indispensable para el éxito final un estilo o más bien una concepción del arte:

de su arte. En efecto, es su purismo-constructivista, compuesto de símbolos elementales sobre mallas de proporciones áureas, el medio de unión con las demás artes. A través de una misma concepción, apasionadamente propagada con fervor de asceta o de profeta, los artistas consiguieran sin esfuerzo la tan deseada integración. La vida de Torres García ha sido un anhelo largo y continuo por una visión de conjunto que todo lo abarcara, redimida por la unidad total de estilo. En realidad, tan sólo en el monumento del parque Rodó de Montevideo pudo el pintor uruguayo realizar su ideal.

Las ocasiones que faltaron a Torres García, en cambio las tuvimos abundantes hace algunos años, en Venezuela. Sería extremadamente interesante, creo yo, analizar detenidamente nuestra experiencia. Pero por ser ella esencialmente fruto de mi propia labor, de mi personal preocupación durante los años en que pude ensayar diferentes posibilidades y concepciones y maneras de acercamiento con pintores y escultores, prefiero dejar a otros, con mejor perspectiva, la crítica y la valoración del fenómeno de la síntesis o integración venezolana. Si ustedes así lo desean, ello podría ser un tema de debate para una de las conversaciones que aquí se tendrán en estos días. En tal caso podría yo ponerles a su disposición mis informaciones con el auxilio de algunas diapositivas.

Comencé con un ejemplo europeo: el del catalán Antoni Gaudí. Dije que el suyo me parecía reunir las condiciones propias de la síntesis. En cambio, como ejemplo de integración, me parece importante citar el caso de Italia. Después de la última guerra, en el momento en que entra de lleno en la industrialización, tratando así de adecuarse al nivel de la producción de otros países europeos, este país, nos indica la perspectiva de una auténtica integración con su diseño industrial. Un cambio difícil sin duda, como lo indica el mismo desarrollo del propio diseño italiano. Pero, quizá el único camino seguro que puede conducir en el futuro a esa unión completa que está en los deseos de todos.

Poner a la base de la integración artística la industria y su producción significa reconocer que es ella el único medio de comunicación artística de masa. La técnica industrial además afecta profundamente a la arquitectura y acelera rápidamente su evolución.

La arquitectura del mañana será industrial o no será. Sobre ello no puede haber vacilaciones. Y el diseño industrial corresponde perfectamente a mutación necesaria en las concepciones y hasta en el gusto público.

Es obvio que de tal manera el concepto de diseño industrial se amplía hasta dimensiones desconocidas en la práctica estética actual. Pero a eso deberemos llegar si queremos aplicar consecuentemente la línea principal de la arquitectura moderna. En esto quizá ella pueda señalar a las demás artes una capacidad de transformación y de adaptación extraordinaria. Hablábamos de Italia: y es que los ejemplos de los diseños de la Olivetti, de algunas fábricas de automóviles y otras muchas industrias de gran producción y sensibilidad por la calidad del producto, constituyen precisamente la muestra palpable de cómo aquellos objetos entran naturalmente, sin dificultades ni estridencias, en perfectas relaciones de unidad con el ambiente arquitectónico. El diseño industrial no elimina al pintor y al

escultor, educados en la artesanal, acostumbrados a lo individual. Barre simplemente con el pintor y el escultor tradicional. Estas afirmaciones no son nuevas, por supuesto. Pero hay que volver a recalcarlas porque en estos días de confusión y de vacilaciones aún el diseño integrado italiano tiende a adoptar y seguir las oscilaciones de un gusto decadente. Estoy seguro en efecto, que los problemas actuales del diseño industrial se han producido no por un pretendido exceso de madurez, sino porque el diseño industrial no es lo suficientemente industrial ni ha dado todavía sino una pequeña muestra de sus posibilidades.

Posiblemente el diseño así concebido no suplante a la síntesis de las artes. Probablemente ésta seguirá produciéndose en los momentos y en las situaciones mejores. Pero si queremos realmente que esta reunión nuestra no se limite simplemente a sacar la suma del pasado, a catalogar lo sucedido, sino a indicar perspectivas, a señalar salidas, con todos los riesgos que el porvenir implica, merece la pena lanzarse audazmente por el camino de esta nueva integración, y en consecuencia a la par con las nuevas grandísimas conquistas cósmicas. Que el hombre así pueda volver a afirmar su poder de continuidad y su extraordinaria renovación creadora.

«¿Dónde está el Norte?»*

Juan Pedro Posani

Historiador y crítico de la arquitectura; se formó profesionalmente como colaborador de Carlos Raúl Villanueva cuando éste trabajaba para el Banco Obrero y desarrollaba la Ciudad Universitaria de Caracas. Autor de numerosos ensayos de crítica arquitectónica y con Graziano Gasparini del libro *Caracas a través de su arquitectura*, sucedió a éste en la Dirección del Instituto del Patrimonio Cultural. Profesor de Historia de la Arquitectura de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV, Premio Nacional de Arquitectura (1992) y Doctor *Honoris Causa* por la Universidad Central de Venezuela (2000).

* Juan Pedro Posani, «¿Dónde está el Norte?», en Juan Pedro Posani y Alberto Sato, *Debate y disquisiciones sobre el anón y el cambur*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de Arquitectura, 2000.

¿Dónde está el Norte? Esta era la primera pregunta que Carlos Raúl Villanueva, con ese tono de voz suyo, entre ingenuo y burlón, le planteaba a sus estudiantes.

Quienes lo acompañaban en las correcciones de la Facultad de Arquitectura conocían muy bien el significado de esta pregunta. Era la pregunta por el contexto, por el clima, por la inclinación del sol, por las brisas y las lluvias, por la orientación y por las vistas, por la temperatura, por la geografía y la cosmografía.

Villanueva comenzaba sus críticas por el punto en el cual ha fracasado demasiadas veces nuestra arquitectura actual: su relación con la tierra y con el clima. La vida y el azar nos dieron un tiempo y un lugar. De allí —nos decía Villanueva— hay que partir.

Hace unos años, antropólogos y sociólogos reavivaron un viejo debate: en la historia de la evolución del hombre ¿qué ha sido o es más determinante, la cultura o la naturaleza? La controversia acerca de la oposición *culture-nature* tomó la senda de los enfrentamientos radicales para luego aquietar sus contenidos en una coexistencia crónica que atestigua la salomónica verdad de que es imposible separar antagónicamente lo que es complejo. Ciertamente, también en el caso de la arquitectura es poco sensato separar lo que es inseparable. Los hombres cuando han construido bien han tomado en cuenta tanto la temperatura y la humedad relativa como la suavidad de las curvas de los capiteles. Pero únicamente para los fines de una mayor claridad discursiva, podríamos dividir los dos campos: pongamos sobre la mesa por un lado a la cultura, por el otro a la naturaleza. Y examinemos separadamente las implicaciones que tienen ambas cosas para la enseñanza y la práctica de la arquitectura. Lo primero que salta a la vista es que en un país como el nuestro, que no tiene acumulada la sofisticación de la cultura del objeto ni el refinamiento de esas formas manoseadas, modeladas, negadas o confirmadas durante siglos y siglos, típicas de la historia europea o asiática, la autenticidad —meta de un

buen diseño— no puede ser alcanzada si no empezando por las condiciones geoclimáticas y por los dispositivos que las corrigen, las hacen tolerables o que exaltan sus cualidades en lo que podríamos llamar sus indiscutibles ventajas comparativas.

No es el peso de la cultura arquitectónica lo que predomina entre nosotros. No es la historia milenaria, la de las pirámides abstractas, del blanco mármol de Grecia, del perfecto estetismo japonés o la de las aspiraciones intelectuales universales del Renacimiento lo que define nuestro horizonte arquitectónico. Son las inmensas dimensiones de una vegetación opulenta, de calores avasallantes y de lluvias que son torrentes, de una atmósfera cuyos elementos combaten una lucha sin piedad contra el tiempo, las que perfilan los caracteres de las empalizadas arquitectónicas que los hombres cuerdos han levantado en este enclave geográfico determinante y primordial.

Por lo tanto, si se quiere que la arquitectura del país adquiera y conserve el carácter y los rasgos de la autenticidad hay que partir entonces de la índole del clima en su doble aspecto, de condición de su atmósfera y de condición de su soporte geográfico. El clima tropical y la geografía que lo sostienen —frío en la altitud andina, caliente en el llano y en la costa— son el punto de arranque, el supuesto inicial, el necesario marco sensorial y conceptual del cual hay que partir para ir diseñando.

Aun cuando se crea que los recursos modernos de la tecnología del acondicionamiento ambiental puedan resolver todos los problemas, la cordura aconseja considerar al clima como factor prioritario.

James Marston Fitch, por ejemplo, según cuenta Reyner Banham, recomendaba para diseñar en el trópico húmedo algo que puede sonar a receta de la abuela, pero que mantiene toda la serena verdad de la experiencia comprobada durante siglos.

- Pisos separados de la tierra... ofreciendo la máxima exposición a las brisas dominantes.
- Grandes techos livianos a manera de protección contra el sol y la lluvia tropicales.

- Corredores y balcones continuos para proteger las paredes de la inclinación del sol y de la lluvia que las azota.
- Grandes puertas y ventanas, del piso hasta el techo, para la máxima ventilación.
- Cielorrasos altos y desvanes ventilados, para mayor confort.
- Persianas controlables, para proveer todas las combinaciones de ventilación y de privacidad.

Como se ve, recetas del método selectivo o pasivo que no contemplan los recursos de la tecnología energética; pero, en todo caso, una manera de poner las cartas sobre la mesa desde el comienzo, de dejar claro dónde están las definiciones iniciales.

Una vez definidos los aspectos esenciales del enfrentamiento con el clima y de haberlo asumido como factor que determina el horizonte del diseño arquitectónico, el paso siguiente puede ser el de la manipulación espacial y formal, atendiendo a los impulsos de las sensaciones individuales, de la memoria o a la *cross-fertilization* de la información cultural. Ahí es cuando la historia de la arquitectura universal en sus modalidades antiguas, modernas o posmodernas cobra el valor operacional de lo que Picasso llamaba «hacer arte sobre el arte». Y lue-

go vendrá la invención o la aplicación tecnológica. Seguramente ninguna de estas cosas podrá estar separada como en cajitas chinas. Seguramente, en la realidad de la práctica, un solo proceso confundirá en una sola entidad, demasiado misteriosa para las clasificaciones, a todas estas etapas y a todos estos conocimientos sectoriales.

Pero queda claro, en mi opinión, lo esencial: si algún día podemos hablar de una arquitectura ya generalizada, con la cual nos identifiquemos y en la cual sintamos proyectadas las coordenadas históricas y culturales de un país como el nuestro, es porque habremos logrado generalizar una arquitectura y un diseño urbano basados sobre el latido de la temperatura y la respiración de las brisas.

Diseñar partiendo del Norte es poner los pies sobre la tierra; es abrazar la realidad; es observarse en el espejo y acordarse de los abuelos. Diseñar partiendo del Norte es, sobre todo, orientarse hacia el futuro; es disponer de un mapa en el cual esté marcado un proyecto de vida y de país.

¿Dónde está el Norte? Como el maestro Villanueva, conviene que todos los días volvamos a preguntárnoslo.

La historia de la comunidad «La Esperanza» escrita por dos de sus protagonistas*

* Esta historia fue escrita por dos integrantes de la comunidad a propósito de un concurso auspiciado por la Fundación Vivienda Popular en 1995 (Premio Carola Ravell a la Organización Comunitaria) por el que recibieron una mención especial. Aparece en: Esther Wiesenfeld, *La autoconstrucción. Un estudio psicosocial del significado de la vivienda*, Caracas, Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, 2001, pp. 457-474. Este ensayo se incluye por decisión de los editores.

La comunidad del barrio El Nazareno, de la cual venimos, está ubicada en Casalta II, fue constituida hace alrededor de 20 años, se organizó en Comité de Defensa en el año 1976, en virtud de la problemática que enfrentaba, debido a la falta de servicios básicos y a los constantes desalojos de que era objeto. Ha sido y será una comunidad con una combativa y perseverante fuerza de lucha.

El 17 de septiembre del año 1980, cayó un fuerte aguacero sobre Caracas que arrasó muchas barriadas. El barrio El Nazareno de Casalta fue uno de ellos; ese barrio lo habíamos construido con mucho amor y con la esperanza que fuera para siempre. Ese día, a pesar del dolor de haber perdido nuestras casas, sentimos que teníamos el derecho de reconstruir nuestras viviendas, nuestra comunidad y sobre todo, aspirar a una mejor calidad de vida.

Es así como comienza la historia de nuestro proyecto. La noche del derrumbe, lo primero que hicimos fue organizarnos para evacuar el barrio y evitar pérdidas humanas. Improvisamos carpas con los materiales que quedaban de las viviendas destruidas (en total fueron 39). En esos refugios ubicamos a los niños y los enseres que habíamos logrado salvar, realizamos un censo para saber cuántos éramos y cómo estábamos conformados.

Cuando llegaron los bomberos ya la situación estaba controlada. En ese momento nace una consigna que nos acompañará en adelante: «Ni trailers ni barracas, viviendas dignas para los damnificados».

Al tercer día del derrumbe seguía lloviendo y nosotros permanecíamos a la intemperie, por lo que decidimos tomar la escuela Virgen Niña de Fe y Alegría que está ubicada cerca del barrio, ya que ningún organismo gubernamental se había apersonado para darnos alternativas decentes de solución; ellos alegaban que en esos momentos había otras prioridades que atender, ya que en nuestro sector no había muertos. Es así como el día sábado 19 de septiembre, alrededor de las diez de la mañana, tomamos el colegio. Estaba lloviendo, para ese momento nos habían enviado una jaula con policías

para que nos «cuidaran»; no fue difícil distraerlos un poco para nosotros realizar la toma. Ya dentro del colegio fuimos rodeados por ellos, recibiendo amenazas de ser «planeados» o sacados con gases lacrimógenos. Nosotros les preguntamos «¿para dónde nos quieren llevar?» y su respuesta fue «las órdenes son sacarlos del colegio ya que la toma es ilegal, si quieren se quedan en la calle». En el momento en que los agentes iban a entrar por la fuerza a sacarnos, de manera espontánea alguien comenzó a cantar el Himno nacional. Aquello parecía más bien un rezo, una plegaria al cielo, y todos comenzamos a cantar al unísono, como si fuera un grito de que éramos venezolanos, que teníamos derechos, que en ellos se contemplaba el derecho a la vivienda y a la vida y que no íbamos a salir del colegio, pasara lo que pasara, que teníamos que abrigar a nuestros niños y mujeres y que lo poco que nos había quedado lo íbamos a proteger. Les gritamos que habíamos perdido nuestras casas; pero no la «dignidad». Los policías, al vernos tan resueltos a todo, no entraron, sino que nos pidieron que alguien se hiciera responsable por las cosas que estaban dentro del colegio. Firmamos diez familias. Al día siguiente vino Defensa Civil con unos camiones con órdenes de llevarnos a lo que llamaban «un sitio seguro», le preguntamos dónde y su respuesta fue «para Nueva Tacagua». De las 39 familias, una sola se subió al camión; ellos nos amenazaron diciendo «ustedes corren con las consecuencias, les vamos a mandar a la Guardia Nacional para que los saquen». En ese momento se presentó también la directora del colegio, una monja que se encontraba desesperada para que nos saliéramos. Le planteamos nuestra resolución de no aceptar «trailers ni barracas», le hicimos saber que habíamos visitado esos sitios y eran simplemente «campos de concentración» donde llevaban a la gente y le ahogaban sus protestas con promesas de construirles a mediano plazo una vivienda digna. También le explicamos que habíamos recibido la visita de representantes de la Gobernación del Distrito Federal ofreciéndonos cinco mil bolívares y un camión prestado para llevar

nuestros corotos al interior del país a casa de algún familiar que nos brindara alojamiento; eso sí, había una condición, tenía que ser fuera de los límites del estado Miranda.

La monja se fue a regañadientes, no sin antes encargarnos el cuidado de su colegio. El lunes 21 se presenta en el colegio la familia que se había ido con los camiones de Defensa Civil para Nueva Tacagua. Vinieron horrorizados por la experiencia que vivieron. Les habían robado hasta las bombonas de gas. Comienza la organización interna, teníamos que empezar a resolver los problemas inmediatos: comida, ropa, medicinas, limpieza de los salones, de los baños, llenar pipotes de agua para nuestras necesidades, etc. Internamente estábamos ocupando siete salones (seis familias en cada uno) con un promedio de veinte personas por salón. Acondicionamos los cuartos con sábanas y cortinas, se ubicó una cocina por salón donde se preparaba la comida para las personas que lo habitaban. Continuamos utilizando nuestra estructura organizativa como comité. Tuvimos nuestra primera asamblea en el colegio, organizamos comisiones para cocinar por salón, comisión para la limpieza y mantenimiento de los baños, comisión para el cuidado y recreación de los niños, comisión para el mantenimiento de las áreas externas del colegio, comisión de propaganda, comisión de salida (ésta se encargaría de ir a la prensa, Gobernación, etc., a denunciar las condiciones en que estábamos viviendo). Ya para entonces se había consolidado más la consigna: «Ni trailers ni barracas, viviendas dignas para los damnificados del barrio El Nazareno».

Era el inicio de una nueva etapa en nuestras vidas. Sabíamos que era dura, pero era el único camino que nos conduciría a una vida mejor. Comienza la movilización en la calle, teníamos que sacar a la luz pública nuestro planteamiento que ya iba tomando fuerza: «Viviendas dignas para los damnificados». Estábamos en pie de lucha para lograrlo y hacíamos un llamado a los demás damnificados de Caracas a organizarse y constituirnos en un comité para lu-

char unidos. Fuimos visitando uno a uno los demás centros donde tenían a los damnificados, decíamos que los damnificados «sí» tenían una solución, que el gobierno debía adjudicarnos los apartamentos que se estaban construyendo en La Quebradita y otras zonas de Caracas.

Para entonces, el presidente era Luis Herrera Campins. El gobierno no cedía, su ofrecimiento seguía siendo el mismo, barracas y trailers. Sentimos la necesidad de afianzar algún plan y para ello visitamos los diferentes programas de viviendas que se construían en el país, tomamos fotografías y las presentamos al gobierno.

No obteníamos respuesta, seguíamos buscando alternativas, había varios terrenos baldíos en Caracas, donde se podía autoconstruir; cerca de nosotros había uno que tenía algo más de una hectárea.

Tomamos una nueva consigna: «Autoconstrucción en Caracas, viviendas dignas para los damnificados». Pensamos que si queríamos autoconstruir, no iban a ser ranchos, sino viviendas donde pudiera uno desarrollarse como ser humano. El sitio donde pensamos que podíamos encontrar personas que se solidarizaran con nosotros y reforzaran nuestro planteamiento, para llevar a cabo este proyecto, sería en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela.

Tomamos la Facultad de Arquitectura con pancartas, volantes: eran en su mayoría mujeres y niños. Les solicitamos atención y solidaridad. El entonces estudiante Eduardo Guzmán, delegado estudiantil ante el Consejo de la Facultad de Arquitectura nos atendió y nos motivó a llevar nuestro planteamiento a un grupo de estudiantes y profesores de la Unidad Docente II que estaba en ese momento reunido; les interrumpimos y les leímos el pliego de peticiones que llevamos. Al oírnos, un profesor llamado José Matamoros (quien nos acompañaría en este proyecto hasta el final), nos invitó a regresar el día sábado para reunirnos con calma y buscar salidas.

Fuimos ese sábado siguiente y nos reunimos alrededor de treinta personas, hubo «una lluvia de ideas»

acerca de cómo queríamos las casas, de cuáles podrían ser los terrenos, que cómo construiríamos, el tamaño de las casas; al final de la reunión vimos que damnificados y arquitectos podían unirse para buscar salida a este problema y nace así la Escuela Popular de Arquitectura (EPA).

Nos sentíamos crecidos. Teníamos arquitectos; nos faltaba asegurar el terreno y conseguir el financiamiento con la Gobernación. Conocíamos a la licenciada Mercedes Vivas, directora de Desarrollo Social de la GDF, ya que en anteriores ocasiones había ido al barrio a hablarnos de autoconstrucción. Fuimos a verla y ella mostró receptividad a nuestro planteamiento. La Gobernación convocó a una asamblea con todos los damnificados de Caracas en el domo de la Plaza Bolívar; pero les ratificó que la salida era aceptar los trailers y barracas o irse a autoconstruir a la faja petrolífera del Orinoco, con el ofrecimiento de semillas para la siembra y cochinos para la cría, no sin antes darnos entrenamiento para estos menesteres. De casualidad los representantes de la Gobernación y el Inavi no salieron linchados de allí. A la salida, Mecha Vivas nos dio la buena nueva: el gobernador estaba dispuesto a estudiar en serio nuestro proyecto.

No podíamos perder tiempo, continuamos con nuestra lucha visitando la prensa, la radio, el Concejo Municipal y la UCV. Llevamos nuestro planteamiento formal ante la Dirección de Desarrollo Social. Esta vez fuimos acompañados de nuestros arquitectos. Presentamos un anteproyecto y solicitamos que se firmara un convenio entre las partes para asegurar la realización de la construcción. Nos fijaron una reunión para después; esa noche tuvimos una asamblea en el colegio. Nuestra organización interna seguía fortaleciéndose cada día más. Habían surgido nuevas necesidades que solventar, que ameritaban una organización más exigente. Comenzamos a realizar guardias diurnas y nocturnas, éstas últimas debido a varias amenazas de desalojo que habíamos tenido y a la inseguridad que se vivía en el sector. Igualmente, se nos presentaba un

nuevo elemento: el hacinamiento, que estaba creando problemas de pareja, maltrato a los niños, problemas interpersonales. A esta situación había que darle igualmente respuesta. El profesor Matamoros conocía a un grupo de psicólogos que llevaban a cabo trabajos sobre psicología ambiental en comunidades y así conocimos a Euclides Sánchez, Esther Wiesenfeld, Elisa Jiménez, Beatriz Rodríguez, Karen Cronick y a un grupo de estudiantes que, al igual que los de arquitectura, estaban dispuestos a colaborar con nuestro proyecto.

Les planteamos la necesidad de resolver los problemas que nos podían mermar las fuerzas. Ellos fueron al colegio y realizaron una encuesta a fin de conocer nuestros problemas y necesidades. De allí surgió la idea de llevar a cabo talleres, actividades grupales, que nos enseñaran algunas técnicas para manejarnos como grupo, y de su práctica profesional aprendimos cómo conocernos a nosotros mismos y las técnicas que nos ayudarían a enfrentar y prevenir situaciones conflictivas.

Es así como se dictó el taller de «machismo», a cargo de Elisa Jiménez. Había diferencias de opinión entre los hombres y las mujeres del proyecto acerca de cómo cada «sexo» podía participar. Los hombres sentían que las tareas constructivas eran «cosa de ellos» y las mujeres sentían que ellas podían y debían trabajar en el terreno, ya que estaban aptas para hacerlo; al igual que pensaban que los hombres también debían participar en el cuidado de los niños y otras tareas de las que tradicionalmente se hacían cargo las mujeres. En vista de que los deseos de hombres y mujeres no coincidían y esto estaba ocasionando conflictos en las parejas, se decidió comenzar por esta actividad, ya que la organización de las tareas constructivas eran urgentes, al igual que lo eran las tareas domésticas.

En otras ocasiones resultó conveniente resolver diferencias con el maestro de obra designado por la Gobernación. Con los psicólogos de la UCV se implementó una actividad grupal en la que nos enseñaron la técnica del «juego de roles» que sirve para

anticiparse a situaciones futuras y ensayar la mejor forma de enfrentarlas o para resolver situaciones problemáticas.

Así, el maestro de obra, enviado por la Gobernación para orientar el trabajo de construcción, asumió con nosotros una actitud autoritaria que a nosotros nos desagradó. Mientras más lo rechazábamos por eso, más autoritario se ponía. A través del juego de roles escenificamos el comportamiento que rechazábamos del maestro. De esa manera, aprendimos a actuar en una relación diferente que propiciaba la cooperación y cordialidad. El maestro también entendió el motivo de nuestro malestar y cambió de actitud.

Al día siguiente de haberle dejado por escrito nuestro planteamiento a la Gobernación sobre autoconstruir en Casalta, nos avisaron unos vecinos de Casalta III que el terreno que estábamos proponiendo para desarrollar las viviendas estaba siendo cercado por una compañía. Eran alrededor de las 6:00 de la mañana. Subimos al terreno y les preguntamos a los señores que estaban haciendo el trabajo, de dónde era la orden de cercar el terreno y ellos nos dijeron que no sabían, que a ellos solamente les pagaban por colocar la cerca. Nos dieron el nombre de una compañía que resultó ser fantasma. Tumbamos la cerca y nos metimos en el terreno; improvisamos una garita y comenzamos a realizar guardias para cuidarlo. Fuimos a la Gobernación y los instamos a que nos dieran por escrito la autorización para llevar a cabo la construcción de las viviendas; vinieron personalmente al terreno y nos dieron un documento en el cual la Gobernación nos autorizaba a realizar allí un desarrollo habitacional. Esa noche hicimos una asamblea que terminó en fiesta, estábamos obteniendo frutos de nuestra lucha.

Esto nos estimulaba y nos obligaba a seguir adelante. Sabíamos que estábamos ubicando nuestro propio proyecto por encima de las alternativas que ofrecía el estado; que era un ejemplo que podían seguir otras comunidades y que esto fijaría un precedente al problema de los damnificados. Había

otra comunidad que estaba también luchando por un proyecto de autoconstrucción. Eran los compañeros de Macayapa en Ruperto Lugo, con quienes siempre nos manteníamos en contacto.

No dejándonos embriagar por las buenas noticias, fuimos nuevamente a la Gobernación y le solicitamos a Mecha Vivas la pronta firma del convenio que formalizaría el compromiso entre las partes: la Gobernación se comprometía a financiar la construcción de cincuenta viviendas y sus respectivos servicios comunales. La Universidad Central de Venezuela aportaría la asesoría técnica para el desarrollo del proceso de diseño y construcción. La comunidad participaría en todo el proceso de diseño y aportaría la mano de obra para la construcción de cincuenta viviendas y sus servicios comunales.

Igualmente, le solicitamos reuniones semanales de equipo (UCV, GDF y comunidad) para así poder ir resolviendo los problemas que se iban presentando. Las fijamos para los miércoles a las 2:00 p.m. Luego nos fuimos a la UCV y le planteamos igualmente a los compañeros de arquitectura y psicología nuestras inquietudes en el desarrollo de un proyecto de la envergadura del que estábamos proponiendo. Decidimos fijar reuniones de comunidad en el colegio, todos los martes a las 7:00 p.m. También planificamos para las reuniones de «balance» de comisiones los días jueves a las 7:00 p.m. Sabíamos que la Gobernación no iba a dar nada gratis. También sabíamos que los logros obtenidos habían sido conquistas nuestras, sin colores partidistas, sin proselitismos políticos; sentíamos que teníamos que estar «mosca» con todo lo que «viniera de afuera», que debíamos reforzar aún más nuestra organización y, sobre todo, la autoestima de la comunidad.

Nace así una nueva comisión, la Comisión Técnica. Estaba conformada por un miembro de cada equipo, un representante de Arquitectura, uno de Psicología y otro de la Gobernación. Comenzamos a trabajar con planos y maquetas (algo nuevo para nosotros). Era realmente fascinante ver cómo nuestros sueños y expectativas tomaban forma en los

planos y maquetas. Se inician los talleres de formación y educación. Éstos los realizábamos conjuntamente con los compañeros de psicología; teníamos un acuerdo con ellos, la UCV necesitaba realizar trabajos de extensión o de campo, así como investigaciones de índole social y psicológica, nosotros teníamos que resolver necesidades concretas, por lo tanto nos necesitábamos mutuamente. Los arquitectos y estudiantes de arquitectura tenían toda la disposición de ayudarnos en lo que ellos sabían, que era hacer planos y maquetas, pero los diseños que manejaban no eran precisamente los que a nosotros nos servían. Por otra parte, ellos tampoco conocían nuestro modo de vida, nuestras costumbres, nuestras necesidades, nuestros deseos y aspiraciones en cuanto a la futura vivienda.

Era necesario, entonces, que alguien recogiera nuestras inquietudes de modo que éstas se reflejaran en el diseño. Es así como los compañeros de psicología propusieron la técnica de simulación, que al mismo tiempo serviría a los estudiantes como materia para la cátedra de Psicología ambiental. Así fue como Román González, un estudiante de Psicología desarrolló con nosotros su proyecto de tesis.

Ésta consistió en expresar verbalmente, con dibujos, con juegos de legos, con maquetas, etc., la forma en que queríamos vivir, plasmando nuestros sueños, pero también reconociendo las limitaciones económicas que teníamos. Allí colocamos el tipo de vivienda que queríamos, desde la idea general hasta los detalles. En esa actividad participaron niños, adolescentes y adultos, ya que la comunidad estaba formada por todos ellos y era importante que todos sintieran que la opinión de cada uno tenía su propio valor.

También se contemplaba la formación y adaptación de la familia a su nuevo hogar, la distribución del espacio físico y otros elementos que Román recogería en su tesis y se trabajaría conjuntamente con la comunidad. Se acondicionó un espacio que en su entrada tenía el nombre: Taller de Simulación.

En la Escuela Popular de Arquitectura hacíamos talleres sobre el diseño espacial de nuestra futura

comunidad. Se unieron nuevos estudiantes de Arquitectura: Vidal, Man, Nancy, Beatriz, Ralfina, Quintin, María Victoria, Leonardo, Ricardo, etc. Se comenzó a llamar «Proyecto Casalta».

Hicimos nuestro primer requerimiento presupuestario, debido a que teníamos que construir un galpón como taller de trabajo y realizar un estudio geológico del terreno. Éste dio como resultado que había que acondicionar alrededor de un metro de suelo, levantándolo y compactándolo cada diez centímetros. Mientras compactábamos la tierra solicitamos un listado de herramientas y materiales necesarios para comenzar la primera etapa de la construcción, no sin antes dejar claro que habíamos nombrado una comisión de herramientas y equipos y otra de materiales que se encargarían de cotejar precios contra factura. En ningún momento estábamos dispuestos a aceptar algún artículo, por necesario que fuese, con sobreprecio. Por otra parte, nos dábamos el trabajo de buscar presupuestos en ferreterías, bloqueras, etc. Construimos un pequeño local de madera en el terreno para guardar las herramientas y materiales y también para hacer las guardias nocturnas.

Comienza una nueva etapa...

En la escolita se le sigue dando continuidad a las actividades recreativas. Los niños con sus juegos y sonrisas eran la esperanza, así pensábamos. Sabíamos que la etapa que venía iba a ser dura y teníamos que fortalecernos para enfrentarla y vencerla.

La directora de la escolita habló con nosotros en diciembre y nos planteó la necesidad de iniciar clases en enero. Nos sugirió la posibilidad de desocuparle la escuela. Nuestra respuesta fue que si querían comenzar clases en enero, lo hiciera con nosotros adentro. Íbamos a tratar de acondicionar los salones de manera de poder desocupar algunos para que pudieran comenzar a dictar sus clases y los niños no se atrasaran en sus estudios. Paralelamente, íbamos a acelerar los trabajos en el terreno. Así se hizo. Los niños comenzaron a asistir a la es-

cuela. La comunidad educativa se reunía con nosotros periódicamente para ir solventando algunos de los problemas que se presentaban, por ejemplo: las áreas donde se podía estar para no entorpecer las actividades docentes y lo relacionado con el ruido que generaban nuestros niños que entorpecían las clases. La colaboración creció entre nosotros y la comunidad educativa al punto que ésta nos llegó a acompañar en varias ocasiones a la Gobernación y a la prensa.

Los compañeros de la UCV plantearon en una asamblea la necesidad de firmar el convenio a la brevedad, así como también la importancia de una personalidad jurídica para la comunidad. La Gobernación propuso que fuera una cooperativa, pero la asamblea decidió que debería ser una asociación civil. Se discutió sobre el nombre que llevaría y José Barreto (un vecino) dijo: «Yo planteo que se llame La Esperanza, como la canción de Julio Jaramillo...», y la asamblea lo aprobó. Era necesario buscar asesoría legal para conformar los estatutos, ya que de allí se desprendería la participación futura de los asociados. Se consiguió la asesoría legal.

Se inicia el acondicionamiento del área donde se construiría el galpón, se construyeron muros de contención con piedras (gaviones). Cuando la Gobernación mandó camiones con piedras estábamos emocionados. Era nuestra primera entrega de materiales. A medida que hacíamos los gaviones nos íbamos dando cuenta de que lo que venía no iba a ser fácil, algunos dejaron uñas pegadas en las piedras y otros dedos lastimados. Una de las causas de nuestros primeros accidentes de construcción fueron las piedras que nos trajo la Gobernación, porque no eran las adecuadas para este tipo de trabajo. Recordamos que las piedras eran enormes y que había que darle bastante mandarría para poder sacar las lajas que necesitaba el muro. Parecía que la Gobernación nos las había mandado así para que desistiéramos de nuestro proyecto. Sabíamos que carecíamos de experiencia; pero íbamos a demostrar que no sólo

partiríamos esas piedras, sino el cielo mismo si eso significaba el techo de nuestras casas.

Los sábados eran días de fiesta en el terreno. Era el día en que se reunía toda la familia; se tornó costumbre hacer sancochos. Cada familia aportaba diez bolívares; se nombraba semanalmente un equipo que lo realizaba. Era una especie de competencia ver quién hacía los mejores sancochos: «la Gorda», María Rivas y Magaly Muñoz nunca faltaban en los equipos de sancocho que se confeccionaban de carne con pescado, de «conchúo» (...), de pescado o cruzado (pollo, pescado y carne). Era realmente hermoso ver a la comunidad reunida alrededor de la lata donde se cocinaba, comiendo o esperando a ser servida. Éramos una familia.

Terminamos de acondicionar el terreno para el galpón. Para iniciar la construcción se necesitaban maquinarias como grúas, compactadoras, «choves», etc. También en esto hubo trabas por parte de la Gobernación, pero no nos paralizábamos. Improvisamos con mecates que hicieron el trabajo de las grúas; en sustitución de la compactadora, acondicionamos pisones con latas de leche vacías que llenábamos de cemento, y los «choves» fueron sustituidos por carretillas. Daba la impresión de que no se quería que la construcción se iniciara. Más adelante comprendimos que la Gobernación lo que quería era contratar la obra a una empresa de construcción. Siempre había «peros»; sin embargo, nosotros estábamos dispuestos a demostrar que la solución era la autogestión. Ya no se trataba solamente del techo, consistía además en integrar a las familias en su totalidad al proceso de transformación, ya que todo no era construcción.

Se decidió crear la «Comisión de horas» (esto estimulaba la participación de las familias). Ésta se encargaría de anotar en una planilla la hora de inicio de una persona en una actividad. Al término de la misma, las personas colocaban la hora de salida y firmaban conforme; esto le daba la posibilidad de autoevaluarse y también servía para presentar

mensualmente en la asamblea un informe de participación por familia.

No sólo se tomaban en cuenta las horas de trabajo en la construcción, sino también las utilizadas en buscar presupuestos de materiales, visitas a la prensa, reuniones de equipos, actividades en la «casa de los niños», en las actividades de alfabetización (participantes y facilitadores), y cualquier otra actividad que se realizara en beneficio del desarrollo del proyecto. Para estimular aún más la participación, se acordó que las horas iban a ser totalizadas al final de la construcción de las viviendas y se realizaría una lista con los nombres de las familias por orden de mayor a menor participación. En este orden iban a ser llamadas las familias a escoger la vivienda en la que le gustaría vivir. La construcción iba a ser colectiva; nadie tendría asignada la vivienda hasta que todas estuviesen construidas.

No todo era trabajo y reuniones. También nos divertíamos; hacíamos excursiones a la playa (íbamos en la batea del camión de Abilio) al río San Julián. Llevábamos a los niños a los parques; realizábamos jornadas de pintura y juegos infantiles, carreras de sacos, peleas de gallos (nos entusiasmo el gocho Gonzalo), palo encebado, etc. En las noches, para acompañar a los que estaban de guardia, jugábamos bINGO, truco, «tapaíto» (un juego oriental que nos enseñó Ñito), damas o cualquier otro juego de mesa. Las noches en la escuela y en el terreno serán inolvidables para esta comunidad.

Una vez terminado el galpón, decidimos mudarnos al terreno, de esa manera facilitaríamos las cosas. Teníamos que acondicionar el galpón y sus alrededores; le solicitamos a la Gobernación materiales y siete trailers para poder mudarnos. Igualmente solicitamos materiales para refaccionar la infraestructura de la escuela y poder así entregarla en óptimas condiciones. Hacíamos esto con el objeto de demostrar que los damnificados no éramos unos destructores, como se les quiere tildar, sino personas con deseos de tener una mejor calidad de vida. Pintamos las paredes, repusimos algunos vidrios,

cerraduras, plantamos algunas matas, pintamos los bancos; en fin, la escuela quedó como nueva. Convocamos a la Gobernación, UCV, comunidad educativa, dirección del colegio y a la prensa y realizamos la entrega formal.

La mudanza al terreno se convirtió en una gran fiesta. Por la subida al terreno, las personas parecían hormiguitas subiendo cosas, los carros subían cargados, tocando cornetas; en el galpón todo era algarabía; hubo hasta lágrimas, pero no de tristeza, sino de alegría, de logro, de victoria. Estábamos en el terreno, tendríamos privacidad, algunos con cuartos en el galpón, otros con trailers. Aquí experimentamos con el método de escogencia por participación, fue todo un éxito. La próxima vez sería con nuestra vivienda definitiva.

Ya instalados en el terreno se comenzó a sentir la necesidad de crear un sitio de esparcimiento para los niños: se construye la «Casa de los niños». También surgió la necesidad de organizar actividades para los niños, para que las madres pudieran participar en el proyecto y a la vez los pequeños aprovecharían el tiempo de manera productiva y constructiva. Es como se creó la Casa de los niños, para lo cual se organizaron talleres sobre crianza, juegos infantiles, creatividad, etc, que informaban a los adultos acerca de las características y necesidades de cada etapa del desarrollo infantil y de la mejor manera de estimular dicho desarrollo. Como las etapas de desarrollo se relacionaban con la escolaridad del niño y en esta etapa el papel de los padres en la supervisión de las tareas escolares era muy importante, decidimos hacer cursos de alfabetización de modo que en la comunidad no hubiese un solo analfabeta.

El proyecto está diseñado para cincuenta familias. En una asamblea se sintió la necesidad de incorporar al proyecto a familias del barrio El Nazareno. Para ese entonces éramos veintitrés familias, ya que muchos de los que habían comenzado con nosotros se habían ido por no creer que se realizaría. Fuimos al barrio de donde nosotros vinimos originalmente y hablamos con las familias que estaban en peligro

de derrumbe. Algunas nos dijeron que preferían correr el riesgo del derrumbe antes de embarcarse en un «proyecto sin futuro», otras sí aceptaron y ahora forman parte de esta comunidad.

Así transcurrió nuestra vida en la escuela, y luego, también, en el galpón, al que nos mudamos provisionalmente mientras construimos nuestras casas: trabajando duro, viviendo mal, hacinados, incómodos, pero aprendiendo sobre organización, participación, dinámicas de grupo, comunicación, etc., es decir, dándonos cuenta de que la forma que adoptamos para construir, nos estaba permitiendo construir mucho más que un techo. Nos estábamos construyendo como personas, como parejas, como familias, como comunidad y como ciudadanos dignos de nuestro país.

Dentro de nuestro esquema organizativo se formó el Consejo Directivo al que también se le llamaba «Consejo de Ancianos» (no por ser ancianos sus miembros, sino porque se suponía que las personas que lo integraban eran las que tenían más experiencias y conocimientos). Aquí participaban los jefes de equipos, los de Arquitectura y Psicología y los miembros de la Junta Directiva de la Asociación Civil La Esperanza. En esta instancia se ventilaban los problemas que se iban presentando, los cuales se llevaban a la asamblea.

En una reunión se vio la necesidad de fijar una cuota de horas de participación. Se fijó en cuarenta horas semanales, así se comprometía a las familias aún más con el trabajo. Hasta este momento sólo se computaban las horas de construcción que hacían los hombres: esto trajo como consecuencia descontento en las mujeres, las cuales pelearon porque las horas de construcción que ellas hacían fueran igualmente valederas que las de los hombres. Hubo más de un caballero que dijo que las mujeres sólo tenían que cuidar a los hijos y atender a los maridos; que ellas carecían de fuerza para desempeñar esas labores; que se les iban a «salir los ovarios», etc. Se dictaron otros talleres sobre el machismo, la participación de las mujeres en la sociedad; se evidenció

que la mujer, de hecho, tiene más carga de trabajo que el hombre. Es así como las mujeres del proyecto conquistan su lugar en la historia de este proceso.

Organizamos nuestra primera gran fiesta en el terreno. Fue en diciembre de 1981 y realizamos varias premiaciones; (...) y José Salvat empataron con el premio del «Borracho del año», «El carrero del año» se lo ganó el Guaro; la «Lavandera» se lo llevó Mercedes; el «Mejor trabajador» se lo ganó Toyota; la «Pana de la comunidad» se lo ganó Magaly la Loca. Hubo un reconocimiento especial a la señora Juana por ser ejemplo a su edad, y una mujer trabajadora. Ese día se hizo un sancocho y una gran olla de guarapita; se le entregó a cada familia un diploma de reconocimiento por su participación; igualmente a los compañeros de la UCV. Fue un oasis de esparcimiento dentro del trabajo que teníamos. Entre las necesidades que se iban presentando estaba la formación de miembros de la comunidad en cursos de capacitación técnica en construcción. Se realizó un acuerdo con el INCE y se dictaron cursos sabatinos de soldadura. En el terreno se inició la formación en albañilería, construyendo las paredes del galpón y los baños. Los maestros Mendoza y Rigoberto fueron los encargados de impartir este conocimiento, llegando a formar parte de la Comisión Técnica y de nuestro colectivo. Su integración fue positiva para el desarrollo de la etapa de construcción.

El proceso de construcción tuvo sus altas y bajas. Una de las bajas fue cuando llegaron las cabillas para vaciar las losas de concreto, las entregaron, pero no podíamos utilizarlas hasta que un fiscal de la Contraloría de la GDF viniera y realizara su informe. Esto tenía solapado otro objetivo y era atrasar la construcción y decir que era responsabilidad exclusiva de la comunidad. Si nosotros utilizáramos estas cabillas, ellos tendrían causa para contratar la obra a una constructora, alegando irresponsabilidad por nuestra parte (era como colocar un manjar ante los ojos de un hambriento y decirle que espere al día siguiente). Al darnos cuenta de la jugada,

convocamos a una asamblea; invitamos a la GDF y se lo hicimos saber; ellos alegaban que era un procedimiento administrativo y que lamentaban mucho que nunca coincidieran un representante de Desarrollo Social con uno de Contraloría para el levantamiento del informe. Igualmente plantearon que era importante contratar algunas cosas para agilizar la construcción. Le solicitaron a la Comisión Técnica que aumentara la cantidad de viviendas de cincuenta a noventa y ocho ya que la capacidad física del terreno daba para construir más.

Se inicia con esto una nueva etapa conflictiva. Nuestro planteamiento consistía en que la optimización del uso de la tierra no debería ser en detrimento de la calidad de vida, que las cincuenta viviendas, el centro de usos múltiples, el preescolar, la plaza cubierta, los talleres de cerámica y el pequeño mercado formaban parte del proyecto y que íbamos a pelear por ello. Como respaldo al rechazo de parte de la comunidad a la propuesta de la Gobernación de aumentar la densidad, los compañeros de Psicología elaboraron un informe en el que ponían en evidencia los efectos psicológicos y sociales negativos debidos a la alta densidad.

Al gobierno no le gustaba mucho la idea, ya que no tenía tajada política en todo esto. Es entonces cuando inicia una política de desgaste e infiltración en la comunidad para crear discordia. Esto se evidenció en una reunión donde exigieron la salida de la UCV y la realización de un nuevo proyecto de viviendas, el cual consistía en la construcción de noventa y ocho apartamentos tipo estudio de cuarenta y ocho metros cuadrados cada uno. Nos mostraron los planos y maquetas y a medida que ellos iban hablando a nosotros se nos iba subiendo la temperatura; pero mantuvimos la calma hasta el final; era claro que ellos estaban trabajando a espaldas de la comunidad, que entre sus planes estaba sacar a la UCV y neutralizar a la dirigencia de la comunidad, para cambiar así el proyecto original y poder ellos adjudicarles viviendas a «su gente». La discusión se hace fuerte, la comunidad comienza a rebatirle a

la Gobernación el proyecto con argumentos técnicos. Ellos se sintieron inseguros y se retiraron de la reunión. Al día siguiente la comunidad se dirigió a la Dirección de Desarrollo Social de la GDF y exigió que la directora Mecha Vivas, acompañada de los arquitectos de esa dirección estuviesen presentes en la siguiente reunión. Ellos, con las baterías puestas, entraron con planos y maquetas. Nosotros también llevamos nuestros planos y nos acompañaban los muchachos de Arquitectura a quienes habíamos pedido que no intervinieran si no fuera necesario. Se inició la discusión: ellos pegaron sus planos frente a nosotros y nos dejaron un espacio pequeño para los nuestros. Los arquitectos de la Gobernación comienzan a justificar su proyecto; los miembros de la comunidad empiezan a hacerles preguntas técnicas al respecto. Ellos no sabían que se trataba de una comunidad informada, donde el paternalismo ya no funcionaba. La Escuela Popular de Arquitectura había producido un grupo de personas cultas en diseño y en la hechura de planos. Ellos habían subestimado a la comunidad y por lo visto nuestra capacidad en el diseño de nuestro proyecto. Flor Agudelo, una de las compañeras de la comunidad, se paró y le preguntó a una arquitecta: «Doctora, explíqueme cómo es eso que los apartamentos van a crecer a medida de las necesidades de la familia, si antes dijo que este espacio (y señala el plano) estaba destinado al esparcimiento...». La respuesta tambaleante de la arquitecta fue que estos planos no estaban acabados, que apenas era un anteproyecto, que eso en la próxima reunión se podría explicar. La comunidad siguió haciendo preguntas de índole técnica para las que ellos no tenían respuesta; fue entonces cuando Mecha Vivas se paró y le dijo a los arquitectos que recogieran sus planos, que el proyecto que se iba a construir era el presentado por la comunidad. Mecha Vivas siempre fue receptiva con nuestro proyecto, a pesar de las trabas políticas.

La Gobernación no bajó la guardia; en una visita que hizo a la comunidad la esposa del gobernador de turno, le manifestó a Mecha Vivas que era absurdo

que el gobierno estuviera haciendo una inversión y no estuviera obteniendo frutos políticos. Por otro lado sospechó que la organización que ella había visto en la comunidad era un espectáculo montado para esa visita. Al día siguiente nos asignaron un sociólogo que representaría a la Gobernación en el proyecto y nos «ayudaría» con el control de las horas de trabajo.

Se inició el proceso de debilitamiento de la comunidad; lograron que un grupo disidente de familias en la comunidad planteara la contratación de la obra. En una asamblea la Gobernación puso a la comunidad contra la pared y planteó que si la UCV seguía en el proyecto, ellos no garantizarían la terminación de la obra. La UCV decide retirarse del proyecto, no sin antes dejar claro que las intenciones de la Gobernación eran imponer un nuevo diseño, contratar la obra y controlar el proceso que estaba viviendo la comunidad, echando por tierra así, todo el esfuerzo que hasta ese momento había hecho la gente.

Comenzaron a desfilar por la comunidad psicólogos, sociólogos, arquitectos, etc. Empezaron a desarticular las comisiones. Nombraron una nueva Junta Directiva conformada por cinco miembros de la comunidad y el resto «gente de ellos». Pasó alrededor de un mes y la comunidad comenzaba a sentirse manipulada por la Gobernación, no veía los logros que les habían prometido. Por el contrario, se dio cuenta de que estaban finiquitando un diseño de viviendas, el cual consistía en la construcción de 138 apartamentos de 48 metros cuadrados cada uno, y que la organización, que era el orgullo de la comunidad, estaba siendo pisoteada y destruida. La comunidad, en una asamblea, decidió nombrar democráticamente una nueva Junta Directiva y rescatar su estructura organizativa. La Gobernación trató de convencer a la comunidad de la necesidad de contratar toda la obra y así poder terminarla antes de las elecciones presidenciales. Igualmente decía que construir 138 apartamentos contribuiría a solventar el problema de vivienda de los otros damnificados. Nuevamente la comunidad fijó posición

planteando que el problema de vivienda que atravesaba el país no se resolvería construyendo «cajas de fósforo» en Casalta. Después de varias reuniones acordamos construir sesenta y nueve apartamentos de noventa y seis metros cuadrados cada uno. Quedaban, por lo tanto, diecinueve cupos para incorporar más familias. Por experiencia sabíamos de las manipulaciones de la Gobernación, así que aprobamos traer del barrio El Nazareno a diez familias y que la Gobernación trajera nueve familias, que fueran damnificadas. Esta incorporación de nuevos miembros tenía que ser supervisada por la comunidad, es decir, las familias favorecidas verdaderamente tenían que ser damnificadas. Se creó una comisión que los visitaría en el sitio donde vivieran y levantaría un informe que sería estudiado en una asamblea, donde se decidiría si podían incorporarse. Este proceso fue traumático para la comunidad fundadora ya que se había fajado desde el principio en lograr lo que tenía y se sentía, de repente, invadida. Se comenzó a utilizar un nuevo lenguaje; se habló de «viejos» y «nuevos», de derechos y deberes. Con las técnicas que habíamos aprendido con la UCV comenzamos a trabajar el problema con talleres y dinámicas grupales. Se liman asperezas. En la medida en que pasaba el tiempo, el proceso se hacía más lento debido a los atrasos en la entrega de materiales (que según la Gobernación se debía a problemas presupuestarios).

Se hizo tan insostenible esta situación que solicitamos una audiencia con el presidente de la república, doctor Luis Herrera Campins; él nos recibió y se comprometió con nosotros en dar órdenes de que se agilizará el procedimiento presupuestario. Nos dijo también que nosotros lo que pensábamos construir eran palafitos en Caracas (esto lo dijo debido al diseño de los apartamentos). Inmediatamente vimos que el proceso tomó un rumbo más acelerado. Esto duró poco tiempo; en esta ocasión decidimos, en asamblea, contratar parte de la obra, pero que esta nueva modalidad fuese controlada por la comunidad. De hecho, se propuso la contratación de

los miembros de la comunidad que se encontraban desempleados. El diseño de las nuevas viviendas se hizo sobre las losas que habíamos construido con la UCV. Sentíamos que íbamos tomando nuevamente el rumbo, esta vez nuestra responsabilidad era mayor, ya que lo que habíamos aprendido en la Escuela Popular de Arquitectura y Psicología nos serviría para cuidar que la construcción se realizara con todas las previsiones necesarias. Siempre nos mantuvimos en contacto con los compañeros de la UCV.

La vida comunitaria siguió entre reuniones y trabajos en el terreno, entre alegrías y tristezas. Lo importante de todo esto era el espíritu de solidaridad y compañerismo que se iba fortaleciendo cada día. Muere Joropo; Lencha, su compañera, no queda sola, la acompaña la comunidad.

Llegamos a diciembre de 1982. Para poder terminar los apartamentos se solicita al Inavi un crédito hipotecario de veinte mil bolívares por familia. Este dinero fue administrado por la comunidad; buscábamos presupuestos y proveedores para abaratar los costos, y las compras de materiales se realizaban al mayor.

Los apartamentos se veían bonitos, diferentes; la Gobernación nos planteó la urgencia de inaugurar el proyecto a más tardar a finales de enero, ya que tenían que entregar el poder en febrero y no se sabía qué podía pasar. El control de las horas lo seguía llevando la comunidad, había llegado el momento esperado de la selección de la vivienda. La Gobernación había tratado de asignarlas; pero nos opusimos rotundamente. Llegó el día de la selección, se colocó con anticipación la lista con los nombres de las familias por orden de mayor a menor participación. Se acondicionó un plano de conjunto de la urbanización; éste se colocó sobre una mesa en la oficina de la Junta Directiva. Había un equipo formado por un miembro de la GDF y representantes de los equipos de trabajo y la Junta Directiva. Las familias comenzaron a pasar y a elegir su vivienda: se le colocaba el número de código de la familia al apartamento elegido. Fueron momentos de intensa

emoción y alegría, algunos lloraron al saber que el esfuerzo había valido la pena, que la participación de la familia daba el privilegio de escoger el espacio donde viviríamos en el futuro.

El día de la inauguración llegó, la construcción no estaba terminada, pero el tiempo para la Gobernación se había acabado. Las familias recibieron en el acto (que más bien parecía un circo) las llaves de su vivienda. La verdadera inauguración sería cuando se finalizara la construcción y las familias se mudaran a su nueva vivienda.

Comienzan las familias a mudarse poco a poco, lo iban haciendo en la medida en que las posibilidades les permitían terminar de acondicionar su apartamento. Al finalizar la mudanza se desmantelaron los trailers y se convirtió el galpón en un sitio de prácticas deportivas y de reuniones. La comunidad siguió con su proceso de formación e invitamos a los compañeros de la UCV a visitar nuevamente la comunidad. A este nuevo encuentro vinieron Magaly y Gabriela, de Psicología, y compartimos muchas cosas más. Un niño de la comunidad recoge en una tarea escolar el proceso de la siguiente manera:

Había una vez, unas casas muy pequeñas y en una de esas vivían mis padres y yo; a pesar de que eran muy pequeñas yo vivía muy feliz, jugaba con mis amigos, veía los carros, jugábamos la ere, el escondite, volaba papagayos, iba para el preescolar a estudiar. Un día hubo una lluvia fuerte y las casitas se cayeron, las madres lloraban y los hijos también; porque a los padres se les había caído sus casas y perdido sus corotos. Tomamos la escolita «Fe y Alegría» que está ubicada en Casalta, vino la policía y nos querían golpear; pero ya estábamos adentro, una señora con sus hijos que se había quedado afuera le iban a pegar un planazo y como nosotros estábamos reunidos en el patio de la escuela en el momento en que le iban a pegar los policías nos pusimos a cantar el Himno nacional, porque ¡nosotros somos venezolanos! Durante mucho tiempo en la escuela viviendo, después empezamos a reunirnos con la

Universidad e íbamos a la (...) a la Gobernación, luchamos mucho y logramos el proyecto Casalta. ¡Y seguimos luchando! Subíamos al terreno todos los días a trabajar. A nosotros los niños nos hacían talleres, trabajábamos con arcilla, etc. Nos íbamos con los adultos a pasear para el parque de Caricuao y al Parque del Este. Luego construimos unas casas de madera más o menos grandes, duramos tres años en las casitas; después fuimos construyendo los apartamentos de tres pisos. Terminamos de hacer los apartamentos. Y la gente se fue mudando para sus viviendas nuevas e hicimos un preescolar en nuestra comunidad; yo ahora tengo mi cuarto, tengo mucho terreno para jugar y vivo muy feliz.

Abril 1986.

La comunidad del proyecto Casalta, hoy Urbanización La Esperanza, logró, a través de sus luchas, conquistar una vida digna. Y como dijo el niño del cuento, «¡Y seguimos luchando!».

Hoy en día, contamos con veintitrés edificios de tres pisos cada uno, un preescolar, parques infantiles, una cancha deportiva, veintitrés losas libres para el uso colectivo. Nuestros niños corren libremente

por la calle, por las losas y por todas partes; la comunidad es de ellos. Nuestros jóvenes conversan, hacen deporte y se divierten sanamente. El índice delictivo en nuestra comunidad es prácticamente nulo. Se cuenta con un equipo de «soff ball», un equipo de «volleyball» infantil, un grupo de danzas infantiles, teatro infantil y un espíritu de solidaridad que ha vencido tempestades y penurias.

No queremos finalizar, sin antes rendir un homenaje a la Gorda Vallita (nos enseñó la técnica del sancocho oriental y fue una gran mujer y ejemplar madre), Catalino (el de la sonrisa perpetua), a Joropo (el refranero y maestro en el juego de metras), al Chino (sembró en los jóvenes el espíritu de hermandad), al señor Araña y a todos aquellos que aportaron sonrisas, esfuerzos, alegrías, luchas, tristezas, y sobre todo, amor, para hacer real el sueño de una comunidad, que se convirtió en familia, para lograr una mejor calidad de vida. Ellos nos siguen acompañando en espíritu, aunque los hemos perdido físicamente.

En el proyecto Casalta se aprende a aprender.

Tati y Arena.